

EL PRESBITERO, MAESTRO EN LA COMUNIDAD ECLESIAL
UNA FUNDAMENTACIÓN A PARTIR DE LA REVELACIÓN BÍBLICA DE DIOS
COMO MAESTRO

ELIGIO ROMÁN CAMPOVERDE

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C.
2006

**EL PRESBITERO, MAESTRO EN LA COMUNIDAD ECLESIAL
UNA FUNDAMENTACIÓN A PARTIR DE LA REVELACIÓN BÍBLICA DE DIOS
COMO MAESTRO**

ELIGIO ROMÁN CAMPOVERDE

**Trabajo de grado para optar por el título de Licenciatura en Teología
con énfasis en Pastoral Catequética**

**Director
LUIS ÁLVARO CADAVID DUQUE
Doctor en Teología**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C.
2006**

Nota de aceptación

Presidente del jurado

Jurado

Jurado

Bogotá, D.C., 26 de septiembre de 2006

A nuestro *Abbá* y Maestro Dios que es Amor.

**Al Maestro por excelencia:
Jesús de Nazaret.**

**Al Espíritu Santo, Maestro que guía, conduce e ilumina
el camino de los discípulos de Jesús.**

**A mi papá Jesús,
que desde hace ocho años vive en la Casa eterna del Padre,
y a mi mamá Zenaida
fieles maestros en la fe de sus hijos.**

AGRADECIMIENTOS

A mi obispo pastor y maestro en la fe, monseñor Carlos Suárez Cázares, por su confianza y apoyo en esta etapa de formación en mi vida presbiteral.

A mi familia que en todo momento está conmigo acompañándome con cariño y amor.

Al presbiterio de la Diócesis de Zamora, Michoacán México, por lo mucho que me han ayudado como familia fraterna.

A mis hermanos y amigos presbíteros que como maestros en la fe me han guiado, orientado y enseñado con su amistad, fraternidad y testimonio de vida.

A los catequistas y agentes de pastoral que con su servicio generoso han sido siempre aliento en mi vida presbiteral.

Al Pbro. Dr. Luis Álvaro Cadavid Duque, por ser un verdadero maestro en la elaboración del presente trabajo de investigación. Por su cercanía, su confianza, su aliento y su generosidad.

Al Instituto Teológico-Pastoral para América Latina (ITEPAL), que con su testimonio de comunidad fraterna y de entrega generosa me han motivado a lo largo de esta etapa de formación.

A todas las personas que han colaborado para la vivencia de esta experiencia de formación presbiteral.

CONTENIDO

	pág.
INTRODUCCIÓN	11
1. YAHVEH, MAESTRO DE ISRAEL. APROXIMACIÓN A LOS ESCRITOS VETEROTESTAMENTARIOS	13
1.1 YAHVEH, ES MAESTRO DEL PUEBLO	13
1.1.1 La acción del maestro: educar y enseñar.	15
1.1.1.1 Significado etimológico y bíblico de educar y enseñar.	15
1.1.2 Dios es Maestro único de Israel.	19
1.1.2.1 Yahveh, Maestro a través de sus acciones maravillosas.	19
1.1.2.2 La Torá, enseñanza de Yahveh.	22
1.1.2.3 Yahveh, Maestro de Israel.	25
1.2 LOS INTERMEDIARIOS DE LA ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN DIVINAS	28
1.2.1 Moisés.	28
1.2.2 Los profetas.	30
1.2.2.1 Los profetas y la Torá.	30
1.2.2.2 Las acciones simbólicas.	31
1.2.3 Los sabios.	32
2. JESÚS, EL MAESTRO	35
2.1 SER MAESTRO EN EL TIEMPO Y ESPACIO DE JESÚS	36
2.1.1 Los escribas, maestros de la Ley. El origen.	36

2.1.2	Ser escriba en tiempos de Jesús.	37
2.1.3	Las funciones de los escribas.	38
2.2	JESÚS, EL MAESTRO. HISTORICIDAD	39
2.2.1	Datos que presentan los Evangelios.	39
2.2.2	Interpretación de los datos de los textos evangélicos.	41
2.3	LA FORMACIÓN DE JESÚS COMO MAESTRO	42
2.4	LA IMAGEN DEL MAESTRO	44
2.4.1	Jesús es Maestro.	44
2.4.2	La enseñanza central del Maestro: el Reino.	45
2.4.3	Los destinatarios de la enseñanza.	46
2.4.4	Maestro con palabras.	47
2.4.4.1	Las parábolas, lenguaje del Reino.	47
2.4.4.2	El sermón del monte.	51
2.4.4.3	Un Maestro con autoridad.	56
2.4.5	Maestro con obras. Las maravillas de Dios.	57
2.4.5.1	El Maestro hace milagros.	57
2.4.5.2	Los milagros, una forma de “enseñar” en acto.	58
2.4.5.3	El servicio, un signo del Maestro.	59
2.4.6	Jesús, Maestro orante.	59
2.4.6.1	Jesús en oración.	60
2.4.6.2	La oración que Jesús enseña.	61
2.4.6.3	Jesús enseña las actitudes de la oración: constancia, perseverancia y saber	

	pedir el Espíritu.	63
2.4.7	Los discípulos, una manifestación especial del Maestro.	64
2.4.7.1	Significado de ser discípulo.	65
2.4.7.2	Los discípulos, llamados por el Maestro.	65
2.4.7.3	Los discípulos, llamados para estar con el Maestro.	65
2.4.7.4	Ser discípulos, implica seguir físicamente a Jesús.	66
2.4.7.5	Los discípulos, viven el estilo de vida del Maestro.	67
2.4.7.6	Las mujeres, son discípulas del Maestro.	68
2.5	LOS DISCÍPULOS: ENVIADOS A ENSEÑAR, GUIADOS POR EL ESPÍRITU SANTO	68
2.5.1	Enseñar: una tarea específica de los discípulos.	68
2.5.2	Enseñar: un constitutivo en la Iglesia primitiva.	70
2.5.3	Enseñar: un ministerio en la vida de las comunidades.	71
2.5.4	Enseñar: un ministerio de los presbíteros.	73
3.	EDUCAR Y ENSEÑAR, ELEMENTOS ESENCIALES EN EL MINISTERIO DE LOS PRESBÍTEROS, DENTRO DE LA COMUNIDAD ECLESIAL	77
3.1	LA FUNCIÓN DEL PRESBÍTERO EN LA EVANGELIZACIÓN	77
3.1.1	La Iglesia es misión y es Maestra.	78
3.1.2	Evangelizar, un proceso rico, complejo y dinámico.	81
3.1.3	El presbítero evangelizador.	83
3.2	EL PRESBÍTERO, MAESTRO EN LA COMUNIDAD ECLESIAL	84
3.2.1	El presbítero es maestro en la fe.	84

3.2.2	Formación del maestro.	87
3.2.3	Enseñanza central del presbítero: el Reino.	90
3.2.4	Destinatarios de la enseñanza: los pobres y excluidos.	91
3.2.5	Maestro con palabras.	93
3.2.5.1	Predicación.	94
3.2.5.2	Catequesis.	95
3.2.5.3	Homilía.	98
3.2.6	Maestro con obras.	101
3.2.6.1	Los sacramentos: maravillas de Dios.	101
3.2.6.2	El servicio, distintivo del maestro.	105
3.2.6.3	El testimonio del presbítero, una enseñanza vivida.	108
3.2.7	El presbítero, maestro orante.	109
3.2.8	El presbítero, maestro en comunidad y para la comunidad.	111
3.2.9	El presbítero, signo y constructor de comunión.	113
4.	CONCLUSIONES	119
	BIBLIOGRAFÍA	125

RESUMEN

La misión del presbítero como maestro, que enseña y educa en la fe a la comunidad eclesial, es importante. Es por esto que este trabajo de investigación está orientado a mostrar que el presbítero, en la misión evangelizadora de la Iglesia, es maestro en la fe y que esta dimensión de su ser y quehacer se fundamenta en la revelación bíblica de Dios como Maestro.

En el Antiguo Testamento Yahveh es el Maestro único de Israel, y, a su vez, llama a algunos intermediarios para que, en su nombre, eduquen y enseñen, es decir, para que sean maestros del pueblo en el nombre del mismo Yahveh.

En el Nuevo Testamento, Jesús se revela como el Maestro por excelencia y, además, encomienda a sus discípulos que enseñen; la práctica del ministerio de la enseñanza es un constitutivo en la Iglesia primitiva y en la vida de las primeras comunidades. Muy pronto enseñar es una tarea fundamental de los presbíteros, junto con el ministerio de la presidencia.

Así pues, con fundamento en la revelación bíblica de Dios como Maestro, el presbítero, siendo discípulo, es maestro por voluntad y llamada expresa de Dios. Este ser maestro, el presbítero, lo vive en el seguimiento del Maestro por excelencia; y las características de Jesús Maestro son el modelo para el presbítero, maestro en la comunidad eclesial.

INTRODUCCIÓN

Por la importancia de la misión del presbítero como maestro, que enseña y educa en la fe a la comunidad eclesial, se ve oportuno, a la vez que necesario, investigar y presentar elementos sólidos de apoyo que sustenten y orienten esta misión. Por esta razón el trabajo de investigación está orientado a mostrar que el presbítero, en la misión evangelizadora de la Iglesia, es maestro en la fe y que esta dimensión de su ser y quehacer emana necesariamente de la figura de Yahveh como Maestro de Israel en el Antiguo Testamento y de Jesús, el Maestro por excelencia en el Nuevo Testamento. Además es posible verificar que este ser maestro en la fe, el presbítero lo vive en la Iglesia que, siendo discípula, es también Maestra.

Este objetivo se desarrollará en tres momentos específicos, que corresponden a tres capítulos cuya finalidad y temática son las siguientes:

En el primer capítulo se exponen dos aspectos. Por una parte, que en el Antiguo Testamento Yahveh es el Maestro único de Israel. Y, por otra, que Yahveh llama a algunos intermediarios para que, en su nombre, eduquen y enseñen, es decir, para que sean maestros del pueblo en el nombre del mismo Yahveh.

La investigación en este capítulo se lleva a cabo de la siguiente manera: en un primer momento, se analizan algunos escritos veterotestamentarios, para rastrear algunos rasgos característicos de la figura de Dios como el Maestro único de Israel; y en un segundo momento, en los mismos escritos del Antiguo Testamento, se abordan a algunos personajes bíblicos para indagar en ellos su función como maestros del pueblo.

En el segundo capítulo el propósito es mostrar los rasgos de la imagen de Jesús el Maestro por excelencia, exponer la realidad del ministerio de la enseñanza en la vida de las primeras comunidades y la labor de enseñanza del presbítero dentro de ellas.

La investigación, en este segundo capítulo, se realiza analizando los escritos neotestamentarios, especialmente los Evangelios, para investigar la figura de Jesús el Maestro por excelencia; y, posteriormente, para indagar sobre el ministerio de la enseñanza que el Maestro ha confiado a sus discípulos, cómo éstos lo han desempeñado y la labor del presbítero en dicho ministerio.

El capítulo tercero se interroga acerca de la función del presbítero, en cuanto a la educación y enseñanza, - como maestro en la fe -, a partir del Magisterio del Concilio Vaticano II, del

Magisterio posconciliar y de algunos estudios teológicos, para resaltar la importancia de esta dimensión del presbítero en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Para realizar esta investigación en este tercer capítulo se pondrá atención en dos aspectos. Primero: presumiendo el giro eclesiológico del Concilio Vaticano II, se establecerán los elementos esenciales de la evangelización, misión esencial de la Iglesia y la función de ésta como Maestra; se expondrá el significado de la evangelización como proceso rico, complejo y dinámico, y se buscará especificar la tarea propia del presbítero en el proceso evangelizador. Segundo: asumiendo la figura de Yahveh como Maestro de Israel, y haciendo un paralelismo del presbítero con Jesús Maestro, se buscará establecer que las características de Jesús Maestro, son el ejemplo para el presbítero como maestro en la comunidad eclesial.

Finalmente, se cerrará el trabajo investigativo con un balance conclusivo de la gestión realizada.

El método que se utilizará para esta indagación será el analítico-descriptivo. Se abordarán los temas en cada capítulo y se analizarán para, luego, describir de manera clara y concisa los datos obtenidos en cada parte de la investigación.

Se tendrán como fuentes principales de investigación y consulta, la Sagrada Escritura, los documentos del Concilio Vaticano II y del Magisterio postconciliar, así como, obras y artículos de autores sobre los temas enunciados de la investigación.

1. YAHVEH, MAESTRO DE ISRAEL. APROXIMACIÓN A LOS ESCRITOS VETEROTESTAMENTARIOS

La educación y la enseñanza en la historia de la salvación tienen un papel preponderante, no son un accesorio, son una acción esencial ya que, en palabras de Léon- Dufour, “desde los orígenes hasta el fin de los tiempos, la obra divina consiste en educar al pueblo elegido”¹. Y, en el mismo sentido, el Directorio general para la catequesis dice que la salvación de la persona, que es el fin de la revelación, se manifiesta como fruto de una original pedagogía de Dios².

Según la Constitución dogmática sobre la divina revelación, *Dei verbum*, este plan salvífico que Dios realiza, cuyo culmen se da en Jesús, se prepara en el Antiguo Testamento*; ahí está presente la pedagogía divina. En el Antiguo Testamento se encuentran enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre; él encierra tesoros de oración y esconde el misterio de la salvación³.

¹ LÉON-DUFOUR, Xavier. Vocabulario de Teología bíblica. 12 ed. Barcelona: Herder, 1982. p. 258.

² CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. Directorio general para la catequesis. Bogotá: Paulinas-CELAM, 1998. No. 139. En adelante se citará DGC y el número correspondiente.

* En el Antiguo Testamento, Yahveh, el Dios único se manifiesta formando un pueblo al cual lo conduce a Cristo, educándolo oportunamente a partir de sus hechos y palabras. Yahveh a través de una forma histórica a lo largo del tiempo se da a conocer y manifiesta su proyecto liberador para llegar al encuentro con la humanidad. Encuentro que de manera plena se dará en Cristo. Para profundizar en este aspecto se puede ver: MORELL I ROM, F. Javier. Pedagogía de Dios. En: PEDROSA, V. Ma. *et al.* Nuevo diccionario de Catequética. Madrid: San Pablo. v. 2, p. 1780-1796.

³ Constitución dogmática sobre la divina revelación, *Dei verbum*, No. 15. En: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993. p. 157-181. En adelante se citará DV y el número correspondiente.

1.1 YAHVEH, ES MAESTRO DEL PUEBLO

En la Biblia, la fe está fundada en la revelación divina, cabe mencionar que en el Antiguo Testamento, tiene una importancia decisiva para la comprensión de la revelación, el hecho que la acción de Dios en la historia apunta a la adquisición de un conocimiento de Dios a partir de ella. Un claro ejemplo de esto es lo que dicta Ex 14,31^{**}: “Y viendo Israel la mano fuerte que Yahveh había desplegado contra los egipcios, temió a Yahveh, y creyeron en Yahveh y en Moisés su siervo”. La confianza creyente es efecto de la evidencia de los hechos históricos creadores de salvación y manifestativos de la divinidad y del poder de Yahveh⁴.

Pero esta revelación, como anota Léon-Dufour, debe llegar al conocimiento de los hombres hasta en sus detalles y en sus consecuencias prácticas. De ahí la importancia, en el pueblo de Dios, de la enseñanza, que transmite en forma de instrucción la ciencia de las cosas divinas⁵. Y además, el mismo pueblo experimentó a Yahveh, como un Dios pedagogo, educador. Así lo expresa Camilo Maccise: “el libro del Deuteronomio sintetiza en unas frases la experiencia que el pueblo fue teniendo de la acción pedagógica de Dios en los acontecimientos de su historia que llevaron a formular una legislación acorde con ellos: *el Señor tu Dios, te ha educado como educa un padre a su hijo; para que guardes los preceptos del Señor, tu Dios, sigas sus caminos y lo respetes* (Dt 8,5-6)”⁶.

De manera especial, la experiencia de la alianza israelita, que consiste en una relación permanente que Yahveh establece con Israel después de haberlo liberado de la opresión de los egipcios, haciendo de él su pueblo* (Ex 19,4-6; Dt 7,6-8; Jos 24,1-13)⁷, muestra con claridad el carácter interpersonal y dinámico de las relaciones que ligan a Israel con Dios. De aquí surge la exigencia de una constante comunicación y de una plena reciprocidad de

^{**} Los textos de la Biblia y las abreviaturas de los libros bíblicos son tomados de: BIBLIA DE JERUSALÉN. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1975. 1836 p.

⁴ PANNENBERG, Wolfhart *et al.* La revelación como historia. Salamanca: Sígueme, 1997. p. 117-118.

⁵ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 279.

⁶ MACCISE, Camilo. Experiencia de Dios en la Biblia. En: Christus. México. No. 621 (diciembre de 1988); p. 15.

* Para Israel esta alianza supone la exigencia de adherirse a Yahveh, reconociéndolo como único Dios y amándolo con todo el corazón (Dt 6,4-5). Y Dios se compromete a bendecir al pueblo cuando es fiel, pero le augura castigos en caso de transgredir algunos de los preceptos (Dt 28).

⁷ SACCHI, Alessandro. Enseñanza. En: ROSSANO, P; RAVASI, G y GIRLANDA, A. Nuevo diccionario de Teología bíblica. Madrid: Paulinas, 1990. p. 500.

actitudes y de opciones. No sorprende, entonces, que las relaciones entre Dios y el pueblo se describan a menudo con la terminología de conocimiento y enseñanza⁸.

1.1.1 La acción del maestro: educar y enseñar

1.1.1.1 Significado etimológico y bíblico de educar y enseñar

- **Educación**

Significado etimológico. La etimología latina habla de *educere* y *educare*. Proviene fonética y morfológicamente de *educare* (*conducir, guiar, orientar*); y semánticamente recoge el concepto de *educere* (*hacer salir, extraer, dar a luz*)⁹. Esto permite la coexistencia de dos modelos conceptuales básicos: la dirección o guía y el desarrollo o extracción, como lo anota García Hoz:

La noción etimológica nos da dos nuevas notas de la educación: en primer lugar no se trata de un resultado...sino más bien de un proceso, de un movimiento; en segundo término, no se queda en la mera superficialidad de lo vulgar, sino que hace referencia a una interioridad, a la situación interior del hombre, de la cual, como fuente, van a brotar esos hábitos o esas formas de vivir que determinan o que posibilitan el que de un hombre digamos que está educado¹⁰.

Estas concepciones presentan dos aspectos fundamentales de la educación: la acción de sacar y la acción de conducir.

⁸ Ibid., p. 501.

⁹ ROMERO IZARRA, Gonzalo. Educación y magisterio. En: MORENO VILLA, Mariano. Diccionario de pensamiento contemporáneo. Madrid: San Pablo, 1997. p. 389-390.

¹⁰ GARCÍA HOZ, Víctor. Principios de Pedagogía sistemática. 9 ed. Madrid: Rialp, 1978. p. 17.

Definición. Se presenta una definición de lo que es la educación*, que parece, que recopila los elementos esenciales de la misma:

La educación atiende a que la totalidad de la persona llegue a ser la persona que está llamada a ser, a través de la relación o encuentro con otra (u otras personas). En principio se supone que estas dos personas son dinámicas (pueden recibir y dar) y una de ellas posee un potencial de experiencia de vida y de saber asimilado capaz de provocar en la otra persona un proceso de construcción de aquello que tiene capacidad de llegar a ser. Parte integrante de este proceso es la influencia que ejercerá sobre su interlocutor¹¹.

Se puede concluir, entonces, que la educación es el proceso intencional, gradual e integral del ser humano, que lo lleva al perfeccionamiento en cuanto persona, mediante una relación con otra u otras personas.

Sentido bíblico. En el Antiguo Testamento el hebreo emplea para los conceptos de disciplina y corrección la expresión *musar*, de la raíz (*ysr*), pues por la corrección se hace caer en la cuenta de su falta al que desprecia la Ley y la tradición y, por tanto, carece de disciplina. Como la disciplina incluye también la formación de la inteligencia (Pr 4,119), *musar* puede significar también educación y formación¹².

Por otro lado, el verbo griego *paideúō* (*educar, formar*) y los vocablos *paideiā* (*educación, formación, disciplina*), *paideutēs* (*educador, maestro*) y *paidagōgos* (*pedagogo*) se derivan de *paĩs* = niño, muchacho y *euō* = indica estado. Literalmente, *paideúō*, significa encontrarse, estar con un niño; además, tiene el significado de educar, formar, instruir, entrenar.

En la traducción de los LXX, el verbo *paideúō* (*educar, formar*), aparece 41 veces como traducción del hebreo *yasar*, castigar, disciplinar, corregir y el sustantivo *paideiā*,

* Es conveniente tener presente la definición de Pedagogía en cuanto que es la que aporta los elementos sistemáticos y teóricos a la educación y por ende a la enseñanza. La Pedagogía: “como disciplina singular y específica, hace referencia a la organización sistemática de conceptos y principios referidos a la educación. Tienen un carácter interdisciplinario en cuanto integra teorías de referencia provenientes de diferentes ciencias: psicología, sociología, antropología y biología como las de mayor incidencia en su configuración. Con este alcance la pedagogía es un campo teórico cuyo propósito es iluminar la práctica educativa”. (ANDER-EGG, Ezequiel. Diccionario de Pedagogía. Buenos Aires: Magisterio, 1997. p. 133).

¹¹ GINEL VIELVA, Álvaro. Educación en la fe y ministerio de la Palabra. En: PEDROSA, Op. cit., v. 1. p. 743.

¹² GABRIEL, J. Disciplina. En. BAUER, Johannes B. Diccionario de Teología bíblica. Barcelona: Herder, 1967. p. 295.

(educación, formación, disciplina), aparece 37 veces traduciendo a *musar*, castigo, disciplina¹³.

A partir de la presencia de estos términos es posible encontrar una clara actividad educadora de Dios. Dios se revela a Israel e interviene en su vida: esta intervención tiene tintes educadores. Al respecto, Dieter Furst expresa: Dios se manifiesta con amor y pide del pueblo confianza y obediencia. Debe ser modelado por el ser de Dios e imitarle en su santidad. La solicitud de Dios para con su pueblo le obliga a tomar medidas disciplinarias, a castigarlo (*yasar, musar*).

Estos términos hebreos, (*yasar, musar*), designan en primer lugar el castigo que el padre ha de aplicar al hijo (Dt 21,18; Pr 13,24; 19,18; 23,13; 29,17), y el castigo que Dios ha consentido que caiga sobre su siervo por la salvación de su pueblo (Is 53,5). Así, en Dt 11,2 la expresión *musar Yahveh* significa la acción directiva de Dios, su acción educadora para con Israel en la historia. Él castiga a causa del pecado (Lv 26,18.28), pero “con medida” (Jr 10,24; 46,28). El hombre puede apreciar o menospreciar esta educación, apreciarla u odiarla (Jr 5,3; Pr 12,1; Sal 50,17).

En la literatura sapiencial el castigo se transforma progresivamente en su resultado, la disciplina, que hay que aprender (Pr 1,2), interiorizar y custodiar (Pr 23,23). Pero el centro y el contenido es siempre Dios, no el niño ni un ideal. El fin de la educación que Dios lleva a cabo es conducir a su pueblo al conocimiento de que su existencia se funda únicamente en la voluntad salvífica de Yahveh y, por consiguiente, debe obediencia a su divino educador (Dt 8,1-6)¹⁴. Por su parte, J. Gabriel propone lo siguiente: “a la manera que un padre ayuda a su hijo, al castigarlo, a que sea recto, y no lo castiga a pesar de que lo ama, sino porque lo ama, así también el Señor castiga a todo el que ama (Pr 3,11); y, del mismo modo que al individuo, así trata el Señor también a su pueblo (Dt 8,5). Toda la historia del AT está escrita desde el punto de vista de la educación del pueblo”¹⁵.

A partir de una visión muy general, se puede entonces concluir que la acción de educar es un aspecto real e importante; tanto la presencia de los términos, como la acción implícita y explícita de Dios, ponen de manifiesto esta actividad educativa por parte de Yahveh.

- **Enseñar**

¹³ FURST, Dieter. Educazione, *paideúu'ñw* . En: COENEN, Lothar; BEYREUTHER, Erich e BIETENHARD, Hans. Dizionario dei concetti biblici del Nuovo Testamento. Bologna: EDB, 1976. p. 549-550.

¹⁴ Ibid., p. 550-551.

¹⁵ GABRIEL, Op. cit., p. 295.

Significado etimológico. La palabra enseñar viene del latín *insignare* (señalar, significar, dar signo de alguna realidad, mostrar a través de signos)¹⁶. En cuanto al término griego viene de *dida,skw*: (de *di-da-sko*, procedente de la raíz *dek*, tomar, tender la mano) significa la acción repetida una y otra vez (por la reduplicación del presente: *di-*) de tender (sufijo incoactivo: *-sko*) la mano para posibilitar la acción de recibir: *hacer que alguien reciba algo*¹⁷. El término, en este primer acercamiento, en cuanto a la raíz latina, hace referencia al hecho de exponer o mostrar algo; alude, también, a la orientación, guía, indicación o señalamiento que alguien hace a otra u otras personas. Y en el sentido griego se indica la intencionalidad de que alguien reciba algo.

Definición. Una descripción de la enseñanza, que contiene los elementos centrales de la misma, puede ser: desde el punto de vista pedagógico, la enseñanza adquiere todo su sentido didáctico a partir de la vinculación con el aprendizaje. No hay enseñanza si alguien no aprende. En este sentido la palabra enseñanza hace referencia a la acción desarrollada con la intención de llevar a alguien a que adquiriera nuevos conocimientos, capacidades, técnicas, procedimientos, actitudes, valores y formas de sensibilidad. Visto desde el que recibe la enseñanza, se trata de que alguien aprenda. De ahí resulta que la enseñanza deba ser considerada tanto como un proceso como un resultado¹⁸.

De lo anterior se deduce que la enseñanza, a la que el aprendizaje es correlativo, es un proceso esencial en la educación. Un proceso que va más allá de simplemente aprender; se trata de crecer, de desarrollarse, de autorrealizarse, de formarse.

Sentido bíblico. En el Antiguo Testamento, las dos raíces que indican la enseñanza son: *lmd* y *yrh*.

lmd: se utiliza principalmente para indicar el aprendizaje o la adquisición de una capacidad mediante un ejercicio adecuado (Os10,11; Jr 31,18; Jc 3,2; 2 S 22,35; Is 2,4). A veces *lmd* puede indicar la enseñanza dada por un sabio (Pr 5,13) o por el padre (Dt 11,9). Por el contrario la raíz *yrh*, tiene el significado de informar, instruir. De ordinario, en los sapienciales, se usa el término para indicar la enseñanza impartida por el padre (Pr 4,1-2) o por la madre (Pr 1,8; 6,20), o más frecuentemente por el sabio (Pr 3,1, 7,2; 13,14), que por eso mismo es llamado maestro (Pr 5,13); estos sabios desempeñaban el papel de educadores de la juventud, que consistía esencialmente en hacer aprender toda una serie de dichos sapienciales. Y el objeto de dicha educación es obtener la verdadera sabiduría (Pr 1,2-3),

¹⁶ ANDER-EGG, Op. cit., p. 72.

¹⁷ WEGENAST, K. Doctrina, insegnamento, *dida,skw*. En: COENEN, Op. cit., p. 522.

¹⁸ ANDER-EGG, Op. cit., p. 71-72.

que coincide con el conocimiento y temor de Dios (Pr 2,1-9) y que conduce a la plenitud de la vida (Pr 4,13; 10,17)¹⁹.

De lo anterior se deduce lo siguiente: la enseñanza es una formación integral que insiste en la voluntad. Tanto el conocimiento como la enseñanza incluyen toda la esfera de la experiencia, de la voluntad y de las relaciones sociales, asumiendo así un significado profundo y vital.

En cuanto a los dos conceptos: educar y enseñar, acciones propias del maestro, se concluye lo siguiente: existe una imagen del maestro a partir de las acciones que éste realiza, es decir educar y enseñar. Por lo que toca a educar, el maestro es alguien que invita al movimiento, a la acción y al mismo tiempo es alguien que colabora para que una persona saque lo mejor de sí mismo; esto lo realiza a través de un proceso intencional, gradual e integral, con la finalidad de que las personas alcancen su perfección en cuanto personas. Y en el sentido bíblico el maestro es el que corrige, dirige, es quien provee la disciplina, es quien guía y conduce al bien, es decir a la salvación.

Y, por lo que corresponde a la enseñanza el maestro es aquel que expone, muestra algo; alude, también, a la orientación, guía, indicación o señalamiento que alguien hace a otra u otras personas. El maestro es quien ayuda a que un individuo crezca, se desarrolle, se autorrealice. En el sentido bíblico, el maestro es el que ayuda a que otro aprenda, el que informa e instruye. Es aquel que colabora para que se obtenga la verdadera sabiduría que es el conocimiento y temor de Dios.

1.1.2 Dios es Maestro único de Israel. Se ha verificado la presencia de la educación y la enseñanza en la Escritura Veterotestamentaria; ellas son acciones propias del maestro, pero cuando se hace alusión a ellas, Yahveh no es nombrado explícitamente como Maestro. Ahora entonces, se profundizará en las acciones de educar y enseñar por parte de Yahveh para ver si es posible, a partir de su uso bíblico, llamar a Dios Maestro de Israel.

1.1.2.1 Yahveh, Maestro a través de sus acciones maravillosas. Dios se revela a sí mismo, se da a conocer por medio de obras y palabras intrínsecamente ligadas²⁰. El hombre conoce a Dios por medio de las obras y las palabras que él mismo realiza y dice. Las obras de Dios, llamadas normalmente hazañas o maravillas de Dios (Ex 30,20; Jc 6,13; Sal 9,2-4; 71,16-18; 105,4-6) son, en primer lugar, las obras de su creación, pero también sus acciones en relación con el hombre y, más concretamente, sus acciones en el pasado, especialmente

¹⁹ SACCHI, Op. cit., p. 500.

²⁰ DV 2.

la salida de Egipto y las demás acciones salvíficas que se esperan también para el futuro. Las *geburot* (actos de poder, acciones victoriosas y salvíficas) de Dios en el pasado son objeto de proclamación y alabanza²¹.

Estas obras, hazañas de Yahveh, siempre están presentes en la fe del pueblo. Cuando a Israel se le interroga por el contenido de su fe, éste responde generalmente con relatos y frases informativas, el conocimiento de Dios está precedido por su acción en la historia, es decir, Dios se revela obrando²².

Los hechos principales de la salvación de Israel son, al parecer de G. von Rad, la insignificación de los comienzos de Israel en la época de los padres, la opresión en Egipto, la liberación realizada por Yahveh y la conducción a la tierra deseada²³. Entonces no es raro que en las confesiones de fe del pueblo aparezcan estos temas y de un modo especial las acciones realizadas por Dios. De hecho afirma, Léon-Dufour: “la confesión de fe en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento... es en primer lugar la proclamación de la grandeza de Dios y de sus gestos salvadores, una profesión pública y oficial de fe en él y en su acción”²⁴.

Dos importantes confesiones de fe*, del Israel veterotestamentario aparecen en el libro del Deuteronomio:

Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: “¿Qué son estos estatutos, estos preceptos y estas normas que Yahveh nuestro Dios os ha prescrito?”, dirás a tu hijo: “Éramos esclavos de Faraón en Egipto, y Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte. Yahveh realizó a nuestros propios ojos señales y prodigios grandes y terribles en Egipto, contra Faraón y toda su casa. Y a nosotros nos sacó de allí para conducirnos y entregarnos la tierra que había prometido bajo juramento a nuestros padres. Y Yahveh nos mandó que pusiéramos en práctica todos estos preceptos, temiendo a Yahveh nuestro Dios, para que fuéramos felices siempre y nos permitiera vivir como el día de hoy. Tal será nuestra justicia: cuidar de poner en práctica todos estos mandamientos ante Yahveh nuestro Dios, como él nos ha prescrito” (Dt 6,20-25).

²¹ KOSMALA, H. Ser fuerte. En: BOTTERWECK, Johannes y RINGGREN, Helmer. Diccionario teológico del Antiguo Testamento. Madrid: Cristiandad. v. 1, 1973. p. 922.

²² MAGGIONI, Bruno. Revelación. En: ROSSANO, Op. cit., p. 1676.

²³ RAD, Gerhard von. Estudios sobre el Antiguo Testamento. Salamanca: Sígueme, 1976. p. 14.

²⁴ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 178.

* Otras confesiones son: Jos 24,2-13; Sal 136.

Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahveh Dios de nuestros padres, y Yahveh escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel (Dt 26,5b-9).

Lo primero que salta a la vista es que aquí se encuentra un breve resumen de la historia de la salvación, expresión clásica de la fe de Israel. Se tiene como punto central de la confesión la descripción de los hechos, las obras de Dios: “con brazo fuerte y mano poderosa”; esta expresión, que es antigua, tanto en su forma compuesta como en cada una de sus partes, a veces con inversión del orden de los adjetivos, suelen emplearse para designar las intervenciones de Dios en favor de Israel²⁵.

El dato anterior lleva a concluir que las confesiones de fe son el reconocimiento de unos hechos históricos, de una actuación verdadera de Yahveh, y no de unas reflexiones teóricas o filosóficas.

Pero, además de que el pueblo profesa su fe, el mismo Yahveh dice que él realiza las obras para que el pueblo conozca quien es él: “Dijo Yahveh a Moisés: ve a Faraón, porque he endurecido su corazón y el corazón de sus siervos, para obrar estas señales mías en medio de ellos; y para que puedas contar a tu hijo, y al hijo de tu hijo, cómo me divertí con Egipto y las señales que realicé entre ellos, y sepáis que yo soy Yahveh” (Ex 10,1-2).

Pero no sólo los judíos conocen a Dios por sus obras, también Egipto. A la pregunta respectiva del Faraón ¿quién es el Señor? (Ex 5,2); Dios le dice a Moisés: “Y los egipcios reconocerán que yo soy Yahveh, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque de en medio de ellos a los hijos de Israel” (Ex 7,5; 7,17; 14,4; 16,7).

Y en otros pasajes la afirmación es aún más explícita: “...para que sepas que no hay como Yahveh, nuestro Dios” (Ex 8,6). “...para que sepas que no hay como yo en toda la tierra” (Ex 9,14). “A ti se te ha dado a ver todo esto, para que sepas que Yahveh es el verdadero Dios y que no hay otro fuera de él”. (Dt 4,35).

Al obrar Dios revela su presencia, su señorío sobre Israel y sobre el mundo entero, su fidelidad y su misericordia, su justicia y amor. Atributos todos ellos activos. La revelación no es una mirada en el interior de la verdad atemporalmente estática de Dios, sino una mirada a Dios que se inclina sobre Israel y sobre el mundo²⁶.

²⁵ KOSMALA, Op. cit., p. 922.

²⁶ MAGGIONI, Op. cit., p. 1678.

Pero Dios no sólo se da a conocer, sino que instruye, enseña a Israel, presentándose así como su único Maestro*. En efecto, él es quien adiestra las manos del rey para la pelea (2 S 22,35; Sal 144,1), el que enseña a Israel su voluntad (Sal 143,10), su camino (Sal 25,4.9) y lo que le es provechoso (Is 48,17), instruyéndolo con solicitud y cariño (Jr 32,33; Sal 71,17; 94,10.12)²⁷.

Pero todavía la acción de Dios va más allá: “Dios interviene en la historia no sólo para darse a conocer, sino para salvar”²⁸. La fórmula: “Yo, Yahveh, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre” (Ex 20,2), significa: “Dios es el que domina y exige (“Yo soy tu Dios”), pero también es el que da (“te sacó de Egipto”). Dios le revela al hombre un designio de salvación y responde a sus peticiones más acuciantes: cómo vivir y para qué vivir”²⁹.

Hasta aquí es coherente decir que la experiencia que Israel tiene de Dios no es abstracta o teórica; el pueblo lo experimenta en su historia, en los hechos que él realiza, en los gestos prácticos de salvación. Con estos actos salvíficos Dios se revela, enseña y salva a su pueblo.

Si Israel experimentó a Yahveh como un padre que educa y enseña, es propio decir que lo experimentó a través de los actos portentosos que realizó ante sus ojos, que de ser un pueblo insignificante y esclavo lo conduce a través del desierto a una vida libre, a una tierra que mana leche y miel.

1.1.2.2 La Torá, enseñanza de Yahveh. Dios se revela por hechos y palabras, estas palabras, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas³⁰. Ya se ha visto como Dios se da a conocer obrando, pero también se revela hablando, “la historia va acompañada por la palabra que la interpreta. Los gestos de Dios tienen necesidad de la palabra que los anuncia y los comenta, sin la palabra quedarían mudos. Por eso los relatos

* Dios al elegir un pueblo, manifiesta su plena libertad, y la elección lleva consigo la decisión de conducir a su pueblo a una situación magnífica: a lo largo de todo el camino, allí estará Dios para guiarlo, conducirlo y educarlo; llevarlo a la tierra que mana leche y miel. Para profundizar en este aspecto ver: GIBLET, J. La elección de Dios. En: BOISMARD, M.E. *et al.* Grandes temas bíblicos. Madrid: Fax, 1966. p. 17-35.

²⁷ SACCHI, Op. cit., p. 502.

²⁸ MAGGIONI, Op. cit., p. 1679.

²⁹ Ibid.

³⁰ DV 2.

bíblicos son un entrelazado inseparable de acción y palabra, historia e interpretación”³¹. Una Palabra de Yahveh es la Torá; el israelita experimenta a Dios mediante la Torá. La liberación de Egipto sería incompleta sin la gran revelación del Sinaí (Ex 19-20). La naturaleza y la historia solas no están en condiciones de indicar las profundas exigencias morales que Yahveh impone a Israel; es precisa una revelación: las diez palabras³². “Dijo Yahveh a Moisés: consigna por escrito estas palabras, pues a tenor de ellas hago alianza contigo y con Israel. Moisés estuvo allí con Yahveh cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua. Y escribió en las tablas las palabras de la alianza, las diez palabras” (Ex 34,27-28).

- **Ley o Torá**

Afirma Léon-Dufour que “el hebreo *torah* posee un significado más amplio, menos estrictamente jurídico que el griego *nomos*, por lo que lo tradujeron los Setenta. Designa una enseñanza dada por Dios a los hombres para reglamentar su conducta. Se aplica ante todo al conjunto legislativo que la tradición del Antiguo Testamento hacía depender de Moisés”³³. Y en el mismo tono se dice que siguiendo la versión de los Setenta, que usa el término griego *nómos*, “ley”, para traducir el hebreo *torá*, la mayor parte de las Biblias traducen *torá* con “ley”. Pero no existe equivalencia exacta entre la ley, tal como se entiende normalmente en las lenguas y culturas occidentales, y la *torá* veterotestamentaria. Etimológicamente *torá* significa “instrucción” o “enseñanza”³⁴.

Por su parte Henri Cazelles afirma que en su significado más profundo el termino *torá* dice mucho más que Ley. Es historia de salvación. La salvación para la Torá, no está en un código de exigencias. Es el don que Dios hace a su pueblo, por medio de ese código, de un organismo vivo y estructurado en medio de las naciones que no le conocen³⁵. Así pues, los preceptos divinos no eran tanto normas jurídicas cuanto enseñanzas que Yahveh, como aliado y Maestro, le había impartido a manera de explicitación y concreción de la enseñanza contenida en las vicisitudes de la historia de la salvación. En otras palabras los

³¹ MAGGIONI, Op. cit., p. 1677.

³² Ibid., p. 1679. Las diez palabras sin lugar a duda tienen una connotación pedagógica. Por medio del decálogo, Yahveh se revela a sí mismo y, a la vez, revela el camino para la felicidad, el camino de la vida. Para profundizar sobre este rubro ver: WÉNIN, André. El Decálogo, revelación de Dios y camino de felicidad. En: Selecciones de Teología. Vol. 34, No. 136 (octubre-diciembre de 1995); p. 325-343. Así mismo para lograr la felicidad y la renovación es preciso la observancia de la alianza. Ver: VERMEYLEN, Jacques. El Dios de la promesa y el Dios de la alianza. Santander: Sal Terrae, 1986. p. 146-172.

³³ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 474.

³⁴ GARCÍA LÓPEZ, Félix. El Deuteronomio. Una ley predicada. Navarra: Verbo Divino, 1989. p. 17.

³⁵ CAZELLES, Henri. El Pentateuco. En: Selecciones de Teología. Vol. 5, No. 17 (enero-marzo de 1966); p. 68.

preceptos son una torá en cuanto que expresan, en términos de comportamiento humano, lo que Dios mismo hizo por Israel y lo que Israel, a su vez, tiene que hacer para ser fiel a Dios³⁶. La finalidad de la Torá es fundamentalmente ir educando al pueblo³⁷.

La contemplación de las maravillas de Dios lleva a que el creyente se sienta llamado a observar los preceptos divinos y, la vivencia de estos preceptos, son la vía maestra para la fidelidad a Dios. A estos preceptos se refieren los autores sagrados cuando presentan al pueblo como un discípulo que tiene que aprender a obrar bien: “aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda” (Is 1,17). Cuando se tiene que aprender la justicia: “Con toda mi alma te anhelo en la noche, y con todo mi espíritu por la mañana te busco. Porque cuando tú juzgas a la tierra, aprenden justicia los habitantes del orbe” (Is 26,9).

Pero sobre todo se aprende lo que es temer a Dios: “El día que estabas en el Horeb en presencia de Yahveh tu Dios, cuando Yahveh me dijo: reúneme al pueblo para que yo les haga oír mis palabras a fin de que aprendan a temerme mientras vivan en el suelo y se las enseñen a sus hijos” (Dt 4,10); “y, en presencia de Yahveh tu Dios, en el lugar que él haya elegido para morada de su nombre, comerás el diezmo de tu trigo, de tu mosto y de tu aceite, así como los primogénitos de tu ganado mayor y menor; a fin de que aprendas a temer siempre a Yahveh tu Dios” (Dt 14,23); “La llevará consigo; la leerá todos los días de su vida para aprender a temer a Yahveh su Dios, guardando todas las palabras de esta Ley y estos preceptos, para ponerlos en práctica” (Dt 17,19).

Y quienes recitan en los Salmos no cesan de pedir a Dios que les enseñe sus decretos: “Bendito tú, Yahveh, enséñame tus preceptos” (Sal 119,12); “Muéstrame tus caminos, Yahveh, enséñame tus sendas. Guíame en tu verdad, enséñame, que tú eres el Dios de mi salvación” (Sal 25, 4-5); “Heme aquí, que vengo. Se me ha prescrito en el rollo del libro hacer tu voluntad. Oh Dios mío, en tu ley me complazco en el fondo de mi ser” (Sal 40, 8-9).

- **El Deuteronomio, una Torá que educa y enseña**

El libro del Deuteronomio, vivamente preocupado por la educación del pueblo de Israel, se presenta como Torá (Dt 1,5; 4,44; 17,18; 31,26) y así es designado en 2 R 22,8.11. Es cierto que en él se contienen numerosas leyes, pero no es menos cierto que éstas poseen rasgos peculiares. Las leyes del Deuteronomio ni son estrictamente jurídicas, ni buscan como

³⁶ SACCHI, Op. cit., p. 503.

³⁷ LEFÈVRE, A. Santo es el Señor. En: BOISMARD, Op. cit., p. 82.

objetivo la organización política del estado. La ley deuteronomica es una “ley predicada”*. Y aunque tienen elementos comunes con las leyes de otros pueblos, las leyes escogidas por el Deuteronomio han recibido su impronta propia en el seno de la comunidad israelita: una comunidad de personas libres, una comunidad que ha experimentado la potencia terrible de Dios en el momento de la liberación de Egipto y su presencia cercana cuando ratificó la alianza³⁸.

Por otro lado la enseñanza de Yahveh, presente en la Torá, se ve claramente en la profesión de fe:

Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: “¿Qué son estos estatutos, estos preceptos y estas normas que Yahveh nuestro Dios os ha prescrito?”, dirás a tu hijo: “Éramos esclavos de Faraón en Egipto, y Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte. Yahveh realizó a nuestros propios ojos señales y prodigios grandes y terribles en Egipto, contra Faraón y toda su casa. Y a nosotros nos sacó de allí para conducirnos y entregarnos la tierra que había prometido bajo juramento a nuestros padres. Y Yahveh nos mandó que pusiéramos en práctica todos estos preceptos, temiendo a Yahveh nuestro Dios, para que fuéramos felices siempre y nos permitiera vivir como el día de hoy” (Dt 6,20-24).

La respuesta que el padre da a su hijo puede parecer, al menos a primera vista, un tanto desconcertante. El hijo interroga a su padre acerca de las leyes mandadas por Dios, y el padre le contesta: “Éramos esclavos de Faraón en Egipto, y el Yahveh nos sacó de Egipto”. En la afirmación de la liberación de Egipto, llevada a cabo gracias a la intervención de Dios, se encierra el por qué de la observancia de la Ley. El mismo Señor que con su poder liberador ha intervenido para que Israel escapara de Egipto, ha mandado a Israel las leyes que debía observar. Por ser comunicada en la historia, la Palabra de Dios es algo más que una idea o una doctrina moral o teológica; es un acontecimiento que no puede dissociarse de los demás acontecimientos históricos del pueblo de Dios. Ahora bien, del mismo modo que la intervención de Dios en la historia ha sido salvífica, también las leyes que ha ordenado tienen valor salvífico. La actuación de Yahveh tanto en la liberación de la esclavitud como en la donación de la Ley, persigue una finalidad: “para que fuéramos felices siempre y nos permitiera vivir como el día de hoy”. Promulgada en el contexto de la liberación, la meta de la Ley resulta evidente: para que el pueblo viva bien, esto es, para que viva dignamente y en libertad, para que no vuelva a caer en la esclavitud³⁹. Así pues, la enseñanza de Yahveh,

* Esta expresión la sugiere G. von Rad, para su mayor comprensión ver: RAD, Op. cit., p. 33-40.

³⁸ GARCÍA LÓPEZ, Op. cit., p. 17.

³⁹ Ibid., p. 17-18.

es una enseñanza histórica, basada en sus obras salvadoras, y es una enseñanza para el bien del pueblo, para que viva.

Un comentario al texto Dt 6,20-24 afirma:

En evocadoras palabras, referidas a una experiencia personal característica de toda existencia humana, el padre recuerda a su hijo aquella pedagogía divina de que Dios hizo alarde durante la peregrinación por el desierto en medio de las privaciones y abundancia. Dios educa al pueblo como un padre educa a su hijo (Dt 8,5). El hijo deberá reflexionar y escuchar la palabra del Señor (Dt 6,4s), es decir, cumplir sus mandamientos⁴⁰.

El pueblo ha de aprender la enseñanza y ponerla en práctica.

Es evidente que las palabras del padre, son las palabras de la experiencia del pueblo, al ser testigos en carne propia de la acción salvífica-pedagógica de Dios, el pueblo experimentó la presencia de Dios como un padre que educa y enseña a su hijo.

1.1.2.3 Yahveh, Maestro de Israel. Yahveh es el Maestro verdadero de Israel; Léon-Dufour⁴¹ enuncia las siguientes formas de cómo Yahveh es Maestro:

- Yahveh es inspirador de Moisés y los profetas y su palabra es la fuente de la tradición, que transmiten tanto los padres, los sacerdotes y los sabios (Ex 4,12; Dt 18,15-20)
- Yahveh enseña a los hombres el saber y la sabiduría, dándoles a conocer sus caminos y su Ley (Sal 25,9; 94,10s).
- La sabiduría personificada de Yahveh, se dirige a los hombres para instruirlos (Pr 8,1-11.32-36).
- Todo judío piadoso tiene conciencia de haber sido instruido por Dios desde su juventud (Sal 71,17).
- El judío piadoso, ruega sin cesar a Yahveh, que le enseñe sus caminos, sus mandamientos, sus voluntades (Sal 25,4; 143,10; 119, 7.12).

⁴⁰ PAX, Elpidius. Deuteronomio 6, 25. En: Concilium. Navarra. Vol. 3, No. 30 (diciembre de 1967); p. 609-610.

⁴¹ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 281.

- Yahveh forma parte de la vida del judío piadoso que abre su corazón a las enseñanzas divinas (Sal 40,8-9).

Algunos elementos de la función pedagógica, que le es propia a Yahveh se muestran en los siguientes aspectos:

- No ahorra correcciones y pruebas: “Date cuenta, pues, de que Yahveh tu Dios te corregía como un hombre corrige a su hijo” (Dt 8,5).
- Es sobre todo el amor el medio del que Yahveh se sirve para educar y enseñar: “Yo enseñé a Efraím a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer” (Os 11,3-4).
- El desierto* es el período donde Dios da la primera educación y enseñanza a Israel, manifestándose por medio de prodigios y corrigiéndolo con pruebas y sufrimientos: “Vosotros sabéis hoy - no vuestros hijos, que ni saben ni han visto la lección de Yahveh vuestro Dios, su grandeza, su mano fuerte y su tenso brazo - . Las señales y hazañas que realizó él en medio de Egipto, contra Faraón rey de Egipto y todo su pueblo; lo que hizo con el ejército de Egipto, con sus caballos y carros, precipitando sobre ellos las aguas del mar de Suf cuando os perseguían, y aniquilándolos Yahveh hasta el día de hoy; lo que ha hecho por vosotros en el desierto hasta vuestra llegada a este lugar” (Dt 11,2-5).
- Es aquel que escoge y guía a Israel: “la porción de Yahveh fue su pueblo, Jacob fue la parte de su heredad. En tierra desierta le encuentra, en la soledad rugiente de la estepa. Y le envuelve, le sustenta, le cuida, como a la niña de sus ojos. Como un águila incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así el despliega sus alas y te toma, y le lleva sobre su plumaje. Sólo Yahveh le guía a su destino, con él ningún dios extranjero” (Dt 32,10-12).
- Es aquel que marcha al frente de su pueblo en forma de columna de nube y de columna de fuego: “Yahveh iba al frente de ellos, de día en columna de nube para

* Respecto al desierto anota Carlos Soltero: este es un período en el que el Señor educa a su pueblo como a un hijo (Dt 8,5), domando su autosuficiencia y poniéndolo a prueba para ver lo que había en su corazón (Dt 8,2.16). La enseñanza fundamental de esa etapa está explicitada al referirse el discurso al maná: “para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh”.(Dt 8,3); lo que sostiene al hombre es la Palabra de Dios; esta Palabra es la que produce el maná y da vida. Por tanto no sólo en cuanto origen de las cosas materiales, sino en cuanto es enseñanza que debe ser obedecida y llevada a la práctica (SOLTERO, Carlos. Deuteronomio. En: LEVORATTI, Armando J. Comentario bíblico latinoamericano. Antiguo Testamento. Navarra: Verbo Divino, 2005. v. 1, p. 573).

guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche. No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche” (Ex 13,21-22). “De día los guiaba con la nube, y cada noche con resplandor de fuego” (Sal 78,14).

- Es el pastor que guía a su rebaño: “Yahveh es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma; me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre. Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan” (Sal 23,1-4)⁴².

Algunas características de Yahveh como enseñante y educador de su pueblo se expresan así:

- Dios es pedagogo de su pueblo (Jr 31, 7-10; Os 11,1s).
- Con amor gratuito lo crea, lo elige, le regala promesas (Ex 12, 25-27).
- Lo acoge desde la situación en que está (Gn 3,9).
- Lo atrae con lazos de amor (Os 11,14).
- Condesciende con la persona o con el pueblo caído para levantarlo gradualmente (Os 11,8s; Ez 16,4-8).
- Le habla para ayudarlo a crecer hasta la vida adulta y libre (Dt 6,20-25; 8,6; 31,12s).
- Yahveh se compara con un padre que corrige a sus hijos por amor (Dt 8,5; 2 S 7,14; Pr 3,11s; Sb 11,8-13).
- Por amor libera a su pueblo de sus esclavitudes (Dt 4,37-40).
- Transforma las situaciones aún dolorosas en ocasiones de adquirir sabiduría (Dt 11,2.7; Am 4,6-12).
- Es reconocido como educador paciente a pesar de las reiteradas rebeldías de su pueblo (Ne 9,6-37).
- Es un Dios madre capaz de amamantar a su bebé (Sal 131, 2s).
- De encaminarlo y cuidarlo (Os 11,3).

⁴² SACCHI, Op. cit., p. 502.

- De llevarlo a su mejilla como niño de pecho y de agacharse a darle de comer (Os 11,4).
- De protegerlo en sus brazos para instruirlo y de cuidarlo como a la niña de sus ojos (Dt 32,10).
- De animarlo a volar como el águila a sus polluelos revoloteando sobre el nido (Dt 32,11).
- De consolarlo y acariciarlo sobre sus rodillas (Is 66,7-13).
- De enseñarle a caminar y de cuidarle el sueño (Sal 121,2-8).
- De nunca abandonar al hijo aunque haya madres terrenales capaces de hacerlo (Is 49,15; Sal 27,10)⁴³.

Las características que se han mencionado destacan la faceta tan rica de Yahveh como Maestro de su pueblo. Esto manifiesta la importancia que en la obra salvífica tienen las acciones de educar y enseñar.

1.2 LOS INTERMEDIARIOS DE LA ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN DIVINAS

Dios está presente en su pueblo y de diversas maneras manifiesta su presencia. Entre los dones con que Dios conserva a Israel aparecen constantemente hombres que lo gobiernan, educan, enseñan e instruyen por encargo de Yahveh. Entre estos personajes se encuentran de manera sobresaliente: Moisés, los profetas y los sabios⁴⁴.

Después de haber constatado la acción de Yahveh como Maestro de Israel que educa y enseña, se abordan ahora algunos rasgos de estos personajes que actúan como intermediarios de Yahveh, Maestro de Israel.

1.2.1 Moisés. El primer gran intermediario de Yahveh, Maestro de Israel, es Moisés, el auténtico enviado divino (Ex 3-4). Moisés es una fuente por lo que atañe a la profecía (Ex 7,1; Nm 11,17-25) pero es más que un profeta, pues Yahveh habla cara a cara con él (Nm

⁴³ GARCÍA AHUMADA, Enrique. Teología de la educación. Santiago de Chile: Tiberiades, 2003. p. 117-118.

⁴⁴ ZIMMERLI, Walther. Manual de Teología del Antiguo Testamento. Madrid: Cristiandad, 1980. p. 88-121.

12,6-8). Pero aún así, en el libro del Deuteronomio se le da el título de profeta; el mismo Yahveh dice: “Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande” (Dt 18,18). Las palabras de Moisés, en realidad, son las Palabras de Yahveh: “Yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir” (Ex 4,12). Es entonces Yahveh el que habla por medio de Moisés, es Yahveh quien imparte la enseñanza al pueblo.

Y, también, es Yahveh quien realiza la hazaña de la liberación de Egipto:

He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos. Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto (Ex 3,8-10).

Es, entonces, Yahveh quien, de “la mano de Moisés” (Sal 72,21) conduce a Israel hacia la libertad.

Y, efectivamente, es Moisés el que, en nombre de Yahveh, guía al pueblo, lo saca de la esclavitud del país de Egipto (Ex 3,10) y lo conduce por mandato de Yahveh a la tierra que mana leche y miel (Ex 3,17). Además, es el mediador de la alianza⁴⁵.

Estas dos acciones: sacar y guiar al pueblo, y ser el mediador de la alianza, sintetizan los dos grandes rasgos de la figura de Moisés como maestro.

Moisés a través de las obras, que en realidad son las maravillas de Dios, y a través de las palabras, que es la Torá, es como se manifiesta como maestro del pueblo en el nombre de Yahveh. La enseñanza de Moisés en cuanto a las obras está sintetizada en el largo cántico que lleva su nombre (Dt 32,1-43); aquí predomina la narración de las obras divinas. Moisés recuerda al pueblo las hazañas de Yahveh, para enseñarles a confiar y a vivir como pueblo de su heredad.

Estas obras que realiza Yahveh, y a través de las cuales libera a Israel de Egipto (Ex 7,14-12,36; 14,5-31), son las obras que Moisés lleva a cabo para manifestar y enseñar al pueblo lo mismo que al mismo Faraón, la grandeza y el poder de Yahveh. En la travesía por el desierto Moisés por orden de Yahveh, realiza obras, como el agua que sale de la roca (Ex 17,1-7) para que el pueblo sepa que Yahveh está entre ellos.

⁴⁵ SACCHI, Op. cit., p. 503.

Por otro lado, de un modo muy peculiar, Moisés se presenta como maestro en cuanto mediador y redactor de la Torá⁴⁶, que es la enseñanza de Yahveh. En efecto, es en el monte Sinaí, donde Moisés recibe la Torá y la misión de darla a conocer al pueblo, “Dijo Yahveh a Moisés: sube hasta mí, al monte; quédate allí, y te daré las tablas de piedra - la ley y los mandamientos - que tengo escritos para su instrucción” (Ex 24,12). Esta enseñanza tiene una finalidad muy concreta: para que el pueblo viva. Es pues Moisés el que en el nombre de Yahveh instruye al pueblo⁴⁷. Es tan privilegiada esta función de maestro que desempeña Moisés que la misma Ley de Dios (Torá), también es llamada “Ley de Moisés” (1 R 2,3; Dt 1,5; 4,8; Jos 1,7-8; Esd 7,6).

1.2.2 Los profetas. El profeta es un intermediario entre Dios y los hombres⁴⁸, y habiendo sido elegido por Dios, transmite un conocimiento especial sobre lo que se debe hacer en el momento presente o en las incertidumbres del futuro⁴⁹. Es el profeta el que en el nombre de Dios, guía, conduce y enseña al pueblo a vivir de acuerdo a su vocación, es decir, como pueblo de Dios.

En efecto, Los profetas son los portavoces que Dios ha nombrado para dar a conocer su voluntad y sus órdenes (Dt 18,15-20). Es, entonces, el mismo Yahveh el que enseña por medio de los profetas. Ellos, los profetas, deben recordar de nuevo la alianza de Dios y la carta de la alianza. Es pues, conveniente decir que los profetas son verdaderos maestros del pueblo, porque en las situaciones históricas concretas en que viven, llaman al israelita a que viva conforme a la Torá. Es, por ende, misión de los profetas educar y enseñar al pueblo para que viva de acuerdo a la Torá y, así, alcance la dicha y la felicidad.

Principalmente en dos aspectos desempeña, el profeta, su faceta de maestro: en torno a la Torá y a través de acciones simbólicas.

1.2.2.1 Los profetas y la Torá. La Torá y los profetas son parte de una misma totalidad. La Torá declara, por designio de Yahveh, lo que debe ser en todo tiempo y para todo hombre. Y el profeta, según la interpretación de Léon-Dufour⁵⁰, actúa en dos direcciones respecto a la Torá:

⁴⁶ STEFANI, Pietro. Moisés. En: ROSSANO, Op.cit., p. 1263.

⁴⁷ SACCHI, Op. cit., p. 503.

⁴⁸ SICRE, José Luis. Profetismo en Israel. El profeta. Los profetas. El mensaje. Navarra: Verbo Divino, 1992. p. 68.

⁴⁹ Ibid., p. 99.

⁵⁰ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 725-726.

Primera: denuncia las faltas que surgen contra la Torá. Lo que distingue al profeta es que no espera a que se le someta un juicio para pronunciarse, y lo hace sin haber recibido autorización de la sociedad, ni haber recibido el saber de otros. En razón de lo que Dios le revela para el momento presente asocia la Torá con la existencia; dice al pecador, como Natán a David: “Tú eres ese hombre” (2 S 12,7), coge a las personas en el acto mismo (1 R 21,20), a menudo por sorpresa (1 R 20,38-43). Oseas (4,2) y Jeremías (7,9), hacen alusión al decálogo; Ezequiel a las leyes y costumbres (Ez 18,5-18). El no pagar el salario (Jr 22,13; Mal 3,5), el fraude (Am 8,5; Os 12,8; Mi 6,10), la venalidad de los jueces (Mi 3,11; Is 1,23; 5,23), el negarse a manumitir a los esclavos en el tiempo debido (Jr 34,8-22), la inhumanidad de los prestamistas (Am 2,8) y de los que machacan el rostro de los pobres (Is 3,15; Am 2,6-8; 4,1): otras tantas faltas a la Torá.

Segunda: la esencia de la Ley que hacen presente los profetas no se reduce al texto escrito; en todo caso lo escrito no puede operar lo que opera el profeta en sus oyentes. El profeta alcanza en cada persona ese punto secreto en el que se acoge o se rechaza la luz. Ahora bien, en la situación de hecho en la que surge la palabra profética no sólo se rehúsa el derecho sino que se retuerce (Mi 3,9s; Jr 8,8; Ha 1,4), se cambia en amargura (Am 5,7; 6,12); al bien se le llama mal y viceversa (Is 5,20; 32,5); tal es la mentira condenada por Jeremías (Jr 6,6). Los pastores enturbian el agua a las ovejas (Ex 34,18s), se extravía a los débiles (Is 3,12-15; Am 2,7).

1.2.2.2 Las acciones simbólicas. Es frecuente, en los profetas, que los anuncios en forma de gestos precedan o acompañen a las exposiciones orales. Por ejemplo el profeta Ajías rasga su manto nuevo (1 R 11,29-31); Saúl descuartiza una yunta de bueyes (1 S 11,6-7); Eliseo manda tirar una flecha por la ventana (2 R 13,14-19); Jeremías carga un yugo al cuello (Jr 27,1-3.12); Ezequiel dibuja la ciudad de Jerusalén en un ladrillo (Ez 4,1-3). Esta fuerza expresiva es para captar la atención del oyente, es un recurso, pero al mismo tiempo es la enseñanza que a través de acciones transmite el profeta.

Un ejemplo de esta manera de proceder por parte de los profetas es cuando Isaías camina desnudo y descalzo (Is 20). Este signo significa: “así como ha andado mi siervo Isaías desnudo y descalzo tres años como señal y presagio respecto a Egipto y Kus, así conducirá el rey de Asur a los cautivos de Egipto y a los deportados de Kus, mozos y viejos, desnudos, descalzos y nalgas al aire - desnudez de Egipto” (Is 20,3-5).

Otro ejemplo clásico es el del profeta Oseas: “Yahveh dijo a Oseas ve, tómate una mujer dada a la prostitución e hijos de prostitución, porque la tierra se está prostituyendo enteramente, apartándose de Yahveh” (Os 1).

Son pues los gestos simbólicos una manera muy específica como los profetas transmiten enfáticamente un mensaje al pueblo que no está actuando de acuerdo al mandato de Yahveh.

Concluyendo, se puede decir que los profetas son los que en el nombre de Yahveh, educan y enseñan al pueblo, procurando que se acepte, en las circunstancias históricas, la Torá, es decir la enseñanza y la autoridad divina en el interior de los corazones. De modo general se les relaciona con la Palabra de Yahveh, puesto que recibieron de Dios el encargo de enseñar a Israel. Es, pues, natural que frecuentemente usen también otras formas lingüísticas y literarias para enseñar, como por ejemplo, la elegía, la poesía fúnebre, el himno, diversas formas litúrgicas, el proceso verbal en los tribunales, el proverbio, pasajes de estructuras numéricas, la comparación, la sátira⁵¹.

Es de mencionar que la misión de enseñar, de instruir al pueblo es importante, por lo menos, tanto, como de predecir el porvenir. En el período monárquico los profetas fueron los maestros de religión y de moral del pueblo, los mejores, aunque no siempre los más escuchados⁵².

1.2.3 Los sabios. Los sabios son esencialmente docentes (Qo 12,9) y para esta actividad tienen *casa-escuela* (Si 51,23-30) en donde imparten una instrucción sólida que ayuda a hallar a Dios. Y, además, cumplen para con sus discípulos la misma función que todo padre para con sus hijos (Si 30,3; Pr 3,21; 4,1-17.20).

Después del exilio la asimilación progresiva del contenido de la Torá y de los profetas da la orientación a la reflexión de los sabios. El maestro, así alimentado con la Torá y los profetas, transmite a sus hijos la verdadera sabiduría (Jb 33,33), el conocimiento y el temor de Yahveh (Pr 2,5; Sal 34,12); en una palabra, el saber religioso, que es condición para la vida feliz⁵³.

Son, entonces, los sabios, los responsables de la educación y enseñanza del pueblo, responsabilidad que consistía principalmente en hacer aprender toda una serie de dichos sapienciales de carácter práctico, para adquirir la verdadera sabiduría que coincide con el temor de Dios. Y así llegar a la plenitud de la vida. Porque así lo dice el proverbio: “Aférrate a la instrucción, no la sueltes; guárdala, que es tu vida” (Pr 4,13). “Camina hacia la vida el que guarda las instrucciones” (Pr 10,17).

⁵¹ DEISSLER, Alfons. El Antiguo Testamento y la moderna exégesis católica. Barcelona: Herder, 1966. p. 115-119.

⁵² VAUX, Roland de. Instituciones del Antiguo Testamento. Barcelona: Herder, 1964. p. 88.

⁵³ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 280.

Ahora bien, es entendible que el fin primero de los sabios es comprender, es saber, es conocer el mundo en toda su complejidad: el mundo físico, el mundo de los animales y sobre todo el del hombre con su comportamiento, sus tendencias y su capacidad. Y esto lo hacían sin distinguir ni separar lo profano de lo religioso; para los sabios lo real constituía un todo único; lo profano se mezclaba con lo religioso y viceversa⁵⁴.

Pero este fin no es un fin en sí mismo. Los sabios buscaban lo que podía ayudar al ser humano a orientarse en este mundo, a vivir y a obrar mejor. Esta es la finalidad del sabio: “el objetivo de su sabiduría era el saber vivir, y el saber hacer”⁵⁵.

Ahora bien, si no era el conocimiento de los sabios un fin en sí mismo, entonces se transmitía, se propagaba. La sabiduría se transmitía oralmente y especialmente por escrito y ésta gobernaba la actividad de la sociedad y regulaba los comportamientos y las controversias que surgían entre las personas y grupos⁵⁶.

El sabio se preocupa, ante todo, por saber como conducir su vida para obtener la verdadera felicidad*; lanza al mundo que le rodea una mirada lúcida y sin ilusión; conoce sus taras, lo cual no quiere decir que las apruebe (Pr 13,7; Si 13,21); sabe lo que se oculta en el corazón humano, lo que es para él causa de gozo o de pena (Pr 13,12; 14,13; Qo 7,2-6). Pero el sabio no se confina en el papel de observador. Como maestro nato, traza reglas para sus discípulos: prudencia, moderación en los deseos, trabajo, humildad, ponderación, medida, lealtad de lenguaje. Toda la moral del Decálogo está contenida en estos consejos prácticos. Habiendo adquirido la sabiduría, nada desea tanto como transmitirla a los otros (Si 51,13-20), e invita a sus discípulos a emprender con ánimo su difícil aprendizaje (Si 6,18-37)⁵⁷.

Este maestro-sabio encuentra su modelo más significativo en el Sirácida, que saca su enseñanza de la Torá, identificada ahora con la sabiduría divina (Si 24,22-32). En este sabio, tiene su origen la figura del *Rabbi*, que ocupará un lugar especial en la vida religiosa del tiempo de Jesús⁵⁸.

⁵⁴ GILBERT, Maurice. Sabiduría. En: ROSSANO, Op. cit., p.1720.

⁵⁵ Ibid., p.1720.

⁵⁶ Ibid.

* A este respecto vale la pena anotar lo que se ha leído en el Evangelio, “un ciego no puede guiar a otro ciego” (Mt 15,14), y se anota también lo ya muy conocido: nadie da lo que no tiene. ¿Cómo enseñar a vivir bien cuando no se vive bien, cómo conducir a la felicidad cuando no se es feliz?

⁵⁷ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 808.

⁵⁸ SACCHI, Op. cit., p. 504.

Con lo dicho anteriormente, en lo que respecta a los sabios, queda manifestada nuevamente la esencialidad de la Torá en la enseñanza y educación del pueblo y la referencia inefable que hacen a ella los sabios-maestros de Israel.

Por otro lado, los rasgos que se han descrito de Moisés, los profetas y los sabios, en cuanto que son intermediarios de la enseñanza divina, muestran que son maestros del pueblo y que desempeñan un papel de primer orden en la historia de la salvación. Su referencia ineludible a la Torá y la creación de actos o gestos simbólicos, manifiestan su unidad con el único Maestro de Israel, Yahveh. Pero además, a estos intermediarios se debe que la enseñanza divina se haya mantenido a lo largo de los siglos con ese carácter histórico y dinámico que tuvo desde el principio sin reducirse al rango de simples doctrinas.

Por todo lo dicho a lo largo de este primer capítulo se puede decir lo siguiente: en el Antiguo Testamento Yahveh se revela como Maestro que educa y enseña a su pueblo como un padre a su hijo. La actividad educativa de Yahveh se evidencia en la presencia de los términos educar y enseñar.

La enseñanza divina tiene un connotado aspecto personal y dinámico. Dios enseña no comunicando nociones sino dándose a conocer él mismo mediante sus obras. A través de sus obras se da a conocer, enseña, educa y salva a su pueblo.

Ha quedado claro que, en el Antiguo Testamento, la historia y la Torá son dos aspectos complementarios de la enseñanza que Dios da a su pueblo. En consecuencia los preceptos divinos no se consideran nunca como una imposición o como un yugo pesado, sino que se aceptan con gozo como un medio eficaz de liberación, de crecimiento integral, de superación, tanto personal como comunitaria.

Por último, se ha constatado la existencia de unos intermediarios en la enseñanza divina. Estos son de manera particular: Moisés, los profetas y los sabios. Éstos desempeñan con fidelidad y con fe esa misión de enseñar y educar. De entre sus rasgos, como maestros del pueblo, destaca la acción como manera de enseñar y educar; así, como la recurrencia a la Torá y su invitación constante al cumplimiento de esa enseñanza, con la finalidad de que sea el pueblo que Yahveh quiere y consecuentemente llegue a poseer la vida.

2. JESÚS, EL MAESTRO

Los evangelistas presentan a Jesús como Maestro⁵⁹, ya que durante su vida pública la enseñanza es un aspecto esencial de su actividad⁶⁰. Y es que “una manera fija de considerar a Jesús en los Evangelios es la de verle como el Jesús que enseña * (Mc 10,1; Mt 4,23; 9,35; Lc 4,15). Esto se aplica tanto a la tradición pre-sinóptica acerca de Jesús (en cuanto a la fuente Q cf. Mt 8,19s par.; Mt 10,24s par.) como a su configuración redaccional por los evangelistas”⁶¹.

⁵⁹ SACCHI, Op. cit., p. 507.

⁶⁰ LÉON-DUFOUR, Op. cit., p. 281.

* Por enseñar se entiende en general aquel proceso en el cual algunos individuos o grupos tratan de comunicar a otros ciertos conocimientos o modos de conducta, que hasta entonces les eran extraños. El significado fundamental de la palabra, al cual corresponde como correlativo, aprender (seguimiento), abarca la dimensión de la práctica, del ensayo y de la experiencia). En el NT se encuentra a este respecto, ante todo, el grupo de palabras *dida,skw*, aprender, con los sustantivos *dida,skalos*, maestro y *dadaskali,a* o *didach,*, enseñanza; su significado comprende, desde el acto de enseñar (traspasar) y ejercitar, hasta la “predicación” que quiere mantenerse a un nivel elevado y solemne, pero puede significar así mismo la transmisión de un conjunto de enseñanzas ya fijadas (WEGENAST, Op. cit., p. 521-522). Son, entonces, los actores del proceso de enseñanza-aprendizaje, los elementos primordiales en el acto educativo. Cuando se enseña y se aprende, se está realizando la educación.

⁶¹ WEIB, Hans-Friedrich. *didáa'ñ,scw*. En: BALZ, Horst y SCHNEIDER, Gerhard. Diccionario exegético del Nuevo Testamento. Salamanca: Sígueme, 1998. v. 1, p. 960-961. También se puede ver: DÍAZ RODELAS Juan Miguel. Maestro/Rabbi/Rabbuni. En: RAMOS, Felipe. Diccionario de Jesús de Nazaret. Burgos: Monte Carmelo, 2001. p. 756.

Es esta figura de Jesús como Maestro (*dida,skaloç*), y algunas características de su enseñanza, lo que se quiere investigar ahora. Se procede de la siguiente manera: en primer lugar se pretende establecer un panorama del ser maestro en el tiempo y espacio de Jesús, para esto se acude, de manera especial, a las fuentes evangélicas; posteriormente se considera la historicidad del título Maestro otorgado a Jesús; y enseguida, algunas consideraciones sobre la formación del Maestro; luego, se investiga la imagen de Jesús como Maestro y el discipulado como expresión del Maestro. Por último, se investigará la realidad del ministerio de la enseñanza en la vida de las primeras comunidades, y la labor de enseñanza del presbítero dentro de ellas.

Conviene establecer algunas consideraciones que vale la pena tener en cuenta respecto al término “maestro” y la figura misma del “maestro”. El término hebreo *Rabbi*, con el que se define maestro, es en realidad un sintagma compuesto por el adjetivo grande (*rab*) y el sufijo posesivo “mío”⁶². Esto manifiesta que es un título de prestigio, “mi grande” o “grande mío”. Por lo que respecta a la lengua latina el término *magíster* proviene de *magis*: más, mayor, en mayor cantidad o número; significa pues el que es más⁶³. En la lengua española tiene el siguiente significado: maestro (de *magíster*), “dicho de una persona o de una obra: de mérito relevante entre las de su clase”⁶⁴ y “muy principal o perfecto”⁶⁵.

Dada la orientación de superioridad que tiene el término es necesario utilizarlo con cautela y prudencia. Se entiende así, entonces una frase en el evangelista Mateo: “Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar *Rabbi*, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos” (Mt 23,8). Hay, por tanto, que tener presente esta consideración: la actividad del maestro es una actividad arriesgada, peligrosa, que puede entrañar arrogancia del poder y una superioridad despectiva.

Pero el maestro tiene también un gran valor, es una figura positiva de mucho relieve. El maestro es una persona competente para enseñar y educar⁶⁶. Es, entonces, maestro el que

⁶² DÍAZ RODELAS, Op. cit., p.756.

⁶³ MACCHI, Luis. Diccionario de la lengua latina: latino-español, español-latino. Rosario: Apis, 1941. p.331.

⁶⁴ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la Lengua Española. 22 ed. Madrid: Real Academia Española, 2001. v. 7, p. 959.

⁶⁵ GARCÍA PELAYO, Ramón. Pequeño Larousse. Buenos Aires: Larousse, 1972. p. 547.

⁶⁶ SÁNCHEZ SARTO, Luis. Diccionario de Pedagogía. Barcelona: Labor, s.f. v. 2, p. 1950. Conviene tener en cuenta que en el numeral 1.1.1.1, de esta investigación se ha dicho a manera de conclusión la importancia de la figura del maestro a partir de la descripción de los términos educar y enseñar.

desempeña especialmente la tarea de enseñar, instruir, orientar, educar, es aquella persona que ayuda a vivir.

2.1 SER MAESTRO EN EL TIEMPO Y ESPACIO DE JESÚS

Para ahondar en el sentido y el alcance del apelativo que se le da a Jesús, es conveniente indagar sobre el significado de ser “maestro” en su tiempo y en su espacio.

2.1.1 Los escribas, maestros de la Ley. El origen. El hebreo *sôfer*, traducido por escriba, corresponde al griego *grammateu,j*, que es el más frecuente usado en el Nuevo Testamento para designar al escriba. Se le decía también hombre de la ley, legista, jurista y doctor de la ley. También *Rabbí*, cuyo uso era corriente en tiempos de Jesús⁶⁷.

Los orígenes de los escribas, según Robert, A. y Feuillet, A., se remontan a la época de la monarquía, y eran aquellos funcionarios que redactaban actas o escribían anales. A ellos se deben colecciones de máximas y el influjo en algunos otros sectores como la historiografía. Con la cautividad, las creaciones literarias de los escribas se incluyeron en el tesoro de las tradiciones nacionales, y entonces, el escriba pasa a ser de un funcionario a un hombre piadoso que enriquecerá los libros sagrados con la meditación de los textos antiguos⁶⁸, lo que ocasiona que su influencia aumente.

Después del exilio en Babilonia (587 a.C.), la palabra “escriba” adquiere un nuevo significado; se aplica a las personas que se consagran al conocimiento de la Ley, con el fin de reconstruir al nuevo pueblo de Israel sobre la base de la tradición mosaica. El paradigma de esta reconstrucción es Esdras, quien había aplicado su corazón a escrutar la Ley de Dios, a ponerla en práctica y a enseñar en Israel los preceptos y normas (Esd 7, 6.10)⁶⁹.

La influencia y actividad de los escribas se encuentra, básicamente, en dos esferas: la primera esfera es la reflexión moral y religiosa, o sea, la sabiduría. En el judaísmo posterior a la cautividad había surgido una abundante literatura sapiencial, en la que, naturalmente, la profesión de escriba era tenida en gran estima (Qo 39,1-15). La segunda esfera es la del derecho. Cuando se llama a Esdras “sacerdote escriba”, o se dice que está versado en la Ley

⁶⁷ ROBERT, A y FEUILLET, A. Introducción a la Biblia. Barcelona: Herder, 1967. v. 2, p. 83.

⁶⁸ ROBERT, Op. cit., v.1, p. 747.

⁶⁹ PERESSON, Mario L. La Pedagogía de Jesús: Maestro carismático y popular. Bogotá: Librería Salesiana, 2004. p. 40-41.

de Moisés (Esd 7,6.11-12; Ne 8,1), se está indicando que él es un experto conocedor del derecho tradicional y de la jurisprudencia⁷⁰.

Las cualidades de los escribas después del destierro son: es un hombre versado en Ley de Moisés, que aplica su corazón al estudio de la Ley, la pone en práctica y la enseña al pueblo. Además, ejercen los escribas una gran influencia en el campo moral-religioso y en el campo del derecho.

Estas cualidades, y a la vez misión, que los escribas tenían, no perdurarán hasta el tiempo de Jesús. En el tiempo de Jesús, la situación ha cambiado y ha cambiado la manera de ser de los escribas.

2.1.2 Ser escriba en tiempos de Jesús. En el tiempo de Jesús, ser escriba, ser maestro, era prácticamente una profesión. El joven israelita que deseaba consagrar su vida a la erudita actividad de escriba comenzaba el ciclo de su formación como alumno, lo que implica la actividad de los escribas como maestros. El alumno estaba en relación personal con su maestro y escuchaba su enseñanza. Cuando había llegado a dominar toda la materia tradicional y el método de la *halaká**, hasta el punto de estar capacitado para tomar decisiones personales en cuestiones de legislación religiosa y de derecho penal, era “doctor no ordenado”. Pero sólo cuando, el alumno, había alcanzado la edad canónica, fijada en cuarenta años, podía ser recibido por la ordenación en la corporación de escribas, como miembro de pleno derecho. A partir de entonces, el escriba, estaba autorizado a zanjar por sí mismo las cuestiones de legislación religiosa y ritual, a ser juez en los procesos criminales y a tomar decisiones en los civiles, bien como miembro de una corte de justicia, bien individualmente.

También tenía derecho a ser llamado *Rabbi*, pues este título estaba ya ciertamente en uso entre los escribas del tiempo de Jesús⁷¹.

2.1.3 Las funciones de los escribas. El título de escriba, que implica una función, era de gran poder en el pueblo: algunas de las funciones de los escribas eran:

⁷⁰ ROBERT, Op. cit., v. 2, p. 83.

* *Halaká*: “Comentario de la Escritura - sobre todo de la Torah - destinado a suministrar reglas jurídicas” (DHEILLY, J. Diccionario bíblico. Barcelona: Herder, 1970. p. 521).

⁷¹ JEREMÍAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento. Madrid: Cristiandad, 1977. p. 251-252.

- Las decisiones de los escribas tenían el poder de atar y desatar (Mt 16.19; 18,18) para siempre a los judíos del mundo entero.
- Los escribas eran miembros del sanedrín^{**} - asamblea suprema formado por los sacerdotes jefes, miembros de familias patricias y escribas -, que era una asamblea gubernativa, pero en primera instancia era una corte de justicia. En general un gran número de los puestos importantes estaban, en el siglo primero después de Cristo, en manos de los escribas⁷².
- Eran intérpretes de la Ley y actuaban como jueces en disputas civiles y religiosas.
- Ejercían la enseñanza. Instruían a los discípulos que los escogían como maestros.

Luego, entonces, por las características mencionadas, no había una buena fama del escriba, y por consiguiente del título *Rabbi*. Además, “el origen de los escribas no era muy alentador: un nacimiento un poco oscuro, de origen pobre, de profesión de pequeños plebeyos”⁷³. Aún así, el pueblo los reconocía como maestros.

Jesús los ataca por su falta de humildad y de caridad, por su conducta personal llena de hipocresía y por el agobiante formalismo y exagerada casuística, que había en su teología moral, como maestros de la religión judía (Mt 23,1-33; Lc 11,44-52; 20,46-47). Frente a estos escribas leguleyos pervertidos, Jesús presenta a sus propios discípulos como escribas auténticos, concedores y expositores de la verdad justa (Mt 13,52; 23,34)⁷⁴.

Entonces, respecto a cómo llegar a ser maestro y cuáles eran las características en tiempos de Jesús, se concluye: el escriba es quien, de modo especial, ostenta el título de maestro; un título que no corresponde a la manera de servir, por el afán de poder y falta de humildad que ostentaban en aquel tiempo. Aunque la gente los llama maestros, no se comportan como tales. En este ambiente aparece Jesús y es llamado Maestro.

^{**} Las atribuciones del sanedrín eran múltiples: guardianes de la Ley y de la tradición, los miembros de esta curia se entendían de todos los asuntos que concernían de cerca o de lejos a la vida religiosa de la nación judía. El sanedrín, que tenía su guardia y su policía, podía mandar detener y encarcelar a los delincuentes, infligir multas y castigos corporales, excluir a los criminales de la comunidad israelita. Aunque tenía autoridad para pronunciar sentencias de muerte, estas no venían a ser ejecutadas sino después de haber sido ratificadas por el representante de Roma (ROBERT, Op. cit., v. 2, p. 82).

⁷² JEREMÍAS, Op. cit., p. 252-253.

⁷³ Ibid., p. 250-251.

⁷⁴ MARTÍN NIETO, Evaristo. *Escribas*. En: RAMOS, Op. cit., p. 353.

2.2 JESÚS, EL MAESTRO. HISTORICIDAD

¿Jesús fue llamado históricamente maestro? Este es un aspecto importante para esta investigación. Es esto lo que ahora se quiere indagar, y se recurre para ello, de manera principal, a las fuentes evangélicas y al estudio de autores especialistas en este campo.

2.2.1 Datos que presentan los Evangelios. Las fuentes evangélicas dicen lo siguiente:

- Los discípulos llaman a Jesús: “Maestro”: (Mc 4,38; 10,35; Mc 13,1; Lc 5,5; Jn 11,28). También los adversarios irónica y capciosamente lo nombran “Maestro” (Mt 22,15-17.23.36; 12,38; Lc 11,45-54; 19,39).
- Quienes quieren seguir a Jesús, de igual manera se dirigen a él llamándole “Maestro” (Mc 10,17; Mt 8,19).
- La gente también llama a Jesús: “Maestro” (Mt 8,19; 12,38; 19,16; 22,36-37; Mc 5,35; 9,38; 10,17; 10,35; 10,51; 11,20-21; 12,14; 14,45; Lc 9,38; 12,13).
- En los Evangelios, uno de los títulos con los que se autonombró Jesús es “Maestro” (Mc 14,14; Mt 10,24-25; 23,8-11; 26,18; Lc 22,11; Jn 13,13-14).
- Además, Jesús continuamente “enseñaba” (Mc 1,21; 4,1; 6,1; 6,34; Lc 5,17). Y es un mandato para los discípulos “enseñar” (Mt 28,19-20).

De este panorama general, presentado por los Evangelios, se advierten los siguientes datos:

1.- Llama la atención que el apelativo Maestro referido a Jesús, sólo aparezca en los Evangelios*. Además, al título de Maestro referido a Jesús corresponde la actividad de la enseñanza que desarrolla Jesús. En los sumarios redaccionales**, los evangelistas dicen en varias ocasiones que Jesús enseña a los discípulos y a la gente***: “Recorría Jesús toda

* Sobre un total de 59 veces en que aparece *dida,skaloç* en el Nuevo Testamento, 48 se encuentran en los Evangelios, y 41 veces referido a Jesús, 29 en el discurso directo *dida,skale*; *Rabbi* aparece 16 veces, de ellas 15 en relación con Jesús y una vez dirigida a Juan el bautista (Jn 3,26); *Rabbuni* aparece dos veces: en Mc 10,51 y en Jn 20,16.

** Mt 9,35; Mc 1,39; 3,7-8; Lc 4,14-15.44; 6,17-18.

*** En el Nuevo Testamento el verbo *dida,skw*, aparece unas 100 veces en los Evangelios sinópticos, 9 veces en los Hechos de los apóstoles y 9 en Juan. En el resto de los escritos neotestamentarios aparece el término en 24 ocasiones.

Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt 4,23).

Así pues, es evidente que para la tradición evangélica la actividad de Jesús se caracteriza por su enseñanza. Razón por la cual parece justificable hablar respecto a él designándolo como Maestro. Además, según las fuentes evangélicas, Jesús se llamó a sí mismo Maestro: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies” (Jn 13,14); “decid al dueño de la casa: el Maestro dice: ¿Dónde está mi sala, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos” (Mc 14,14); “Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar *Rabbi*, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos” (Mt 23,8).

2.- Por lo que respecta a la enseñanza de Jesús se encuentran las siguientes características: Jesús enseña en lugares públicos de carácter religioso, como por ejemplo en la sinagoga (Mc 1,21; 6,2; 14,49) y en el área del templo (Jn 6,59; 7,14; 18,20). Esta forma de enseñanza corresponde a la de la tradición bíblica, sapiencial y de las escuelas judías: sentencias proverbiales, semejanzas, parábolas y controversias remitiendo a los textos de la Sagrada Escritura⁷⁵.

3.- Junto a la serie de textos que describen a Jesús como Maestro en paralelismo con los maestros judíos (Mc 1,16-20; 2,13-14; 3,13-19; 3,22-23; Mt 13,1), hay otros que afirman más bien su originalidad. Un dato original, que registra la tradición sinóptica, es la impresión que sintieron los oyentes de Jesús al comienzo de su actividad en Galilea: “Y quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mc 1,22; Mt 7,28; Lc 4,32).

4.- La función magisterial de Jesús, según Mateo, tiende a coincidir con la de “Señor” de los discípulos, hasta el punto que ninguno de ellos puede arrogarse el título de “Maestro” (Mt 23,8-10). En concomitancia con este papel autorizado de Jesús en el Evangelio de Mateo, los discípulos se dirigen a Jesús dándole el título de “Señor”, mientras que son los demás, los de fuera, los que llaman a Jesús “Maestro”. También, el Evangelio de Lucas revela esta tendencia a reservar el uso del apelativo “Maestro” para los que son extraños al grupo de los discípulos, mientras que estos últimos llaman a Jesús “Señor” (Lc 8,24). Pero en la misma tradición evangélica común, la figura de Jesús Maestro comprende el papel de jefe del grupo de los discípulos, por lo que toca la designación única de “el Maestro” (Mc 14,14; Mt 26,18; Lc 22,11)⁷⁶.

⁷⁵ FABRIS, Rinaldo. Jesús de Nazaret. Historia e interpretación. 2 ed. Salamanca: Sígueme, 1992. p. 180.

⁷⁶ Ibid., p. 181.

2.2.2 Interpretación de los datos de los textos evangélicos. Frente a la situación compleja que presenta la tradición evangélica, se plantea el interrogante sobre la fiabilidad histórica de la imagen de Jesús como Maestro. Rinaldo Fabris⁷⁷ apunta lo siguiente:

Primero: en continuidad con el modelo judío. Los datos evangélicos tradicionales, relativos a la función magisterial de Jesús, en parte se integran armónicamente en el modelo del maestro judío*, de lo que se encuentra un eco en la sentencia evangélica de Mt 10,24-25**: “No está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su amo”. No es Jesús un hombre fuera de lugar, fuera de su tiempo. Es Jesús un judío que vivió en su tiempo y asumió la cultura de su tiempo. Además, si se colocara a Jesús al margen del judaísmo y del cristianismo sería colocarlo fuera de la historia⁷⁸.

Segundo: en discontinuidad por su originalidad. Por otra parte es preciso destacar la originalidad de Jesús Maestro respecto a la función de los que enseñaban en la sinagoga y de los escribas que introducían a sus discípulos en el arte de interpretar la escritura y de aplicar las tradiciones. Los Evangelios subrayan esta originalidad de Jesús diciendo que enseña con “autoridad” (Mc 1,22). En una sentencia evangélica que recoge la doble tradición de Mateo y Lucas, Jesús afirma su autoridad que sobrepasa a la del mismo representante de la sabiduría: “...y aquí hay algo más que Salomón” (Mt 12,42; Lc 11,31). Según la tradición rabínica los escribas de la sinagoga suceden a los sabios bíblicos (ver el numeral 1.2.3 de esta investigación). Jesús, aún adoptando el estilo de los sabios bíblicos, se sitúa fuera y por encima de la institución magisterial judía. Los paisanos de Jesús, en Nazaret, frente a su enseñanza se quedan pasmados de la sabiduría de sus palabras y se preguntaban: “¿de dónde le viene esto? y ¿qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? (Mc 6,2-3). Además, Jesús no recurre a la autoridad de los maestros de la tradición, la autoridad de Jesús está en su propia persona*.

⁷⁷ Ibid., p. 181-182.

* Jesús tiene rasgos indudables de Maestro, de sabio, de *Rabbi*. La gente y sus discípulos le llaman con frecuencia Maestro. Su enseñanza tiene rasgos sapienciales: la referencia a las aves del cielo y a los lirios del campo (Lc 12,22-31; Mt 6,25-34), a la providencia del Padre (Lc 12,2-7; Mt 10,26-31) o al Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos (Mt 5 45), el recurso a las parábolas, algunas de las cuales incluso tienen claros paralelos rabínicos (AGUIRRE, Rafael. Jesús de Nazaret. En: TAMAYO, Juan José. Nuevo diccionario de Teología. Madrid: Trotta. 2005. p. 496).

** En textos paralelos se encuentra la misma sentencia. Ver: Lc 6,40; Jn 13,16; 15,20.

⁷⁸ MEIER, John P. Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Navarra: Verbo Divino, 1998. v. 1, p. 188-189.

* Rengstorf afirma de la misma manera que la originalidad de Jesús como Maestro está en su propia persona. La persona de Jesús le da un peso tremendo al título Maestro (RENGSTORF. *dida,skaloç*. En: KITTEL,

Tercero: esta imagen, a primera vista contradictoria, de Jesús Maestro, no puede atribuirse por entero al montaje redaccional de los evangelistas, o bien, a la fe cristológica de las primeras comunidades. De hecho, el título de Maestro atribuido a Jesús no aparece fuera de los Evangelios en las profesiones de fe ni tampoco en los esquemas catequísticos de la primitiva tradición neotestamentaria. Además, como se ha indicado, los mismos evangelistas, en especial Mateo y Lucas, advierten las limitaciones del título de Maestro que se le da a Jesús y tienden a sustituirlo dentro del círculo de los discípulos por el de “Señor”. Así, pues, Jesús, el Maestro, en la perspectiva eclesial cristológica de los evangelistas asume los rasgos del revelador autorizado y definitivo de la voluntad de Dios. Por eso resulta difícil imaginarse que a nivel de la tradición primera y luego de la redacción de los Evangelios se haya creado la imagen de Jesús Maestro sobre la pauta de los maestros de la sinagoga y de las escuelas judías.

Por lo dicho hasta aquí se concluye lo siguiente: una lectura de los datos evangélicos tradicionales dan pruebas de que Jesús es Maestro por su constante actividad de enseñar, y también porque así le llaman los discípulos, la gente e incluso sus adversarios. Y también, por los mismos datos que ofrecen los textos de los Evangelios, se puede decir que Jesús se consideró a sí mismo Maestro.

También, el análisis de los datos evangélicos, por otro lado, hace suponer que la imagen de Jesús Maestro tiene sus raíces en la situación de la actividad histórica del carpintero de Nazaret, que reúne en torno a sí a un grupo de discípulos y enseña en las sinagogas de las aldeas de Galilea.

2.3 LA FORMACIÓN DE JESÚS COMO MAESTRO

La función de un maestro supone una formación. No se puede ser maestro así de un momento a otro, requiere y supone cierta formación. Jesús Maestro debió tener una formación. De entrada se excluye una formación prolongada de varios años y en un centro como Jerusalén. Indagando se pueden aunar algunos datos que orienten sobre dicha formación. Ahora se quiere abordar algunos aspectos que dan pautas para conocer la formación de Jesús el Maestro.

En la vida judía - del siglo I a. C. y I d. C. - existieron factores que influyeron para la búsqueda de la instrucción en letras. En lo que concierne a la formación de Jesús, John Meier⁷⁹ presenta los siguientes aspectos:

Gerhard. Theological dictionary of the New Testament. Grand Rapids: WM. B. Eerdmans Publishing Company, 1964. v. 2, p. 156-157).

⁷⁹ MEIER, Op. cit., v. 1, p. 287-288.

Primero: se aclara que las posibilidades de instrucción y formación no eran iguales para todos. Había quienes estaban en mejor posición. Además de los intelectuales pertenecientes a la aristocracia de Jerusalén (p. ej. Josefo) y los escribas profesionales, los fariseos - probablemente de origen burgués en su mayor parte - tenían el celo y los medios necesarios para extender la capacidad de leer las Escrituras entre sus amigos e hijos. Los lugareños de las zonas montañosas, de donde era Jesús, no podían hacer esa inversión de tiempo y dinero.

Segundo: en términos generales, no se puede suponer que todo judío sabía leer. De hecho las traducciones arameas de las Escrituras hebreas indica que un buen número de judíos *de a pie* presentes en las sinagogas no entendían el hebreo hablado, por tanto, menos eran capaces de leerlo o escribirlo. Sin embargo, los campesinos judíos asimilaban y practicaban la religión en casa a través de las tradiciones familiares y en la sinagoga mediante la lectura de las Escrituras (acompañadas de traducciones al arameo) y la homilía que precedía o seguía a la lectura. Estas tradiciones vivas serían el origen de la vida religiosa de Jesús y de sus ideas, al igual que la mayoría de los judíos palestinos. Aún así, esto no muestra que Jesús supiera leer y escribir.

Tercero: pero se anotan unos aspectos más particulares. Al mirar las actividades de Jesús durante su ministerio público, se pueden hacer unas extrapolaciones razonables sobre los años de maduración que produjeron semejante hombre. La vida adulta de Jesús está intensamente centrada en la religión judía; Jesús continuamente está en discusiones eruditas sobre la Escritura; se le concedía el tratamiento de *Rabbi* o Maestro; frecuentemente está enseñando y esta enseñanza está fuertemente impregnada de las ideas y del lenguaje de los textos de Israel. Es razonable, que dentro de su familia, Jesús recibió una formación religiosa intensa y profunda, incluido el aprendizaje del hebreo bíblico al menos como lectura. De igual modo, es coherente, una atención especial de José, el padre de Jesús, no sólo para enseñarle el oficio propio, sino también formándolo en las tradiciones religiosas y en los textos del judaísmo. Además de José, el más posible conducto de educación sería la sinagoga de Nazaret, así se puede entender la atmósfera, cargada emocionalmente, que envolvió el regreso de Jesús adulto a esa misma sinagoga para enseñar a sus iguales y mayores (Mc 6,1-6). La reacción “¿quién se cree ése?” resulta perfectamente comprensible. Pero también es viable que Jesús hubiera recibido una educación especial. Que un chico de estrato humilde tuviera una educación “elemental” dependía de dos factores: la piedad del padre y la existencia de una sinagoga local. En Jesús ambas cosas se dieron.

En conclusión: Jesús aprendió a leer y explicar las Escrituras hebreas. Lo más probable es que esto sucediese - o al menos tuviera comienzo - en la sinagoga de Nazaret. Sin embargo, no hay indicios de que recibiera una enseñanza superior en algún centro urbano como Jerusalén; de hecho, Jn 7,15 parece confirmar explícitamente esa carencia. Por tanto, esto

lleva a suponer en Jesús un alto grado de talento natural* - quizá de genialidad - que compensaba muy sobradamente el bajo nivel de su educación formal. Se puede decir con seguridad que: Jesús procede de un ambiente campesino, pero no es un campesino corriente.

2.4 LA IMAGEN DEL MAESTRO

Después de haber considerado, con base en los textos evangélicos y algunos elementos históricos que coadyuvan a la investigación, y concluido que Jesús es Maestro. Se establecen algunos rasgos característicos de Jesús el Maestro por excelencia.

2.4.1 Jesús es Maestro. Jesús es un hombre de su tiempo, que si bien, no fue oficialmente a una escuela, ni tampoco tenía los recursos necesarios, si tuvo, a través de los medios a su alcance, una formación que lo fue conformando para el cumplimiento de su misión.

En el Nuevo Testamento el verbo *didáa'ñ,scw* aparece 100 veces (incluido Jn 8,2), y el sustantivo *dida,skaloç* 59 veces (incluido Jn 8,4). En los Evangelios, los términos - refiriéndose a Jesús - aparecen unas 40 o unas 50 veces respectivamente. Además, el verbo designa especialmente la actividad de los discípulos de Jesús, los apóstoles y de Pablo, y el sustantivo expresa un determinado ministerio en el seno de la comunidad. El verbo se encuentra siempre en el sentido de enseñar; el sustantivo designa al Maestro⁸⁰.

La actividad de enseñar es constante en el ministerio de Jesús y este ejercicio lo delega a la comunidad (Mt 28,19-20), razón por la cual se puede decir con total claridad que Jesús es por excelencia el Maestro de la comunidad.

2.4.2 La enseñanza central del Maestro: el Reino. Un maestro enseña, y tiene en esta enseñanza, la razón de su título. Ahora se analiza cuál es el contenido de la enseñanza de Jesús en su actividad como Maestro.

* Este talento puede estar reflejado en las escenas narradas por los Evangelios, donde se describe la asombrosa soberanía con la que Jesús domina la situación, quienquiera que sea la persona con la que se encuentra. Se ve particularmente en los numerosos diálogos en los que él lee en los corazones de sus adversarios, refuta sus objeciones, responde a sus preguntas o les obliga a dar ellos mismos la respuesta (BORNKAMM, Gunther. Jesús de Nazaret. Salamanca: Sígueme, 1975. p. 61). Jesús mira lo que los demás ven; él es capaz de mirar a aquella pobre viuda que aparentemente todos ven: “Alzando la mirada, vio a unos ricos que echaban sus donativos en el arca del tesoro; vio también a una viuda pobre que echaba allí dos moneditas” (Lc 21,1-2).

⁸⁰ WEIB, Op. cit., p. 959.

El texto evangélico dice que Jesús proclamaba: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15).

Porque ese es el motivo de su venida: “También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado” (Lc 4,43).

Estos textos enmarcan todo cuanto Jesús dirá y hará en el resto del Evangelio⁸¹. Porque en el proyecto de Jesús el Reino es una categoría central⁸²; proclamar el Reino “es la primera y la más importante tarea de Jesús”⁸³. Así lo dictan también los textos evangélicos, en los llamados sumarios: Mc 1,15; Mt 4,23; 9,35; Lc 4,43; 8,1. Y, además, es la misión que le ha sido confiada por parte de Dios. “Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt 4,23; 9,35). Jesús, en este texto evangélico, es presentado como el Mesías de la palabra: enseña y proclama*; y como el Mesías de la acción: cura y hace milagros, o sea, manifiesta las maravillas de Dios.

Con esta proclamación Jesús había comenzado su obra: la instauración del Reino. Su aspiración era llegar al mayor número de personas posible en el menor tiempo posible. Su comportamiento estaba dominado totalmente por el anuncio del Reino y por el anhelo de acercar al Reino a los grupos más diversos.

Esta obra que inaugura Jesús la profundiza y la continúa él mismo. Por eso en un momento determinado toma la decisión de reunir a unos discípulos. De esta manera, a su condición de profeta reconocida por la mayor parte del pueblo, en cuanto proclamador; se añadió la de Maestro, destinada a la enseñanza del pueblo y de sus discípulos.

Ulrich Luz, dice que “Reino de Dios” es una expresión típica del lenguaje de Jesús, es decir, de su manera de hablar y también de la manera de hablar de las comunidades que se formaron siguiéndole a él⁸⁴. Pero, no se queda en palabras, es más que una manera de

⁸¹ HARRINGTON, Daniel J. Evangelio según san Marcos. En: BROWN, Raymond; FITZMYER, Joseph A. y MURPHY, Roland. Nuevo comentario bíblico san Jerónimo. Nuevo Testamento y artículos temáticos. Navarra: Verbo Divino, 2004. p. 20.

⁸² GUTIÉRREZ, Darío. La humanidad de Jesús de Nazaret. Madrid: San Pablo, 1995. p. 139. También ver: GNILKA, J. El Evangelio según san Marcos. Salamanca: Sígueme, 1996. p. 73.

⁸³ SCHNACKENBURG, Rudolf. La Persona de Jesucristo reflejada en los cuatro Evangelios. Barcelona: Herder, 1998. p. 38.

* Es de interés mencionar el comentario que, a este texto, hace Luis Alves, cuando dice que en estas palabras (Mt 4,23), está descrito en forma dinámica lo que es el kerigma (ALVES DE LIMA, Luis. O que é o querigma? En: Medellín. Bogotá. Vol. 31, No.122 (junio de 2005); p. 148).

⁸⁴ LUZ, Ulrich. *Basileia*. En: BALZ, Op. cit., v.1, p. 602.

hablar, porque para Jesús la predicación del Reino ocupó todo su lugar. Esa predicación se imponía como una autoridad real, que relativizaba por eso mismo la autoridad de la Ley. Es en las parábolas, donde se presentaba, el Reino, como un verdadero dinamismo, como una fuerza que invitaba decisivamente a la acción. Para el que lo acogía, ese Reino imponía su propia autoridad y se convertía en fuerza directa de acción”⁸⁵.

Es, entonces, el Reino de Dios el origen y contenido central del mensaje que Jesús enseña, lo que ocupa todo su tiempo y el motivo para el cual ha venido.

Este Reino Jesús lo proclama y lo enseña con acentos proféticos. Y, como Maestro, Jesús subraya su empeño de explicar en qué consiste ese Reino, de enseñar cuáles son las exigencias de la voluntad de Dios y de interpretar con las parábolas el significado de sus opciones correspondientes⁸⁶. Pero sobre todo el Reino se manifiesta en la persona del mismo Jesús. Lo que, en lo más profundo, caracteriza el Reino es la presencia de Dios Rey, y éste es Jesús⁸⁷.

Concluyendo, entonces, es claro que es con palabras y con signos, parábolas y milagros, como Jesús anuncia y enseña la presencia del Reino. Así lo presenta Lucas: “... poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo” (Lc 24,19).

2.4.3 Los destinatarios de la enseñanza. La enseñanza de Jesús, que es el Reino de Dios, tiene sin lugar a dudas unos destinatarios particulares, es verdad que es una enseñanza al público en general, pero se puede precisar una atención especial a ciertas personas. Con la presencia del Espíritu, Jesús mismo dice: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

De manera general los Evangelios refieren con diversos términos las gentes a las que Jesús dirigió su atención: “bienaventurados los pobres” (Lc 6,20; 7,22), los ciegos (Jn 9,1-38; Lc 18,35-43; Mc 8,22), los lisiados (Mc 2,1-12), los cojos, los leprosos (Mc 1,40-45; Mt 8,2; Lc 5,12), los hambrientos (Lc 6,21), los miserables (los que lloran) (Lc 6,21), los pecadores (Lc 5,29-32; 19,7-10), las prostitutas (Jn 8,1; Lc 7,36-50), los recaudadores de impuestos (Mt 9,9-13), los endemoniados (los poseídos por espíritus impuros) (Lc 8,26-39; Mc 1,21-28), los perseguidos (Lc 6,22; Mt 5,10), los pisoteados (Mt 5,11), los presos (Lc 4,18),

⁸⁵ BEAUDE, Pierre Marie. Jesús de Nazaret. Navarra: Verbo Divino, 1988. p.131.

⁸⁶ FABRIS, Op. cit., p. 183.

⁸⁷ COLLANTES, Justo. El misterio de la Iglesia. En: MORCILLO GONZÁLEZ, Casimiro. Concilio Vaticano II. Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1966. p. 168.

todos los que trabajan y se sienten agobiados (Mt 5,9; 11,29), la plebe que no sabe de la Ley (Jn 7,40-52), las multitudes (Lc 5,3; Mc 12,37), los pequeños, los ínfimos, los últimos (Lc 13,30), los niños (Mc 10,13-16; Mt 19,13; Lc 18,15-17)...las ovejas perdidas de la casa de Israel⁸⁸. Es pues una enseñanza inclusiva la de Jesús, nadie está fuera, pero tiene preferencia por los de situación ínfima: el olvidado, el pisoteado, el menos, el despreciado, el excluido. A todas estas personas, Jesús las acoge y les enseña, con hechos y palabras, que el Reino ya está aquí.

Teniendo presente esta puntualización, la enseñanza de Jesús era para todos sin distinción, aunque también por separado enseñaba a los discípulos (Mc 2,13; 8,31; 9,31)⁸⁹. Entonces este es otro rasgo característico de Jesús como Maestro, una enseñanza para todos, pero preferencialmente a los más pobres, olvidados y excluidos.

2.4.4 Maestro con palabras. La palabra enseña, y Jesús enseña con palabras. Ahora corresponde ver las parábolas de Jesús, por la razón de que éstas son el lenguaje del Reino.

2.4.4.1 Las parábolas, lenguaje del Reino. El texto evangélico dice: “Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas” (Mc 4,2). Jesús enseña incesantemente lo que es y lo que significa el Reino; y lo explica a través de parábolas. Con las parábolas Jesús manifiesta el contenido más profundo de la expresión Reino de Dios⁹⁰. Estas parábolas “son un fragmento de la roca primitiva de la tradición”⁹¹.

- **Qué son las parábolas**

El significado de parábola lo expresa Léon-Dufour diciendo: “las palabras griegas *parabolé* (*para* y *ballô*: “poner en paralelo”) y *paraoimia* corresponde al hb. *Mâsâl e hîddâ*, con significado más amplio. En efecto, estas palabras no solamente designan la comparación desarrollada, sino también el enigma, la comparación alegórica, que no tienen simplemente la función de ilustrar una enseñanza, sino la de invitar a descubrir su significado”⁹². Son

⁸⁸ NOLAN, Albert. ¿Quién es este hombre? Jesús antes del cristianismo. Santander: Sal Terrae, 1981. p. 39-40.

⁸⁹ FABRIS, Op. cit., p.180.

⁹⁰ CASTILLO, José María. El Reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos. 3 ed. Bilbao: DDB, 2001. p. 232.

⁹¹ JEREMÍAS, Joachim. Las parábolas de Jesús. 10 ed. Navarra: Verbo Divino, 1992. p. 13.

⁹² LÉON-DUFOUR, Xavier. Diccionario del Nuevo Testamento. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2000. p. 453.

entonces las parábolas un género literario que en parte ayuda a descubrir la enseñanza, pero especialmente son ellas la enseñanza misma.

Literariamente las parábolas de Jesús son metáforas desarrolladas narrativamente que proceden del repertorio colectivo del judaísmo⁹³. Dado el valor narrativo de éstas y su pertenencia a la narración, se presentan cinco cualidades de la narración y, por ende, cualidades de las parábolas. Dichas cualidades reflejan la manera de enseñar de Jesús y el impacto que ésta provocó. Daniel Marguerat dice:

- La narración afecta a la totalidad de la persona, entendimiento y afectividad. Enseña algo, pero a través de una intriga que reactiva en el oyente unas experiencias y unas emociones pasadas; provoca un mundo de fantasía, de intuiciones, de creatividad, de sentimientos. El oyente se ve “atrapado” por la historia que le cautiva. La parábola capta a toda la persona; abre una puerta de vida.
- La narración se presta mejor a la comunicación de una experiencia personal, de una convicción, que de un saber. La parábola es para Jesús escoger un canal por donde comunicar su experiencia de Dios.
- La narración es imposible de traducir. Hay cosas que no pueden más que contarse, como por ejemplo, los acontecimientos que de una o de otra forma engloban a la vez al oyente y al narrador. Por eso la parábola es el lenguaje del Reino.
- Contar es un acontecimiento, y también escuchar. La historia contada suscita la reflexión, hace vivir al oyente sentimientos variados y lo conduce a un sitio donde lo deja solo, enfrentado consigo mismo. La parábola hace pensar; sitúa al oyente ante la necesidad de tomar posiciones, pero no le dicta cuál ha de ser su reacción.
- La narración no hace más que hablar de la realidad; en cierto modo la instala. Su poder radica en que establece precisamente aquello de lo que habla. La parábola establece el Reino de Dios diciéndolo⁹⁴.

A partir de las cualidades dichas se puede concluir lo siguiente: las parábolas con que Jesús enseñó - en cuánto al valor narrativo que tienen - movilizan a toda la persona; Jesús hace de ellas un vínculo de su experiencia de Dios; es la imagen que conviene al Reino; conducen al oyente a tomar posición y establecen lo que dicen, diciendo. Las parábolas, que Jesús narró, no son sólo una historia o un cuento, son un verdadero acontecimiento.

⁹³ THEISSEN, Gerd y MERZ, Annette. El Jesús histórico. Salamanca: Sígueme, 2000. p. 384.

⁹⁴ MARGUERAT, Daniel. Parábola. Navarra: Verbo Divino, 1994. p. 41-42.

Si las parábolas son una manera ordinaria como Jesús enseñaba, y si se ha dicho que la predicación del Reino es su pasión y ocupa su tiempo, entonces las parábolas son el lenguaje que expresa esa pasión y su vida; son el lenguaje del Reino. Se entiende bien esa actividad constante, por parte de Jesús, de enseñar en parábolas, ya que él fue un Maestro, y las parábolas son la forma literaria usada habitualmente por los sabios y maestros⁹⁵.

- **Originalidad de las parábolas**

Jesús no fue el “inventor” de la parábola. Él, al igual que los maestros de su tiempo, los escribas, bebió del mismo caudal de imágenes y temas, y utilizaron el mismo repertorio de estructuras narrativas, y sus parábolas son expresión del mismo género literario, aunque divergentes en algunos aspectos. Una primera diferencia entre el uso que Jesús hace de la parábola y el que hacen los maestros de su tiempo está en que Jesús usa las parábolas para que la gente sencilla entienda el mensaje del Reino, echando mano de relatos breves e imágenes expresivas. Además, los rabinos interpretan la Torá con esas parábolas; en cambio, las parábolas de Jesús llevan dentro su mensaje⁹⁶. Jesús hace uso de la parábola, pero le da su toque propio, haciendo una aplicación original de ella.

Esta originalidad también se manifiesta en la finalidad que persigue Jesús al hablar en parábolas, la cual se reconoce por sus adjetivos en indicativo e imperativo (alientos y exigencias): estos adjetivos pretenden transformar al oyente. Al mismo tiempo, esta manera de hablar es un recurso pedagógico para ayudar a la comprensión. Pero es más que un simple recurso, porque es obvio que el mensaje de Jesús requería objetivamente las parábolas, y éstas se hallan comentadas prácticamente por la vida de Jesús⁹⁷. Las parábolas no son un instrumento, son el mensaje mismo y la explicación es la misma persona de Jesús. Así lo expresa Schillebeeckx: “Jesús es una parábola y cuenta parábolas. Sólo con parábolas se puede explicar una parábola”⁹⁸. Y enfatizando Daniel Marguerat dice: Jesús es la parábola de Dios, en él se manifiesta, cercana y oculta, la presencia transformadora de Dios⁹⁹.

Es Jesús el Maestro que con sus palabras iluminadoras va tocando los problemas más acuciantes de su tiempo, como, por ejemplo, las prácticas religiosas, la familia, los

⁹⁵ BUSTO SAIZ, José Ramón. El Mensaje de Jesús: forma y contenido. En: Reseña Bíblica. Navarra. No. 28 (invierno de 2000); p. 20.

⁹⁶ THEISSEN, Op. cit., p. 357 y 381.

⁹⁷ HAUFE, G. *parabolhñ*, . En: BALZ, Op. cit., v. 2, p. 715.

⁹⁸ SCHILLEBEECKX, Edward. Jesús. La Historia de un viviente. Madrid: Cristiandad, 1981. p. 143.

⁹⁹ MARGUERAT, Op. cit., p. 61-62.

preceptos morales, las relaciones con el poder político. Como método pedagógico, hace amplio uso de las parábolas, con las que abre incluso para las mentes más sencillas los misterios del Reino de Dios (Mc 4,33)¹⁰⁰.

- **Las parábolas son una ventana al ser de Jesús**

Afirma Daniel Marguerat, que es posible constatar que en más de una ocasión, las parábolas reflejan la práctica de Jesús y por ende la centralidad del Reino. Sus comidas con los pecadores (Mt 2,15; Lc 15,2; 19,5) subyacen en la parábola del hijo perdido (Lc 15,11-31) y en la de la invitación al banquete (Lc 14,15-24), que es la manifestación de Dios Padre misericordioso, que ama y recibe a todos misericordiosamente. Su ofrecimiento de perdón (Mc 2,5) aparece en la historia del deudor inmisericorde (Mt 18,23-35), en donde se manifiesta la posibilidad de todos para entrar al Reino, gracias al amor de Dios. Y su apertura a los marginales religiosos se asoma en la parábola del samaritano (Lc 10,25-37) y en la del fariseo y el publicano (Lc 18,9-17), en donde se constata el Reino de amor que no tiene fronteras¹⁰¹.

Así pues, las parábolas de Jesús no remiten a un arsenal de verdades religiosas, sino que comentan estrechamente la vida de Jesús. Y aquí se manifiesta el sentido teológico de las parábolas, el cual radica en lo que constituye el nervio mismo de la convicción de Jesús: el tiempo apremia. El Reino de Dios está cerca (Mc 1,5). Los gestos de Jesús lo inscriben ya en el presente (Lc 11,20). Se trata de abrir los ojos y ver (Mt 11,4; 13,16-17). El mundo cotidiano ofrece el marco de la parábola por la sencilla razón de que es el mundo en donde Dios ha penetrado ya. El realismo de las parábolas, procede de una opción teológica de Jesús: hacer ver, en la cotidianidad de sus interlocutores, el impacto del Reino; y así, devuelve al hombre al mundo de cada día, al mundo creado, como lugar de Dios y de su palabra¹⁰². Al ser las parábolas comentario a la vida de Jesús, están manifestando su ser y actuar.

Las parábolas tienen cuatro efectos y por ende cuatro consecuencias en cuánto a la enseñanza. Según Daniel Marguerat¹⁰³ son:

- **Efecto demostrativo a argumentativo:** la parábola instruye, su lenguaje es informativo, persuade y convence al lector con la claridad de su lógica narrativa.

¹⁰⁰ SACCHI, Op. cit., p. 507.

¹⁰¹ MARGUERAT, Op. cit., p. 50.

¹⁰² Ibid.

¹⁰³ Ibid., p. 25-26.

- **Efecto revelador:** la parábola sorprende, capta la atención y provoca. Convierte. Su lenguaje es eficaz.
- **Efecto ejemplar:** la parábola pone en movimiento, su lenguaje es prescriptivo y ofrece un modelo de comportamiento a imitar.
- **Efecto alegórico:** la parábola edifica y fascina por su capacidad de transmitir un mensaje mediante el recurso de la superposición.

Jesús da prioridad al efecto argumentativo y revelador. En efecto, las parábolas revelan quién es Dios. La preocupación primera de las parábolas se refieren al actuar de Jesús y al actuar de los hombres, les interesa poner de manifiesto por qué Jesús actúa como actúa, y decir que la acción de Jesús es la acción de Dios hoy en día¹⁰⁴.

Jesús con sus parábolas pretende que sus oyentes rompan con la concepción errónea de Dios* y se dejen fascinar por su sorprendente modo de obrar; Jesús ofrece su propia concepción de Dios y de su conocimiento del corazón humano¹⁰⁵. Es un reto a cambiar de ideas y de vida, de actitud y comportamiento, y como tal, uno de los medios preferidos de Jesús para llamar al pueblo al arrepentimiento y a una mutación radical en el corazón, en la mente y en la conducta¹⁰⁶.

Queda pues, manifestada una característica más de Jesús como Maestro: enseña con parábolas el Reino. Con las parábolas expresa el ser del Reino de Dios y a la vez manifiesta la imagen verdadera de Dios, para exhortar y llamar, a una vida nueva, a una manera de ser según Dios.

2.4.4.2 El sermón del monte. El sermón de la montaña o del monte** (Mt 5-7), como también se le suele llamar, es un ejemplo clásico de Jesús como Maestro. A partir de una

¹⁰⁴ PÉREZ-COTAPOS LARRAIN, Eduardo. Las parábolas de Jesús: su sentido y adecuada interpretación. En: Teología y vida. Santiago de Chile. Vol. 33, No. 3-4 (III-IV trimestres de 1992); p. 175.

* Las parábolas cambian de una manera radical la imagen de Dios; echan abajo la imagen de un Dios amenazador, infundidor de miedo porque es exigente (Mt 25,14-30; Lc 19,11-27); que rechaza al perdido (Lc 15,4-7.8-10.11-32); que paga según los meritos de cada cual (Mt 20,115). Para ahondar sobre este tema ver: CASTILLO, Op. cit., p. 162-168. La imagen que presenta Jesús es la de Dios amor, misericordioso, como el de la parábola del hijo pródigo, o el que va en busca de la oveja perdida.

¹⁰⁵ KREMER, Jacob. ¿Quién fue realmente Jesús? En: Selecciones de Teología. Vol. 31, No. 124 (octubre-diciembre de 1992); p. 296.

¹⁰⁶ MEIER, Op. cit., v. 2/I, p. 194; THEISSEN, Op. cit., p. 368.

** Este texto del sermón del monte tiene su paralelo en Lucas 6,17-49, al que se le suele llamar el sermón del llano. En esta investigación se aborda el texto del evangelista Mateo.

mirada general al texto (Mt 5-7), se quiere ahora encontrar los rasgos que manifiestan esta figura de Jesús como Maestro a partir del sermón del monte.

- **Delimitación general y específica del texto**

Dentro de un contexto amplio, este texto (Mt 5-7), está unido a la jornada de milagros (Mt 8-9), para afirmar la presencia del Reino de Dios a través de palabras y de obras. Ahora bien, este contexto amplio, lo delimita el evangelista con dos inclusiones: una al inicio y otra al final. Estos textos son los siguientes: “Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt 4,23). Y “Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia” (Mt 9,35).

Estos textos tienen un mismo fin: mostrar a Jesús, enseñando, proclamando con poder en palabras y hechos, que el Reino de Dios ha llegado¹⁰⁷. Mateo claramente alude a que una de las actividades de Jesús es la de enseñar, junto con la predicación y el hacer milagros.

En una delimitación más específica se encuentran dos pasajes claves: el primero al inicio del sermón: Mt 5,2: “Y tomando la palabra, les enseñaba”. Y el segundo: Mt 7,28-29: “Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedaba asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas”. El encuadre del texto refleja claramente la característica de enseñanza que tiene el sermón, lo que en coherencia pide que el que lo dicte sea un maestro. Y este Maestro es Jesús.

- **Datos claves que sustentan la acción de Jesús como Maestro**

Algunos datos importantes que muestran el carácter de Jesús como Maestro, son los que señala Herman Hendrickx¹⁰⁸:

- “Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba” (Mt 5,1-2). La enseñanza es dirigida a todas las gentes (Mt 28,19); claro está que también a los discípulos, pero no se queda sólo en ellos sino que es para todos.
- “Subió al monte” (Mt 5,1). No es un sermón cualquiera, es en el monte, en la montaña, el lugar de la revelación divina y de importantes acontecimientos (Mt

¹⁰⁷ POITTEVIN LE, P. y CHARPENTIER, Etienne. El Evangelio según san Mateo. 2 ed. Navarra: Verbo Divino, 1978. p. 28.

¹⁰⁸ HENDRICKX, Herman. El Sermón de la montaña. Madrid: Paulinas, 1986. p. 13.

14,23; 15,29; 17,1; 28,16); es Jesús alguien que enseña con autoridad (Mt 7,28-29), y su enseñanza es revelación Divina.

- “Se sentó”. Jesús es un Maestro, se sienta para enseñar, sentarse es la postura habitual de un maestro o de un rabino (Mt 23,2).
- “Y tomando la palabra, les enseñaba”. Mateo da todo su peso a las palabras de Jesús; tomó la palabra, es tomar la iniciativa para hablar después de un largo silencio (Jb 3,1) o que va a decir cosas importantes (Sal 78,2; Dn 10,16; Hch 8,35; 10,34).

Con los datos descritos, sobre el encuadre del texto de Mt 5-7, y de algunas características que manifiesta Jesús, es una evidencia que Jesús enseña y que realiza la actividad propia de un maestro.

- **La enseñanza del Maestro**

Por lo dicho en los dos apartados anteriores se afirma que Jesús es un verdadero Maestro que enseña. Ahora se buscan algunos elementos de esta enseñanza que el Maestro imparte en el sermón del monte.

Es compartida la afirmación, por parte de algunos autores¹⁰⁹, de que el llamado sermón del monte es una catequesis. El lugar de la enseñanza del monte estaba en la enseñanza de los catecúmenos o en la instrucción de los neófitos. Es, por tanto, coherente la figura de Jesús que enseña porque se trata verdaderamente de una enseñanza.

En efecto, en el sermón de la montaña se encuentran unos logia (sentencias) de Jesús, originalmente aislados que, a veces, pero no siempre, consisten en sólo una frase. Cada uno de estos logia es quizá el resumen de un sermón o la quintaesencia de una plática doctrinal que en forma de preguntas y respuestas debió de ocupar un día entero, o también la resultante de una polémica con sus adversarios¹¹⁰.

La comunidad de discípulos transmitieron estas enseñanzas y lo atestiguaban con su vida, una vida en armonía con las enseñanzas de Jesús. De hecho se dice que Mateo 28,16-20, en la cláusula. “y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,20), remite al

¹⁰⁹ JEREMÍAS, Joachim. Palabras de Jesús. El sermón de la montaña. El Padre nuestro. Madrid: Fax, 1968. p. 67-75 y POITTEVIN LE, Op. cit., p. 28.

¹¹⁰ JEREMÍAS, Joachim. Palabras de Jesús. El sermón de la montaña. Op. cit., p. 63-64.

sermón de la montaña, considerado como el resumen de Mateo de lo que Jesús ordenó a sus discípulos que hicieran¹¹¹.

Es, entonces, coherente decir que el sermón del monte es una especie de catequesis* prolongada, destinada a los recién convertidos. Cabe mencionar que este sermón está precedido, por la predicación del Reino y la respuesta de los discípulos. Es decir por lo que se suele llamar el anuncio del kerigma.

- **El nuevo Moisés**

En el Antiguo Testamento, Yahveh dio al pueblo en el monte Sinaí la Torá para revelarse, para enseñar y para salvar. Ahora es Dios mismo en la persona de Jesús quien se revela y da la Palabra, la Enseñanza Nueva*. En continuidad con la revelación veterotestamentaria, Jesús no viene a abolir nada, sino a darle plenitud, así lo dice él mismo: “No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento” (Mt 5,17). Así pues, Jesús no ha venido a abolir el código mosaico; lo que si quiere es que se cumpla de una manera nueva, es decir de una manera plena. Para esto no hay que atenerse únicamente a la letra de los mandamientos sino interpretarlos como una expresión de la voluntad divina¹¹².

Esta llamada “Nueva Ley”, es entendida ahora como don y ya no como ley. Porque la ley pone al hombre ante sus propias fuerzas y le pide que las use hasta el máximo. Es Jesús quien en el sermón del monte presenta al hombre el don de Dios y le pide que convierta ese don inefable en fundamento de su vida¹¹³.

¹¹¹ HENDRICKX, Op. cit., p. 13.

* Los primeros cristianos distinguían entre el kerigma que es el grito del heraldo que proclama una noticia: es el primer anuncio del mensaje. Y la catequesis que viene a completar su instrucción (POITTEVIN LE, Op. cit., p. 29).

* Opinan Poittevin le y Charpentier que la comunidad de Mateo es una comunidad bien estructurada en torno a los doce, con ciertas reglas para su vida de grupo, una doctrina, una oración común...por eso , el evangelista Mateo, ve en Jesús el nuevo Moisés que da a este pueblo nuevo la Ley Nueva, ante todo en el sermón de la montaña (Mt 5-7), pero, además, a través de esos cinco grandes discursos que van jalonando el Evangelio de Mateo y le dan una fisonomía propia - cinco discursos, lo mismo que había un “Pentateuco”, los cinco libros de la Ley de Moisés - (POITTEVIN LE, Op. cit., p. 16-17).

¹¹² LEVORATTI, Armando J. Evangelio según san Mateo. En: _____. Comentario bíblico latinoamericano. Nuevo Testamento. Navarra: Verbo Divino, 2003. p. 305.

¹¹³ JEREMÍAS, Joachim. Palabras de Jesús. El sermón de la montaña. El Padre nuestro. Op. cit., p. 99.

Ahora bien, esta Ley Nueva, que es el don de Dios, alcanza su síntesis más completa en el precepto del amor (Mt 7,12; 22,37-40). Es de llamar la atención que Jesús habla en nombre propio, “sabéis que se dijo...pero yo os digo...”, y pone de relieve así el carácter radical de la voluntad divina, pidiendo a sus discípulos que imiten a Dios mismo siendo perfectos como él es perfecto (Mt 5,21-48).

- **La enseñanza del monte**

Algunos rasgos de la enseñanza que Jesús da en este sermón son los siguientes:

El rasgo esencial, de esta enseñanza, es la presencia del Reino de Dios. Dios se acerca en la persona de Jesús, en sus gestos y palabras. Jesús revela con su estilo de vida el rostro misericordioso y benévolo de Dios¹¹⁴. Esta presencia exige con energía las exigencias ético-religiosas. A la presencia de Dios, corresponde una manera de vivir. O dicho de otra manera, para quien ha recibido el anuncio y quiere vivir cristianamente, el sermón del monte muestra las pautas. Aquí se presentan las dos pautas ejes del sermón: el amor de Dios y el amor al prójimo como respuesta a la gratuidad del amor divino.

Amor gratuito de Dios. La presencia de Dios, es una presencia gratuita, de manera especial para los más pobres, porque son los más desprotegidos, los que necesitan con urgencia del amor de Dios. Por eso son dichosos los pobres y los que lloran...porque tienen a Dios por Rey (Mt 5,3-10). Jesús enseña que la presencia de Dios, se presenta como un dinamismo que libera y sana, promueve y levanta, regenera el bien y da la felicidad a los más pobres y a los que lloran, a los más desprotegidos. En el vocabulario de Jesús esta fuerza liberadora y este dinamismo promotor de la felicidad del hombre se llama “bondad”. Dios es bueno (Mt 5,45), el único bueno, que da gratuitamente sin discriminaciones ni prevenciones porque es Dios¹¹⁵.

Teniendo como base que Dios es bueno, que es amor, es entonces coherente la enseñanza-exigencia de Jesús, de conformar la vida de acuerdo al mandamiento del amor (Mt 5,39-44), porque Dios es amor. Así las dimensiones del amor que enseña y exige Jesús están definidas por el rostro de Dios (Mt 5,48). Del rostro, que es amor, nace el proyecto de vida, el proyecto ético* que Jesús enseña a sus discípulos y a la gente.

¹¹⁴ FABRIS, Op. cit., p. 158.

¹¹⁵ FABRIS, Op. cit., p. 158.

* Cuando se habla de ética, se habla de lo que ilumina la vida del cristiano, y es el saber acerca de la felicidad como fin del hombre, y del obrar bueno, como medio para alcanzarla, y a la vez como incoación de esa felicidad (SÁNCHEZ NAVARRO, Luis. La enseñanza de la montaña. Navarra: Verbo Divino, 2005. p. 11).

Jesús enseña un proyecto de vida en los términos del amor al prójimo. Y la novedad de la enseñanza es que Jesús propone el amor al enemigo, aunque sea un enemigo personal o religioso, como un *test* del amor auténtico¹¹⁶.

En la formulación de las antítesis (Mt 5,17-48), se manifiesta la plenitud y por ende la línea innovadora de la enseñanza de Jesús respecto a la enseñanza tradicional y a la praxis judía. Jesús propone un amor activo, incondicionado y universal, incluso en la situación de injusticia violenta y de persecución hostil (Mt 5,43-44).

Jesús enseña y propone una actitud de amor sincero, incluso para con los enemigos, y señala tres formas de actuación “hacer el bien, rezar, bendecir” (Mt 5,44). Y en las situaciones en donde el discípulo es tratado de modo injusto Jesús enseña a no dejarse llevar por la lógica de la violencia, sino ofreciendo un camino de salida y de liberación incluso al adversario: “al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra: al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda” (Mt 5,39-42). El fundamento de esta enseñanza y propuesta es la experiencia del amor gratuito y universal de Dios Padre que es bueno con bueno y malos, justos e injustos (Mt 5,45).

Jesús enseña que el amor incondicional del Padre, regula también las relaciones entre los discípulos dentro de la comunidad. En las situaciones conflictivas y en las tensiones provocadas por las ofensas y faltas entre los hermanos, el amor al prójimo se convierte en iniciativa de reconciliación y de perdón. A los discípulos se les enseña a perdonar hasta setenta veces siete (Mt 18,21-22), según el modelo de Dios que es bueno (Mt 5,46) y que perdona las deudas-pecados en virtud de su misericordia (Mt 18,23-35).

Al mismo tiempo el amor misericordioso de Dios pide una manera nueva de relacionarse con él, es decir con autenticidad, donde el Padre ve lo secreto (Mt 6,1-8.16) y como consecuencia también la manera nueva de dirigirse a Dios es llamándole Padre (Mt 6,9-15).

Otro rasgo fundamental que se deriva del amor misericordioso de Dios es poner la confianza en él y no en los bienes terrenos. Porque cuando se pone la confianza en los bienes terrenos hay desigualdad, violencia, avaricia, envidia y con la envidia la muerte. Experimentar la presencia del Reino, es vivir confiando en Dios, que hace salir el sol para bueno y malos, justos e injustos (Mt 5,45).

En el sermón del monte, se ha verificado otra característica de Jesús como Maestro, él enseña y su enseñanza parte del amor misericordioso de Dios, y este amor mueve a una manera muy específica de vivir por parte de los que quieren seguirle: lo específico es el

¹¹⁶ FABRIS, Op. cit., p. 159.

amor. Es pues, un sermón del Maestro que tiene como su punto esencial de enseñanza el amor: el amor a Dios y el amor al prójimo como a uno mismo (Mt 22,34-40).

2.4.4.3 Un Maestro con autoridad. Los evangelistas dan razón de la autoridad con que enseñaba Jesús. A diferencia de Jesús, los escribas no enseñaban con autoridad porque decían una cosa y hacían otra. Los oyentes “quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mc 1,22). En este contexto, la autoridad puede definirse así: una autoridad “es autoridad por el hecho de conseguir y obtener un consentimiento sin coacción del hombre, al menos del adulto. Y esto se realiza porque la autoridad representa un contenido. Este contenido es capaz de ligar sin coacción al oyente y así otorgar autoridad al que habla. La autoridad vive por tanto del contenido que representa”¹¹⁷. En cuanto a este rubro, se encuentra, que los escribas introducían a sus discípulos en el arte de interpretar la Escritura y de aplicar las tradiciones. Así pues, frente a los escribas que ponían su autoridad en las tradiciones, Jesús afirma su autoridad que sobrepasa al mismo representante de la sabiduría: “aquí hay algo más que Salomón” (Mt 12,42; Lc 11,31). Según la tradición rabínica los escribas de la sinagoga suceden a los sabios bíblicos. Jesús, aún adoptando el estilo de los “sabios” bíblicos, se sitúa fuera y por encima de la institución magisterial judía¹¹⁸. Ahora bien, incluso, cuando cita palabras de la Escritura, la enseñanza de Jesús no se limita nunca a la explicación de un texto sagrado para probar su autoridad. La realidad de Dios y la autoridad de su voluntad están siempre presentes inmediatamente y en Jesús se convierten en un acontecimiento. Esta inmediatez de su enseñanza no tiene ningún paralelismo en el judaísmo contemporáneo. De tal manera que Jesús se atreve a evaluar la expresión misma de la Ley según la voluntad de Dios inmediatamente presente¹¹⁹.

La autoridad de su enseñanza está en él mismo porque el Padre le muestra todo lo que hace (Jn 5,20) enseña todo lo que ha visto hacer al Padre (Jn 5,19). El Maestro Jesús dice y hace lo que le enseña el Padre y lo que ve hacer al Padre.

Es, éste, otro rasgo característico de Jesús como Maestro: un Maestro con autoridad por su coherencia y por plasmar la presencia del Reino de Dios a través de propia persona.

¹¹⁷ BRAUN, Herbert. Jesús, el hombre de Nazaret y su tiempo. Salamanca: Sígueme, 1975. p. 148.

¹¹⁸ FABRIS, Op. cit., p. 181.

¹¹⁹ BORNKAMM, Op. cit., p. 59-60. Se advierte una unión íntima de Jesús con el Padre Dios, él – Jesús – se describe como el que cumple la primera revelación directa de la voluntad de Dios y por esto mismo tiene la autoridad para autodefinirse como Camino para llegar a Dios (RENGSTORF, Op. cit., p.156).

2.4.5 Maestro con obras. Las maravillas de Dios

2.4.5.1 El Maestro hace milagros. El Maestro también manifiesta signos; los milagros, como fuerzas y signos manifestativos del poder y de la gloria, - es decir, de la divinidad de Jesús -, manifiestan la llegada del Reino¹²⁰. A la pregunta de Juan el bautista: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Mt 11,3), Jesús responde de la manera más convincente: “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Mt 11,4-5).

Jesús realiza signos concretos, cura enfermos físicos, resucita muertos y da la significación de estos gestos: se trata para él del cumplimiento de las profecías. Efectivamente, en su respuesta recoge los términos con que el profeta Isaías anunciaba la venida del Reino (Is 26,19; 29,18; 35,5-6; 61,1)¹²¹.

Afirma Léon-Dufour: milagro del latín *mirari*, es un acto de poder, prodigio, que Dios realiza como signo para los hombres quienes se admiran de él¹²². Se evidencia la naturaleza extraordinaria, su origen, su valor significativo y su efecto sorprendente.

De la actividad de Jesús, en cuanto a los milagros, los evangelistas dan testimonio*. En efecto, Marcos, Mateo, Lucas y Juan, refieren varios relatos milagrosos y además mencionan esta actividad en sus sumarios redaccionales.

También, por lo que se refiere a las formas, los relatos de milagros se encuentran en sus tres formas literarias principales: exorcismos, curaciones (incluidas resurrecciones) y milagros sobre la naturaleza. Además de los relatos y declaraciones sumarias de los evangelistas sobre milagros, la tradición de los dichos (Mc 3,27; Mt 12,26-28; Lc 10,9; Mc 6,7.13; Jn 4,17-18; 2,23-25; Lc 13,32) contiene varias referencias a esta clase de eventos¹²³.

2.4.5.2 Los milagros, una forma de “enseñar” en acto. Los milagros son las maravillas de Dios, es una de las formas como él se da a conocer, como él enseña y como salva. En

¹²⁰ MARTÍN NIETO, Evaristo. Milagro, Op. cit., p. 825.

¹²¹ DUPONT, Jacques. El mensaje de las bienaventuranzas. 4 ed. Navarra: Verbo Divino, 1983. p. 12.

¹²² LÉON-DUFOUR, Diccionario del Nuevo Testamento, Op. cit., p. 408.

* Los relatos de milagro se distribuyen del siguiente modo en los cuatro Evangelios: 20 en Lucas, 19 en Mateo, 18 en Marcos y 8 en Juan.

¹²³ MEIER, Op. cit., v. 2/II, p. 715-716 y 719.

una palabra son la presencia del Reino, así lo afirma el mismo Jesús: “pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Lc 11,20).

En efecto, los milagros son signos de la proximidad del Reino, comunican y enseñan que el Reino se va haciendo presente; los exorcismos y curaciones expresan la acción benevolente de Dios que libra al hombre de la fuerza del mal que lo tiene sometido. El hombre que padece una enfermedad o se halla oprimido por el maligno no está bajo la soberanía de Dios, sino bajo la fuerza del pecado. De ahí la estrecha relación entre padecer enfermedades y opresión demoníaca que reflejan los textos (Mc 9,17; Mt 9,32-34; 15,22.28; Lc 13,11)¹²⁴. La relación entre curación y triunfo sobre el pecado a veces queda explícita en el Evangelio: Jesús le dice al paralítico: “Tus pecados te son perdonados” (Mc 2,5).

Los milagros son una enseñanza de fe, porque éste se concede por la fe. Los textos vinculan la curación a la fe del curado, bien porque así lo indiquen las palabras de Jesús “tu fe te ha curado” (Mt 9,22), “grande es tu fe” (Mt 15, 28), bien porque Jesús pida la manifestación de fe antes de obrar el signo “¿Creéis que puedo hacer eso?”(Mt 9,28). Con ello indica que el Reino, como el milagro, que no es merecido, necesita para llevarse a cabo la aceptación del mensaje y del mensajero. Es decir, en la aceptación de Jesús, en la fe en él, acontece la llegada del Reino como don, cuyo signo es la curación¹²⁵.

Los milagros transparentan, enseñan y hacen presente la manera de ser de Dios, que es Dios de vida y misericordioso para con todas sus criaturas. Los milagros muestran que Dios no sólo fue creador en el pasado y autor de maravillas, sino que sigue actuando en el mundo, como Señor de la naturaleza y de la historia, venciendo las fuerzas del mal y de la muerte, que quieren esclavizar y aniquilar lo creado. Por ello, Jesús los realiza, sobre todo, a favor de los pobres y marginados, poniendo así de manifiesto que es un Dios salvador, que quiere, de modo eficaz, que su reinado se establezca en la tierra y no sólo en el cielo¹²⁶.

2.4.5.3 El servicio, un signo del Maestro. Un rasgo, el cual a la vez es signo, que es verdaderamente fundamental en el Maestro, es el servicio. Él mismo lo dijo en varias ocasiones: no he venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos (Mt 20,28; Mc 10,45). Por lo dicho anteriormente, en el numeral 2.1.2, sobre cómo se llegaba a ser maestro y que hacían los maestros en tiempo de Jesús, éstos buscaban el poder, las alabanzas y los puestos de honor, buscaban ser servidos. Jesús, el Maestro, por el contrario, enseña que servir y amar a los demás es el único significado de ser Señor y Maestro (Jn 13,14). Y es un servicio no impuesto por nadie; no nace del sentido del deber,

¹²⁴ BUSTO, Op. cit., p. 22.

¹²⁵ Ibid., p. 23.

¹²⁶ ALEGRE, Xavier. Milagro. En: TAMAYO, Op. cit., p. 589-590.

ni es una obligación, sino de la espontaneidad del amor, comunicado por el Espíritu. Expone así, Jesús, el contenido de su mandamiento, la Ley funcional de la nueva comunidad, que expresará con frase paralela: igual que yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros (Jn 13,34)¹²⁷.

2.4.6 Jesús, Maestro orante. Otro de los rasgos más fundamentales de Jesús es la oración, hasta el punto que se le puede definir como “persona orante”. Su vida fue una oración continua, en permanente diálogo con el Padre. (Lc 6,12; Mc 1,35; 6,46; Mt 4,1-10; 8,6; Jn 6,11). Jesús hablaba de las cosas que había escuchado de su Padre (Jn 5,18); y hace las cosas que ve hacer al Padre (Jn 5,19).

Jesús es el Maestro de la oración. A la petición de sus discípulos “enseñanos a orar”, él les dice: Cuando oréis, decid: Padre ... (Lc 11,2-4; Mt 6,9-13)¹²⁸.

Teniendo como base el Evangelio de Lucas se rastrearán algunos rasgos de Jesús como Maestro de oración. Se hace este rastreo en tres momentos: primero: Jesús en oración, segundo: la oración que enseña Jesús, y tercero: actitudes que Jesús enseña para orar.

2.4.6.1 Jesús en oración. Jesús como buen judío practicaba la oración de su pueblo¹²⁹. Los Evangelios muestran que “subía al Templo en las fiestas” (Jn 5,1; 7,10.14). Para él, el templo es casa de oración (Jn 2,16; Lc 19,46). Jesús también, entra en las sinagogas (Mc 1,21). A la sinagoga se iba a orar, se leían las Escrituras, se escuchaba la predicación, se cantaban los Salmos y las bendiciones. Y además, Jesús conocía los Salmos, por ejemplo el Salmo 22 “Dios mío por qué me has abandonado” (Mc 15,34; Mt 27,46) y el Salmo 31 “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46)¹³⁰. Es entonces Jesús un Maestro de oración inmerso en su ambiente religioso y en su cultura, y además, sabe lo importante que es la oración en su pueblo.

Pero también se constata una oración personal de Jesús, en su vida y en su ministerio consagra una parte importante a la oración. A partir del hecho de que Jesús Maestro es un hombre orante, es evidente que su oración es enseñanza y que esta enseñanza, sobre la oración, parte de la propia experiencia. Desde la perspectiva de oración-ministerio, se

¹²⁷ MATEOS, Juan y BARRETO, Juan. El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético. Madrid: Cristiandad, 1982. p. 597-598.

¹²⁸ NIETO, Op. cit., p. 876-877.

¹²⁹ BLANCO PACHECO, Severiano. La oración de Jesús. En: Vida Religiosa. Madrid. Vol. 70, No. 5 (septiembre de 1991); p. 349-359.

¹³⁰ GEORGE, Augustin. El Evangelio según san Lucas. 2 ed. Navarra: Verbo Divino, 1978. p. 43-44.

buscan, algunas características de la oración de Jesús, las cuales son enseñanza para sus discípulos. Las características son:

- Jesús recibe su misión en la oración. En la escena del bautismo Lucas menciona que fue “bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: *Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado*” (Lc 3,21-22). Mientras Jesús ora, y en el entorno de esta oración es donde Jesús recibe el don del Espíritu y donde escucha la voz del Padre: la oración es el lugar del encuentro. Es aquí, en la oración, donde Jesús recibe su misión. Se da la primera enseñanza: hay una unidad entre la oración y la misión.
- La misión alimentada por la oración. Después de la jornada de Cafarnaúm, realizada por Jesús (Lc 4,31-5,14). Lucas menciona la curación de un leproso y concluye diciendo respecto de Jesús: “Su fama se extendía cada vez más y una numerosa multitud afluía para oírle y ser curados de sus enfermedades. Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba”. (Lc 5,15-16). El verbo “oraba” sugiere una idea de permanencia, continuidad y constancia. Segunda enseñanza: la misión de Jesús, su predicación, están continuamente alimentadas por su oración.
- La oración dirige la acción. La elección de los apóstoles es fruto de la oración de Jesús. Así lo señala el texto evangélico: “Sucedió que por aquellos días se fue [Jesús] al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles” (Lc 6,12-13). Y por otro lado, cuando Jesús pide a los discípulos que respondan quien es él, también lo hace en medio de la oración: “Y sucedió que mientras él [Jesús] estaba orando a solas, se hallaban con él los discípulos y él les preguntó: ...Y vosotros ¿quién decís que soy yo?”. (Lc 9,18-20). Esta es una tercera enseñanza: las acciones y decisiones trascendentales están iluminadas y orientadas por la oración.
- La oración transfigura. Dice Lucas que Jesús subió a la montaña a orar: “tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante” (Lc 9,28-29). La manifestación de Dios, en el desarrollo de la misión, tiene lugar en la oración y transfigura. Esta es la cuarta enseñanza.
- Entrar en relación filial. La oración de Jesús expresa una relación íntima de él con su Padre. “Y sucedió que, estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos. Él les dijo: “Cuando oréis, decid: Padre...”. (Lc 11,1-2). Los discípulos están tan impresionados que no se atreven a interrumpir, por eso la petición la hacen, cuando “terminó de orar”. Esta oración que Jesús enseña a los discípulos es el modelo, el

tipo de toda oración. Esta oración permite situar de manera jerarquizada las diferentes orientaciones e intenciones de la oración. Y además, esta oración establece el principio fundamental: llamar a Dios *Abbá*. Quinta enseñanza: así como el Maestro es Hijo, los discípulos son hijos¹³¹.

De esta evidencia de la oración en la vida y el misterio de Jesús, se puede concluir con toda certeza que la oración es un fundamento ineludible en la vida del Maestro, o dicho de otra manera, es la oración la que va conformando la misión de Jesús.

2.4.6.2 La oración que Jesús enseña. Los discípulos le pidieron a Jesús que les enseñara a orar. Jesús les dijo cuando oren digan:

Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino,
danos cada día nuestro pan cotidiano,
y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que
nos debe, y no nos dejes caer en tentación (Lc 11,2-4).

El *Padre nuestro* es el centro de la enseñanza de Jesús, en lo que se refiere a la oración. Pero también el *Padre nuestro* es una enseñanza sobre cómo vivir y cómo actuar en cuanto seguidores suyos. Esto lleva a afirmar que la oración va íntimamente ligada a la acción, a la vida y a la misión. Jesús es Maestro de oración porque da las orientaciones esenciales para que los discípulos oren. Algunos de los rasgos importantes sobre la oración que Jesús enseña a sus discípulos, son los siguientes:

1.- Llamar a Dios *Abbá*. De la invocación de Dios como padre-*Abbá* dimana toda la actitud del orante¹³². Es, entonces, importante subrayar esta manera de Jesús de llamar a Dios Padre, *Abbá*.

Abbá, en labios, de Jesús es algo nuevo por completo. *Abbá* es el nombre con que el hijo pequeñito se dirigía a su padre. Las primeras palabras que un niño aprende, apenas lo destetan. Entonces *abbá*, era lenguaje infantil, una palabra vulgar empleada a diario: nadie hubiera osado dirigirse con ella a Dios¹³³. Y Jesús lo hace y enseña a sus discípulos a que se dirijan a su Padre celestial con tanta confianza como el niño pequeño se dirige a su padre. Jesús enseña su rasgo distintivo de orar: su personal e individual relación con Dios, como Padre amante, protector, providente y clemente (Lc 10,21; 22,42; 23,34.46).

¹³¹ GEORGE, Op. cit., p. 44-51.

¹³² LÉON-DUFOUR, Vocabulario de Teología bíblica, Op. cit., p. 614.

¹³³ JEREMÍAS, Palabras de Jesús. El sermón de la montaña. El Padre nuestro, Op. cit., p. 142.

Es una confianza plena y segura, pero al mismo tiempo Jesús enseña el respeto y la disponibilidad a la obediencia. Ya que la confianza y seguridad no se agota en una palabrería de “Señor, Señor” (Mt 7,22), sino que más bien capacita para cumplir la voluntad de Dios (Hb 10,7)¹³⁴.

2.- Santificado sea tu nombre. Jesús enseña a pedir que todos los males que profanan la creación desaparezcan, especialmente los que se anidan en los corazones, para que se manifieste el amor misericordioso que da testimonio en su nombre.

3.- Venga tu Reino. Desde Lc 4,14; Jesús viene anunciando el Reino de Dios, y enseña con hechos y palabras cuál es su naturaleza. El Reino rompe con los límites que separan a ricos y pobres, sanos y enfermos, hombres y mujeres, puros e impuros, santos y pecadores. Este es el Reino que Jesús enseña a pedir y no vulgares imitaciones humanas.

4.- Hágase tu voluntad*. Esta petición involucra en primer lugar a Dios mismo, se le pide que se haga valer sus designios por encima de cualquier cosa. La palabra *thélema* indica el objeto de la voluntad más que la voluntad misma (*thélisis*). Esto implica que hay una referencia a la voluntad de Dios que está en el origen y en la realización de su plan de salvación. Y, además, se pide que se cumpla en el cielo como en la tierra, esto implica un compromiso, por parte del orante, a cumplir él mismo la voluntad de Dios. No se trata de un simple abandono fatalista a los decretos de lo alto, ni un llamado a la resignación, sino de empeñarse con todas las fuerzas en el servicio de Dios, sabiendo que en último término sólo Dios puede realizar su voluntad¹³⁵.

5.- Pan. Jesús enseña que hay que pedir el pan, el alimento necesario para mantener la vida, la cual es don gratuito de Dios. Por otra parte, Jesús enseña, a que este pan no se coma de manera individualista, sino en cuanto compartido con los demás, incluidos los pecadores.

6.- Los pecados. Jesús enseña a su comunidad de discípulos compuesta por pecadores, que no puede dejar de pedir, con total confianza el perdón de los pecados a su *Abbá* misericordioso. Los discípulos que se cierran a perdonarse entre ellos y a quienes pecan contra ellos, no conocen al *Abbá* de Jesús, que es misericordioso con todos.

¹³⁴ SCHALLER, Hans. Oración. En: EICHER, Peter. Diccionario de conceptos teológicos. Barcelona: Herder. 1990. v. 2, p. 142.

* Se ha dado la indicación de que la versión de la oración del Padre nuestro es del evangelista Lucas, la cual no contiene la expresión hágase tu voluntad, aquí se incluye dado que forma parte de la oración y está contenida en la versión del evangelista Mateo.

¹³⁵ LEVORATTI, Armando J. Evangelio según san Mateo. En: _____. Comentario bíblico latinoamericano. Nuevo Testamento, Op. cit., p. 313.

7.- La tentación. La tentación es siempre mala, por eso hay que saber pedir al *Abbá*, para que preserve de apostatar del camino cristiano. La enseñanza de Jesús orienta a no poner toda la confianza en uno mismo y en las propias fuerzas, sino a confiar, por medio de la oración en Dios para salir victoriosos cuando las tentaciones se hagan presentes¹³⁶.

2.4.6.3 Jesús enseña las actitudes de la oración: constancia, perseverancia y saber pedir el Espíritu

- **Constancia**

Inmediatamente después del *Padre nuestro*, Lucas sitúa la parábola del amigo que se deja convencer (Lc 11,5-13). Por la insistencia del amigo inoportuno el dueño de la casa abre la puerta, pero únicamente para que le deje en paz. Al respecto Jesús dice: así tenéis que rezar a Dios, es decir, con insistencia y sin desfallecer.

Por otro lado, la parábola de la mujer anciana y el juez (Lc 18,1-8) es muy parecida. Lucas la introduce de la manera siguiente: “Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer” (Lc 18,1).

Estas dos parábolas cuando son leídas a la luz de las largas noches en oración, de la noche de lágrimas y sangre en Getsemaní, se cae en la cuenta de que Jesús lo vivió todo antes de enseñarlo.

- **Perseverancia**

La conclusión del segundo discurso escatológico (Lc 21,34-36) habla del sentido de la perseverancia. Jesús después de anunciar la venida del Hijo del hombre, concluye: “Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lc 21,36). Hay un carácter específico en la oración: es necesario vigilar y orar en la espera activa de la venida del Reino de Dios¹³⁷.

- **Pedir el Espíritu**

¹³⁶ KARRIS, Robert. J. Evangelio según san Lucas. En: BROWN, Op. cit., p. 174.

¹³⁷ GEORGE, Op. cit., p. 53-54.

El Evangelio de Lucas muestra que se ora para pedir los bienes espirituales. Por ejemplo, en el *Padre nuestro* se pide por el pan, pero primero se pide la salvación. La conclusión que se añade a la parábola del amigo que se deja convencer es muy significativa: “Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!”(Lc 11,13). El Padre hará toda clase de regalos a sus hijos, Lucas se interesa por el regalo más importante. Y en los Hechos de los apóstoles muestra que es en la oración donde nació el don del Espíritu: “Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hch 1,14)¹³⁸.

Por lo dicho hasta aquí, se concluye que Jesús, es un Maestro orante, que por esto mismo, enseña a orar, no solamente con una oración excepcional como el *Padre nuestro* y con las actitudes necesarias para hacer la oración, sino con su propio ejercicio, dando sustento, sentido, y alimentando su vida y su ministerio con la oración.

2.4.7 Los discípulos, una manifestación especial del Maestro. Una manera de conocer a un maestro es ver a sus discípulos, porque los discípulos manifiestan al maestro. El tema del discipulado es esencial para conocer a Jesús Maestro. Para ahondar más en la figura de Jesús Maestro, se investiga ahora sobre el discipulado. Se rastrearán algunas notas características del discipulado.

Se presenta de entrada una cuestión. ¿El Jesús histórico tuvo seguidores? La respuesta es sí. “Jesús tuvo seguidores históricamente; la frecuente aparición de la palabra *discípulo*, en los cuatro Evangelios hacen muy poco posible que alguien sostuviera una negación. La presencia de *discípulo* (*matetes* en singular, *matetai* en plural) es muy abundante en todos los Evangelios: 72 veces en Mateo, 46 en Marcos, 37 en Lucas y 78 en Juan”¹³⁹. *matetes* es correlativo de *dida,skaloς*, la existencia de discípulos suponen la presencia de un maestro, los discípulos suponen a Jesús el Maestro.

Tener discípulos no es un hecho exclusivo de Jesús. Ya en el período grecorromano, múltiples figuras de la filosofía y de la religión reunieron en torno a sí personas que podrían ser calificadas de seguidores, adeptos, estudiantes o discípulos. Este público receptivo absorbía y cultivaba las enseñanzas de sus maestros, iniciando así la formación de diversas corrientes intelectuales o religiosas que luego pasaron de generación en generación¹⁴⁰.

¹³⁸ Ibid.

¹³⁹ MEIER, Op. cit., v. 3, p. 64.

¹⁴⁰ Ibid., p. 70.

El hecho de que no sea exclusivo de Jesús, no excluye que sus discípulos, tengan ciertos rasgos característicos.

2.4.7.1 Significado de ser discípulo. En sentido general, ser discípulo significa el que se pone voluntariamente bajo la dirección de un maestro y, por tanto, recibe sus enseñanzas (Mt 10,24; Lc 6,40).

En sentido más restringido, el discípulo comparte las ideas del maestro, se adhiere a su doctrina y vive conforme a ella. En este sentido, ya los profetas tenían sus discípulos, como por ejemplo Isaías (Is 8,16); los sabios también tienen sus discípulos, a quienes llaman hijos (Pr 1,8-10; 2,1). También los fariseos (Mt 22,16; Mc 2,18) y Juan el bautista (Mt 9,14; 11,2) tienen sus respectivos discípulos.

2.4.7.2 Los discípulos, llamados por el Maestro. Las diferentes fuentes evangélicas manifiestan este rasgo: el hecho de tomar Jesús la iniciativa llamando a su seguimiento (Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11; Jn 1,35-51). Tres claros ejemplos de ello ofrece la tradición marcana: la llamada a los cuatro primeros discípulos (Pedro, Andrés, Santiago y Juan) en Mc 1,16-20; la llamada a Leví, el recaudador de impuestos, en 2,14, y la (infructuosa) llamada al hombre rico en 10,17-22. En cada uno de estos casos, Jesús invita posteriormente a su seguimiento, con una llamada dirigida a personas que no han tomado la iniciativa de ofrecerse a seguirlo. Además la tradición Q presenta a Jesús llamando a su seguimiento y pone especial énfasis en el carácter imperioso de la llamada¹⁴¹. En esta llamada con carácter de imperativo (Lc 9,59; Mc 2,14) Jesús manifiesta su iniciativa y su autoridad, autoridad que evoca sin lugar a dudas a la autoridad con que Yahveh llamaba a Moisés y a los profetas (Ex 2,4-10; Jr 1,5).

2.4.7.3 Los discípulos, llamados para estar con el Maestro. Jesús llama a sus discípulos para que “estén con él” (Mc 3,14); Jesús “los llamó para que estuvieran con él”. El texto dice que “Subió al monte y llamó a los que el quiso” (Mc 3,13). La llamada se da en el monte, el lugar del encuentro con Dios, el lugar de la revelación divina; es pues una permanencia que implica la estancia física, pero también algo más allá, en la esfera de lo divino. Hay dos razones por las que Jesús los ha llamado: primera: para estar con él; los discípulos se hacen una sola cosa con el Maestro, deben escucharlo y permanecer con él y en él. Esto significa que la razón primera del discipulado es estar con Jesús, que el centro de la escuela del discipulado es el Maestro, es Jesús; él, al mismo tiempo es la lección y es

¹⁴¹ Ibid., p. 73.

el Maestro¹⁴². Esto es una realidad esencial: si no se está con el Maestro no se puede ser discípulo, porque sin él nada se puede hacer, no se puede dar fruto (Jn 15,4-5). Y segunda razón: este estar no significa una inmovilidad, sino por el contrario, significa ser dinámicos y activos para llevar a Jesús a todas las naciones y erradicar el mal, que impide que el hombre y la mujer sean felices¹⁴³. La permanencia con el Maestro capacita para la misión, los forma e instruye, y así los discípulos aprenden a integrar palabra y obra, a ejemplo del Maestro, poderoso en obras y palabras (Lc 24,19).

Sin lugar a dudas los discípulos debían estar con el Maestro para aprender lo que él era y hacía; y ser así unos eficaces trabajadores en la instauración del Reino de Dios. Pero además se sugiere una connotación afectiva al gesto y a la palabra, el evangelista le suma todavía un dato precioso: “a los que él quiso”. Quiere decir a los que el amaba desde mucho tiempo atrás llevándolos en su corazón¹⁴⁴.

2.4.7.4 Ser discípulos, implica seguir físicamente a Jesús. Seguir a Jesús no era una simple metáfora de la absorción y práctica de sus enseñanzas. Jesús llamó a determinadas personas a seguirlo de manera literal, física, en los diversos recorridos de predicación por Galilea, Judea y regiones circundantes. Seguir a Jesús como discípulo significaba dejar atrás casa, familia y medio de vida. No se podía seguir a Jesús simplemente permaneciendo en casas dedicado al estudio de sus enseñanzas, ni asistiendo a su escuela para aprender directamente de él¹⁴⁵.

Seguir físicamente a Jesús significa, aprender de él, no solo de sus palabras, sino también de su forma de actuar; los discípulos son testigos de las acciones que realizaba el Maestro y a través de las cuales manifestaba la llegada del Reino. Esta dimensión de los discípulos aparece en la tradición de los dichos, principalmente en la bienaventuranza que recoge Lucas 10,23: “¡Dichosos los ojos que ven lo que veis!”. Entonces ver, al igual que oír, es tarea de los discípulos¹⁴⁶.

¹⁴² OÑORO, Fidel. Planteamiento básico del discipulado a partir del Evangelio de Marcos. [En línea] <http://www.celam.org/cebipal/archivosvarios/discipulado/Planteamiento%20basico%20discipulado%20P-Fidel.doc> (Consultado el 12 de junio de 2006).

¹⁴³ BRIGLIA, Sergio. Evangelio según san Marcos. En: LEVORATTI, Comentario bíblico latinoamericano. Nuevo Testamento, Op. cit., p. 416.

¹⁴⁴ OÑORO, Op. cit.

¹⁴⁵ MEIER, Op. cit., v. 3, p. 78.

¹⁴⁶ GUIJARRO, Santiago. Discipulado. En: RAMOS, Op. cit., p. 283-284.

Seguir físicamente a Jesús implicaba, también, *el rompimiento con el miedo*. Al hacer un recorrido por los Evangelios se encuentra que el seguimiento de Jesús exige romper con el miedo. Los miedos que van teniendo los discípulos aparecen en relación a varios contextos: la misión (Mt 10,26.28.31; Lc 12,4.5.7.32) la aparición en el lago (Mt 14,26.27.30; Mc 6,50; Jn 6,19.20) la subida a Jerusalén (Mc 9,32; 10,32; Lc 9,45) y las apariciones del resucitado. Lo que se destaca en estos textos es que Jesús no tolera el miedo en sus seguidores. En cada momento les exige que “no tengan miedo” (Mt 10,26.28.31; Lc 12,4.7.32; Mt 14,27; Mc 6,50; Jn 6,20). Especial atención merecen los anuncios de la pasión cuando Jesús aclara a sus discípulos qué tipo de Mesías es y ellos tienen miedo (Mc 9,32; Lc 9,45; Mc 10,32). Los Evangelios dicen que cuando Jesús les hablaba de esto “ellos no entendían lo que les decía y temían preguntarle” (Mc 9,31). Ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro, que no captaban el asunto, y tenían miedo de preguntarse sobre el asunto (Lc 9,45).

Además seguir a Jesús implicaba ser hombres y mujeres libres de falsas seguridades, incluso de los vínculos de parentesco, hombres libres sin nostalgias ni represiones (Mt 8,18-22; Lc 9,57-62)¹⁴⁷.

2.4.7.5 Los discípulos, viven el estilo de vida del Maestro. Los costes* inmediatos de seguir físicamente a Jesús eran obvios: se dejaba casa, familia y ocupación habitual. Pero además fueron advertidos de que encontrarían peligro y hostilidad, un abundante testimonio múltiple de fuentes indican este hecho. Ser discípulo implica salvar o perder la vida (Mc 8,35; Mt 16,24; Lc 9,23); negarse a sí mismo y tomar la propia cruz (Mc 8,34; Mt 10,38; Lc 14,27); y afrontar la hostilidad de la propia familia (Mc 3,21; Jn 7,5)¹⁴⁸. Pero también han de compartir un estilo de vida itinerante sin domicilio fijo (Lc 9,58), lo mismo que el rechazo e incluso la muerte. Pero, no hay que olvidar que también comparten la promesa y solicitud de Dios (Lc 10,20; Mc 10,30), pueden sentirse dichosos y llamar a Dios *Abbá* (Lc 11,2)¹⁴⁹.

2.4.7.6 Las mujeres, son discípulas del Maestro. Otro de los rasgos de los discípulos de Jesús, es el siguiente: en el grupo había mujeres. Algo nada común en el tiempo de Jesús. Cierto es que nominalmente Jesús no tuvo discípulas, pero de hecho sí (Lc 8,1-3). Ciertamente la realidad y no la denominación fue la que debió llamar la atención de la

¹⁴⁷ FABRIS, Op. cit., p. 133.

* Una exposición detallada, sobre los costes del seguimiento se puede ver en: MEIER, Op. cit., v. 3, p. 78-98.

¹⁴⁸ MEIER, Op. cit., v. 3, p. 79-80.

¹⁴⁹ GUIJARRO, Op. cit., p. 284-285.

gente. La vista de un grupo de mujeres viajando por las zonas rurales de Galilea con un varón célibe que exorcizaba y les enseñaba como a sus discípulos varones, no podía sino hacer fruncir píos entrecejos y provocar comentarios impíos¹⁵⁰.

Conclusión: Jesús enseña comprometiendo su propia vida y exigiendo el compromiso entero de la vida de sus discípulos.

2.5 LOS DISCÍPULOS: ENVIADOS A ENSEÑAR, GUIADOS POR EL ESPÍRITU SANTO

Los discípulos no están por encima del maestro; le basta al discípulo ser como su maestro (Mt 10,24-25). Jesús siempre será el Maestro y Señor; el discípulo siempre será discípulo, pero puede llegar a ser como su Maestro, incluso ha de llegar a ser como su Maestro, pero sin dejar de ser discípulo. Entonces el perfil de Jesús como Maestro ha de ser el perfil de los discípulos.

De hecho, dice Klaus Wegenast: junto a Jesús que enseña, hablan los sinópticos también de los discípulos que enseñan (Mc 6,30; Mt 28,20). Y en Lucas se promete el Espíritu Santo y se dice de él que ha de enseñar¹⁵¹. Es, pues, el Espíritu el educador y el que enseña. Contando con la disponibilidad de los apóstoles, será el Espíritu quien impulsa e imprime dinamismo a la misión. El Espíritu, en cuanto fuerza rectora de la misión, construye una continuidad entre el ministerio de Jesús (Lc 3,22; 4,1.18; 10,21; Hch 1,2) y el de los apóstoles, y por consiguiente, se está hablando de la misma obra¹⁵².

2.5.1 Enseñar: una tarea específica de los discípulos. El texto evangélico, dice:

Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes
bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo,
y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado.
Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días
hasta el fin del mundo (Mt 28,19-20).

¹⁵⁰ MEIER, Op. cit., v. 3, p. 105.

¹⁵¹ WEGENAST, Op. cit., p. 526.

¹⁵² DILLON, Richard J. Hechos de los apóstoles. En: BROWN, Op. cit., p. 216-217.

Un comentario general a este texto es el siguiente: la misión encomendada fue sin rodeos: “Id enseñad y bautizad”; y los discípulos, es decir la Iglesia, la llevaron a cabo *. De la mano del Espíritu Santo proclamaron el Evangelio, anunciaron a Jesús, la presencia real del Reino de Dios: “Ellos salieron a predicar por todas partes” (Mc 16,20). Efectivamente, las comunidades del Nuevo Testamento proclaman a judíos y paganos, el kerigma, cuyo contenido fundamental es que Jesús de Nazaret, Mesías de Dios, fue crucificado pero ha resucitado, y sentado a la derecha del Padre es constituido Señor y Salvador para cuantos creen en él y se conviertan. El que había proclamado la Buena Noticia ahora es proclamado como Evangelio¹⁵³.

Es lógico decir que paulatinamente se fue estructurando dicha evangelización, de hecho, poco a poco se va estructurando la doctrina, que constituye el depósito de la fe que se enseña a los que movidos por el primer anuncio comienzan un camino de descubrimiento de la persona y el mensaje de Jesús en el seno de las comunidades. Este itinerario culmina en la adhesión plena a Jesucristo y en el bautismo¹⁵⁴.

Es, entonces, clara la presencia del ministerio de la enseñanza, dentro del proceso de la evangelización, en la vida de la Iglesia primitiva, así como en la vida de las comunidades cristianas que van surgiendo por obra del Espíritu Santo.

Volviendo al texto evangélico (Mt 28,19-20), de manera más concreta se dice que Jesús tiene el poder en el cielo y en la tierra (Mt 28,18; Jn 13,3), es el poder del Reino (Dn 7,14; 2 Cro 36,23; Mt 6,10)¹⁵⁵. Y, como una consecuencia, por una derivación de esta plenitud de poder que Cristo tiene, él hace participar a sus apóstoles de ella. Así, los “envía” a realizar su misión: “Id por todo el mundo...”. Por eso, ellos al ir a esta obra, obedecen y actúan en “potestad” derivada y participada, pero verdadera. Estarán actuando en nombre de Cristo. La misión es doble: bautizar y enseñar¹⁵⁶.

Jesús encarga la misión de bautizar, y como comenta Adrián Leske: bautizar ahora es símbolo de purificación y renovación, de regeneración como hijo de Dios y se convierte en un acto de compromiso para todos. Este bautismo significa entrar en una vida de relación

* Se ve con claridad que los primeros discípulos ardieron en deseos de predicar el Evangelio, de anunciar a Cristo: “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20).

¹⁵³ SASTRE, Jesús. Evangelización. En: PEDROSA, V. Ma.; SASTRE, Jesús y BERZOSA, Raúl. Diccionario de pastoral y evangelización. Burgos: Monte Carmelo, 2001. p. 412.

¹⁵⁴ Ibid.

¹⁵⁵ VIVIANO, Benedict T. Evangelio según san Mateo. En: BROWN, Op. cit., p. 132.

¹⁵⁶ COLUNGA, Alberto *et al.* Biblia Comentada. Texto de la Nacar Colunga. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1965. p. 607-608.

renovada con el Padre revelado a través del Hijo, y quedar lleno del Espíritu Santo (Hch 11,25-27). Ahora que los discípulos han sido instruidos, están preparados para enseñar a todas las naciones el modo de vivir como personas pertenecientes al Reino¹⁵⁷. El bautismo es, entonces, una bendición, una regeneración y un compromiso; compromiso de vivir como hijos y compromiso de transmitir esa vivencia testimoniando y enseñando.

Haciendo énfasis en la acción de enseñar, se dice: en la enseñanza de Cristo no basta oír el Evangelio, y aceptarlo como preparación para recibir el bautismo. Hace falta una cosa esencial: “han de enseñar a observar todo lo que yo os he mandado”. La práctica del Evangelio - fe, creencias, prácticas - enseñado por los apóstoles, como misión y continuación de la obra de Cristo, es obligación correlativa en el cristianismo¹⁵⁸.

A la luz de la cita evangélica indicada se deduce que es fundamental oír y recibir la enseñanza, pero eso es sólo la mitad, es necesario enseñar lo que se ha aprendido. Y para la realización de esta tarea de perspectivas inmensas, Jesús el Maestro les promete y envía al Espíritu Santo para que les enseñe todas las cosas (Jn 14,26). Porque el Espíritu de la verdad es quien guía hacia la verdad completa (Jn 16,13). Es entonces el Espíritu Santo el Maestro que enseña a vivir cristianamente. Así lo afirma Juan Pablo II cuando dice: el Espíritu es prometido a la Iglesia y a cada fiel como un Maestro interior que, en la intimidad de la conciencia y del corazón, hace comprender lo que se había entendido pero no se había sido capaz de captar plenamente¹⁵⁹.

2.5.2 Enseñar: un constitutivo en la Iglesia primitiva. En el Libro de los Hechos de los apóstoles se narra el desarrollo de la primitiva Iglesia, desarrollo que está animado por la presencia del Espíritu Santo. Se encuentran ahí los elementos esenciales de lo que es y ha de ser la Iglesia. Llama la atención los llamados sumarios* de los Hechos de los apóstoles, los cuales son tres: Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,11-16. Opina Jürgen Roloff que, en cierto modo, estos sumarios van vertebrando la presentación de los comienzos de la Iglesia. Lucas muestra algunos rasgos concretos de especial importancia que se pueden deducir de los sucesos narrados y que van configurando progresivamente una imagen de lo que era la

¹⁵⁷ LESKE, Adrian. Mateo. En: FARMER, William R. *et al.* Comentario bíblico internacional. Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI. Navarra: Verbo Divino, 1999. p. 1209.

¹⁵⁸ COLUNGA, Op. cit., p. 609.

¹⁵⁹ JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979). No. 72. En: GIL, C. y CASTAÑO, H. Documentos sinodales y Exhortaciones Apostólicas. Caracas: Trípode, 1994. p. 93-138. En adelante se citará CT y el número correspondiente.

* Para ahondar en lo que significan los sumarios se puede ver: DILLON, Op. cit., p. 219-220. y ROLOFF, Jürgen. Hechos de los apóstoles. Madrid: Cristiandad, 1984. p. 98-100.

Iglesia de Jerusalén. Por eso, sintetiza en los sumarios lo que él creía más característico y significativo para la vida de la Iglesia durante aquellos años. Hay una intención de generalizar y tipificar¹⁶⁰.

Atendiendo a lo que narra el primer sumario (Hch 2,42-47), se manifiesta la importancia de la enseñanza como una característica esencial de la primitiva Iglesia:

Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar (Hch 2,42-47).

Acerca de este texto, un autor comenta: este fragmento menciona como constitutivo de la vida de la comunidad primitiva la asiduidad en escuchar la enseñanza de los apóstoles. Esta enseñanza, en un primer momento, consistiría en transmitir palabras de Jesús, paralelamente tomarían forma algunos contenidos doctrinales específicos. En el desarrollo de esta enseñanza jugaba un papel capital la argumentación a base de la Escritura. Además, ya la misma enseñanza de Jesús presentaba una fundamental diferencia estructural con la enseñanza de los fariseos; no cabe duda que esta diferencia influyó notablemente en la enseñanza de la comunidad cristiana. Para ésta, no contaba tanto una meticulosa repetición de tradiciones normativas y su aplicación a las diversas situaciones de la vida del pueblo, cuanto a poner de relieve que, a la luz del acontecimiento Cristo, ya se había hecho visible la revelación salvífica del final de los tiempos. Así, poco a poco, fue configurándose la tradición cristiana dentro del marco de la enseñanza comunitaria¹⁶¹. A este respecto es bueno tener en cuenta lo siguiente: “la fiel continuidad en la *didajé*, que parte de Jesús y llega hasta los apóstoles, es uno de los principales argumentos en Lc-Hch (1,1-8; Lc 1,1-4)”¹⁶².

Los otros elementos fundamentales - comunidad de vida, fracción del pan, la oración y los prodigios que realizaban los apóstoles -, tienen sus propias connotaciones de suma

¹⁶⁰ ROLOFF, Op. cit., p. 98.

¹⁶¹ Ibid., p. 99-100.

¹⁶² DILLON, Op. cit., p. 222.

importancia, los cuales no van aislados de la enseñanza; ellos en su conjunto forman un todo. Aquí se hace énfasis en la enseñanza porque es el tema de esta investigación.

2.5.3 Enseñar: un ministerio en la vida de las comunidades. La Iglesia, para cumplir su misión en medio del mundo, requiere de servicios y ministerios. Habiendo visto en los sumarios de los Hechos de los apóstoles que la enseñanza es un aspecto constitutivo de la primera comunidad, se investiga ahora en la vida de las comunidades, concretamente de Corinto, Roma y Éfeso para verificar la existencia del ministerio de la enseñanza en ellas.

Dios en su infinita sabiduría, dispone dones y ministerios para la edificación de su Iglesia. Los servicios son voluntad de él, no son iniciativa del ser humano. En la carta a los corintios se ve con claridad: “Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros” (1 Co 12,28). Al hablar Pablo de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, menciona explícitamente el don de ser maestro. Es un hecho, en la Iglesia hay diversidad de dones, pero es uno sólo el Espíritu. Según un comentario, lo llamativo de esta lista es la numeración y, además, que los “oficios” de apóstol, profeta y maestro estén incluidos en la lista de dones espirituales¹⁶³. Y otro autor, al comentar este verso menciona: “estos tres dones separados de los demás por el hecho de estar numerados y personalizados, constituyen el fundamental triple ministerio de la palabra, por el cual se fundamenta y se edifica la Iglesia...En cuanto a los *maestros*: su papel tal vez se distinguiera del de los profetas por el hecho de que su desempeño se realizaba fuera del marco de la asamblea litúrgica”¹⁶⁴.

Estos tres dones y todos los demás suponen al “don más grande” el don del amor (1 Co 12,31-13,1-13), porque “sólo amando existe auténticamente el cristiano”¹⁶⁵. Y sólo amando se puede ser maestro.

Es importante decir hasta aquí lo siguiente: en la vida de las comunidades está presente el ministerio de la enseñanza, y al hablar Pablo de “dones espirituales” hace alusión directa a la procedencia divina, él no es una elección o un gusto, es un don, un carisma. Además, este ministerio de la enseñanza está íntimamente unido al ministerio de la Palabra. Cabe resaltar que el amor es un presupuesto para el ejercicio del ministerio de la enseñanza, al igual que de cualquier ministerio.

En la carta a los romanos, Pablo, después de decir claramente: “somos un solo cuerpo en Cristo” (Rm 12,5), recomienda que cada quien desempeñe con alegría los dones recibidos:

¹⁶³ LAMBRECHT, Jan. 1 Corintios. En: FARMER, Op. cit., p. 1480.

¹⁶⁴ MURPHY-O’CONNOR, Jerome. Primera carta a los corintios. En: BROWN, Op. cit., p. 333.

¹⁶⁵ Ibid.

“pero teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámolo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad” (Rm 12,6-8).

“Los diferentes dones de gracia que los cristianos reciben del Espíritu a consecuencia de la fe están destinados al provecho de la comunidad. Cada uno debe caer en la cuenta del carácter social de los talentos o dones que Dios le ha otorgado, y ha de hacer uso de ellos para el bien común sin envidias ni celos”¹⁶⁶. Por tanto, quien es maestro, y ha recibido el don de la enseñanza lo ha recibido del Espíritu y se le pide que lo ejerza con alegría y para la edificación de la comunidad.

En la carta a los efesios se manifiesta, igualmente, como la Iglesia es Una, pero hay diversidad en cuanto a los dones; nuevamente, aquí, está presente el don de ser maestro. “El mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros” (Ef 4,11). Son dones dados por Dios, mediante su Espíritu, para servicio de la Iglesia: el primero son los apóstoles y profetas, estos son el cimiento de la Iglesia (Ef 2,20). Van seguidos por los pastores y maestros que son funciones eclesiales destacadas, que enumeran carismas otorgados por el Espíritu a personas concretas¹⁶⁷. En el recto desempeño del ministerio, con la gracia del Espíritu, la meta es llegar a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo (Ef 4,13).

Con lo dicho hasta aquí se afirma con certeza que el ministerio de la enseñanza es fundamental en la vida de la Iglesia primitiva. La enseñanza fue un mandato expreso del Maestro: *Id y enseñad*. Los apóstoles, animados por el Espíritu Santo, desempeñaron esta tarea y en la vida de las comunidades se constata esta labor de la enseñanza como parte principal en su crecimiento. Es, entonces, una labor que el Espíritu como Maestro realiza en la vida de las comunidades de discípulos.

2.5.4 Enseñar: un ministerio de los presbíteros. Los presbíteros se mencionan junto a los apóstoles (Hch 15,2-4; 22-23; 16,4). Fueron sus colaboradores desde el inicio de la Iglesia. Normalmente se puede admitir que los apóstoles para asegurar el culto eucarístico estuvieron asistidos por los presbíteros (Hch 11,12-18).

Según la opinión de Jean Galot:

¹⁶⁶ FITZMYER, Joseph A. Carta a los romanos. En: BROWN, Op. cit., p. 410.

¹⁶⁷ KOBELSKI, Paul J. Carta a los efesios. En: BROWN, Op. cit., p. 448.

los primeros presbíteros debieron ser los que siguieron a Jesús, especialmente los discípulos enviados en misión a ejemplo de los apóstoles a lo largo de la vida pública. Si la misión confiada a los doce durante la vida terrestre de Jesús fue el preludio de su misión en la Iglesia, lo mismo debía suceder con la misión asignada a los setenta y dos discípulos. De entre ellos fue escogido el apóstol que debía sustituir a Judas. Estos discípulos debieron considerar como definitiva la llamada que les dirigió Jesús; estaban comprometidos al servicio de la Iglesia con una misión análoga a la de los apóstoles pero sin la autoridad que poseían estos últimos¹⁶⁸.

Debido a esta llamada no necesitaban especialmente ser instituidos por los apóstoles ya que Cristo mismo les había confiado su cargo. Para desempeñar este cargo recibieron el don del Espíritu santo en el momento de Pentecostés. Este don constituyó para ellos, como para los apóstoles, pero en un grado menos elevado, el equivalente de la ordenación sacerdotal¹⁶⁹.

Esta opinión de Jean Galot, es discutida, en razón de que los mismos apóstoles instituyeron presbíteros para la misión, con el gesto de la oración o imposición de manos. Pero lo que aquí interesa ver es la función fundamental que los presbíteros desempeñaron en cuanto a la enseñanza en la Iglesia primitiva. Y, además, interesa también destacar el que los presbíteros *reciben* el don del Espíritu Santo, ya que, es, el Espíritu, quien enseña y guía a la verdad completa.

A este respecto en el libro de los Hechos de los apóstoles se designa a los presbíteros de la siguiente manera: Lucas designa con el nombre de presbíteros a quienes, junto a los apóstoles, presidían la comunidad primitiva de Jerusalén. En Hch 11,30, este órgano rector es el que se hace cargo de la colecta efectuada en Antioquía para ayuda de la comunidad de Jerusalén. Según Hch 15, 2.4.6.22, los presbíteros participan en la asamblea apostólica, aunque la función dirigente sigue estando en manos de los apóstoles. Lucas menciona colegios de presbíteros como dirigentes de las comunidades cristianas gentiles fundadas por Pablo. Así también en las cartas pastorales y católicas se observa la misma institución. Según Tito 1,5, el discípulo del apóstol, por encargo de éste, designó presbíteros en las comunidades de Creta. Es característico de los presbíteros ejercer la presidencia, además son los que se ocupan también de la predicación y de la enseñanza (1 Tm 5,17). En 1 P 5,1s el autor exhorta a los presbíteros y los instruye acerca del desempeño del oficio de pastor en la comunidad cristiana (Hch 20,28)¹⁷⁰.

¹⁶⁸ GALOT, Jean. Sacerdote en nombre de Cristo. Bilbao: Grafite, 2002. p. 249.

¹⁶⁹ Ibid., p. 249-250.

¹⁷⁰ ROHDE, Joachim. *presbu,teroς*. En: BALZ, Op. cit., v. 2, p. 1119-1123.

Lo dicho confirma que es importante el papel que desempeñan los presbíteros en la comunidad. Las funciones de los presbíteros son fundamentalmente dos y éstas son complementarias:

- Presidencia. Los presbíteros están encargados como presidentes de velar (*episkopos*=vigilante) por la buena marcha de la comunidad. Esta función implica y explica tres condiciones particulares: una: “que no sea un neófito” (1 Tm 3,6), pues la promoción demasiado rápida le podría enorgullecer; dos: “que tenga buena fama entre los de fuera” (1 Tm 3,7), porque la reputación del presidente afecta a la comunidad; tres: “que sea hospitalario”.
- La enseñanza. Los presbíteros están también encargados del ministerio de la palabra, y sobre todo de la enseñanza, por eso es importante que el candidato sea apto para enseñar (1 Tm 3,2), y “Que esté adherido a la palabra fiel, conforme a la enseñanza, para que sea capaz de exhortar con la sana doctrina y refutar a los que contradicen” (Tt 1,9)¹⁷¹.

Presidencia y enseñanza representan, pues, las dos funciones principales de los presbíteros, como lo prueba 1 Tm 5,17: “los presbíteros que ejercen bien su cargo merecen doble remuneración, principalmente los que se afanan en la predicación y en la enseñanza”.

Se ha llegado al final del segundo capítulo y por todo lo investigado se puede afirmar que Jesús es el Maestro por excelencia. Ante la realidad de la existencia de los maestros en el tiempo de Jesús, éste, se revela como el Maestro por excelencia. Así lo manifiestan los Evangelios; Jesús es llamado Maestro por los discípulos, por la gente del pueblo e incluso por los adversarios, además, según las mismas fuentes evangélicas, Jesús mismo se llamó Maestro.

Jesús como Maestro tuvo una educación y enseñanza la cual fue en su casa y posiblemente en la sinagoga de Nazaret.

Jesús es Maestro de su tiempo. Adopta algunos aspectos propios de los maestros de su tiempo, como por ejemplo: tener discípulos, utilizar el lenguaje de las parábolas, usar sentencias proverbiales y enseñar a la gente. Pero, a la vez, es un Maestro original.

Dicha originalidad se manifiesta en los siguientes rasgos:

- Tiene una enseñanza central: el Reino.

¹⁷¹ LEMAIRE, André. Los ministerios en la Iglesia. En: DELORME, Jean. El ministerio y los ministerios según el Nuevo Testamento. Madrid: Cristiandad, 1975. p. 107-109.

- Aunque todos los hombres y mujeres son destinatarios de su enseñanza, Jesús el Maestro tiene una especial predilección por los más pobres.
- Jesús es un Maestro que enseña con la palabra, lo cual se manifiesta en las parábolas que son el lenguaje del Reino. Y, además, esta enseñanza, mediante las palabras, es constante, una muestra de esto es el llamado sermón del monte.
- Maestro con obras, así es Jesús; por medio de sus milagros enseña a la gente que el Reino ya está aquí. Y, por otro lado, por medio del servicio enseña la manera como ser Maestro, es decir, mediante el servicio.
- Jesús es un Maestro orante. Con su propia vida enseña a los discípulos la importancia de la oración, ya que su ministerio está continuamente alimentado por la oración. Así mismo, enseña Jesús a orar a sus discípulos mediante la oración del Padre nuestro. Además, Jesús enseña que la oración es ha de ser con insistencia, con perseverancia y pidiendo los bienes espirituales.
- Una manera de conocer al Maestro es a través de los discípulos. Las características de los discípulos de Jesús expresan al mismo Maestro. Jesús el Maestro enseña comprometiendo su vida y exigiendo el compromiso entero de la vida de sus discípulos.

Por último, se ha constatado la presencia del ministerio de la enseñanza en la vida de la Iglesia primitiva y en la vida de las primeras comunidades. Esta presencia se realiza por medio del Espíritu Santo el Maestro que inspira. Así mismo, este ministerio de la enseñanza lo desempeñan de un modo especial los presbíteros, los cuales, como miembros de la comunidad eclesial, han recibido el don del Espíritu.

3. EDUCAR Y ENSEÑAR, ELEMENTOS ESENCIALES EN EL MINISTERIO DE LOS PRESBITEROS, DENTRO DE LA COMUNIDAD ECLESIAL

Este tercer capítulo tiene como objetivo investigar que las acciones de educar y enseñar, acciones propias del maestro, son aspectos esenciales en el ser y quehacer del presbítero, como maestro en la fe, en la comunidad eclesial. Se quiere, entonces, verificar que así como Yahveh es Maestro, Jesús es Maestro, el presbítero dentro de la comunidad eclesial también es maestro por envío del mismo Jesús, en la Iglesia.

Para realizar esta investigación se darán dos pasos. Primero: suponiendo el giro eclesiológico del Concilio Vaticano II, se indagará sobre la Iglesia como misión, y la faceta, de la misma, como Maestra; se ahondará en el significado de la evangelización como proceso rico, complejo y dinámico; y, se ahondará sobre la tarea propia del presbítero en el proceso evangelizador. Segundo: haciendo un paralelismo del presbítero con Jesús Maestro, y suponiendo la figura de Yahveh Maestro de Israel, se buscará establecer que las características de Jesús Maestro, las cuales han sido investigadas en el capítulo segundo, son el ejemplo para el presbítero maestro en la fe, en la comunidad eclesial.

Se tendrán como fuentes de investigación los documentos del Concilio Vaticano II, documentos del Magisterio postconciliar y, además, autores expertos en los temas enunciados.

3.1 LA FUNCIÓN DEL PRESBITERO EN LA EVANGELIZACIÓN

Se ha constatado que desde el principio los primeros discípulos, ante el mandato: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,19-20), ellos fueron y con prontitud “salieron a predicar por todas partes” (Mc 16,20) y era como un imperativo en su vida: “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20).

En un primer momento este anuncio se inicia con el kerigma, es decir, el anuncio de Jesús, constituido Cristo, Señor, Salvador por la resurrección.

Paulatinamente se fue organizando dicha evangelización, se va estructurando la doctrina, que constituye el depósito de la fe que se enseña* a los que movidos por el primer anuncio comienzan un camino de descubrimiento de la persona y el mensaje de Jesús en el seno de las comunidades. Este itinerario culmina en la adhesión plena a Jesucristo y en la recepción del bautismo.

Es, entonces, un hecho la presencia del ministerio de la enseñanza, dentro del proceso de la evangelización en la vida de la Iglesia primitiva, así como en la vida de las comunidades cristianas que van surgiendo por obra del Espíritu. Pero, además, se ha comprobado, según datos de los Hechos de los apóstoles, de las cartas Paulinas y de las llamadas Pastorales que, siendo la comunidad el sujeto de la evangelización y por ende de la enseñanza, un papel peculiar en este ministerio de la enseñanza lo tiene el presbítero, en cuanto que es una de sus principales funciones, dentro de la Iglesia, junto con el ministerio de la presidencia.

El recorrido eclesial de casi dos mil años, manifiesta diversas facetas*, tanto de la evangelización como de la función del presbítero en ella. Sin desconocer los grandes

* En este sentido dice Léon-Dufour, que aunque el sustantivo catequesis no aparece en el Nuevo Testamento, catequizar es enseñar los hechos esenciales de la vida de Jesús (Lc 1,4; Hch 18,25); instrucción que probablemente seguía al anuncio del Evangelio, que preparaba para el bautismo o al que le seguía inmediatamente. En este ámbito catequético adquiere importancia la enseñanza de la doctrina en un nivel más o menos elevado (Mt 28,20; Hch 2,42) (LÉON-DUFOUR, Diccionario del Nuevo Testamento, Op. cit., p. 178).

* El catecumenado es una de las facetas que no pueden olvidarse al tratar este tema de la evangelización y por consiguiente de la catequesis y acción pastoral. El catecumenado es una de las instituciones más antiguas y

aportes y testimonios de la evangelización en la Iglesia, en cuanto a estas dos realidades, se realiza este tercer capítulo a partir del Concilio Vaticano II, asumiendo que el mismo Concilio es fruto de ese largo caminar dos veces milenario, y que por obra del Espíritu Santo lo que se estable en dicho Concilio es el resultado de ese caminar en la historia.

Así, pues, se inicia esta investigación, en este tercer capítulo, para establecer la figura del presbítero como maestro en la fe, hoy, dentro de la comunidad eclesial - Iglesia evangelizadora -, en el desempeño de las acciones de educar y enseñar a ejemplo de Yahveh Maestro de Israel y, de modo especial, a ejemplo de Jesús el Maestro por excelencia.

3.1.1 La Iglesia es misión y es Maestra. El Magisterio conciliar ha definido que la Iglesia es misterio de comunión, Pueblo de Dios, sacramento de salvación y que es misión. Esta misión es la que le da la identidad propia y, además, es su dicha y su gozo, esta misión es evangelizar*, es decir, anunciar a Cristo comunicado con el testimonio de la vida y con la palabra¹⁷² “a los no creyentes para llevarlos a la fe”, y a los fieles “para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a una vida más fervorosa”¹⁷³, con objeto de “que todos colaboren en la extensión y el desarrollo del Reino de Cristo en el mundo”¹⁷⁴. Es, entonces, la misión de evangelizar una tarea que compete a todos - en la Iglesia - sin excepción, porque hay una verdadera igualdad en cuanto a dignidad y actividad en la construcción del Cuerpo de Cristo. Sin embargo, es conveniente tener en cuenta que el mismo Concilio

básicas de la Iglesia, de carácter litúrgico, catequético y moral. Nació como etapa de preparación a la vida cristiana o proceso de iniciación que la Iglesia exige a los convertidos adultos para que se transforme su fe inicial en profesión de fe explícita, sacramentalmente celebrada en la comunidad cristiana pascual. Es pues, el catecumenado, un proceso educativo cristiano, enmarcado por unas etapas, dirigido a convertidos, en el seno de una comunidad eclesial, por medio de una regeneración sacramental (FLORISTÁN, Casiano. Para comprender el catecumenado. Navarra: Verbo Divino. 1989. p. 22). Para una comprensión más completa de lo que es el catecumenado ver la obra que se acaba de citar.

* Para una exposición completa de lo que es y significa evangelizar, ver: PABLO VI. Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975). En: MARTÍNEZ PUCHE, José A. Encíclicas de Pablo VI. Madrid: Edibesa, 1998. p. 323-426. En adelante se citará EN y el número correspondiente. También se puede ver: FLORISTÁN, Casiano. Para comprender la evangelización. Navarra: Verbo Divino, 1993. 195 p.

¹⁷² Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, No. 35. En: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Op. cit., p. 49-156. En adelante se citará LG y el número correspondiente.

¹⁷³ Decreto sobre el apostolado de los laicos, *Apostolicam actuositatem*, No. 6. En: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Op. cit., p. 487-527.

¹⁷⁴ LG 35.

Vaticano II anota que en la Iglesia: “algunos por voluntad de Cristo [son] maestros, administradores de los misterios y pastores de los demás”¹⁷⁵.

Ahora bien, una faceta concreta de la manera como la Iglesia evangeliza es siendo Maestra^{**}. En efecto, se ha dicho que a los discípulos se les dio la tarea de enseñar (Mt 28,20). Esta misión de enseñar de los apóstoles y de sus primeros colaboradores, la continúa la Iglesia. Es, entonces, la Iglesia Maestra por su misión evangelizadora; esto no significa que su tarea sea cultural o académica, sino religiosa, centrada en la salvación y santificación¹⁷⁶. En efecto, la Iglesia haciéndose día a día discípula del Señor, con razón se le ha llamado “Madre y Maestra”¹⁷⁷. Así lo ha afirmado de manera categórica Juan XXIII en la Carta Encíclica “*Mater et magistra*”, documento que versa sobre el desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana; en este documento, Juan XXIII dice: que la Iglesia es Madre y Maestra de todos los pueblos, fundada por Jesucristo quien le ha confiado una doble misión: engendrar hijos, y educarlos y regirlos guiando con materno cuidado la vida de los individuos y de los pueblos¹⁷⁸. Las acciones propias de Dios, educar, enseñar y guiar, son confiadas a la Iglesia y por ello es llamada Maestra.

¹⁷⁵ LG 32.

^{**} Juan Pablo II menciona la condición de la Iglesia como Maestra y como discípula. Ver en: JUAN PABLO II. Homilía del 24 de enero de 1998 en su viaje apostólico a Cuba, homilía en Santiago de Cuba. En: L’Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (30 de enero de 1998); p. 12-13. [Edición en lengua española]. El Catecismo de la Iglesia Católica se refiere a la Iglesia como Madre y educadora, lo que expresa su condición de Maestra por envío del mismo Cristo (CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, 1992. No. 2030-2046. En adelante se citará CEC y el número correspondiente). Así pues, es una necesidad que, al hablar de la Iglesia como Maestra, no se deba olvidar que para serlo, la Iglesia, primero es discípula, es decir, aprende. Y aprender ha de ser una actitud constante; porque uno sólo es el Maestro y Señor: Jesús. Para ahondar en este aspecto ver a MURRAY, Robert. La Iglesia docente y la Iglesia pensante En: Selecciones de Teología. Barcelona. Vol. 30, No. 119 (julio-septiembre de 1991); p. 207-214.

¹⁷⁶ GARCÍA AHUMADA, Op. cit., p. 281.

¹⁷⁷ CT 12. Casi cien años atrás, León XIII había hablado de la Iglesia como Maestra en la Carta Encíclica: *Libertas praestantissimum*, sobre la libertad y el liberalismo, publicada el 20 de junio de 1888. En el número 20 dice: “Ahora bien: en materia de fe y de moral, Dios mismo ha hecho a la Iglesia partícipe del magisterio divino y le ha concedido el privilegio divino de no conocer el error. Por esto la Iglesia es la más alta y segura maestra de los mortales y tiene un derecho inviolable a la libertad de magisterio. Por otra parte, la Iglesia, apoyándose en el firme fundamento de la doctrina revelada, ha antepuesto, de hecho, todo el cumplimiento exacto de esta misión que Dios le ha confiado”. [En línea] http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_20061888_libertas_sp.html (Consultado el 25 de mayo de 2006).

¹⁷⁸ JUAN XXIII. Carta Encíclica *Mater et magistra* (15 de mayo de 1961). No. 1. En: MARTÍNEZ PUCHE, José A. Encíclicas del beato Juan XXIII. Madrid: Edibesa, 2000. p. 201-321. En adelante se citará MM y el número correspondiente.

Y, efectivamente, la Iglesia como Maestra que es, “con su luz ilumina, enciende, inflama; cuya voz monitorea, llena de sabiduría celestial, pertenece a todos los tiempos; cuya virtud siempre ofrece remedios tan eficaces y tan aptos a las crecientes necesidades de los hombres, a las angustias y necesidades de la vida presente”¹⁷⁹.

Esta Encíclica, *Mater et magistra*, de Juan XXIII es un paradigma en lo que respecta a la Iglesia como Maestra en el mundo; pero también, en otros momentos el Magisterio eclesial se ha referido a la Iglesia como Maestra. Lo ha afirmado el Concilio Vaticano II, en la Declaración sobre la libertad religiosa, *Dignitatis humanae*¹⁸⁰; Pablo VI¹⁸¹ y Juan Pablo II*.

Es conveniente una mención especial, por el tema de investigación que aquí ocupa, de la afirmación que Juan Pablo II hace en la Exhortación Apostólica Postsinodal sobre la formación de los sacerdotes en el mundo actual, la cual dice:

El presbítero debe ser también el signo visible de la solicitud de la Iglesia, que es Madre y Maestra. Y puesto que el hombre de hoy está afectado por tantas desgracias, especialmente los que viven sometidos a una pobreza inhumana, a la violencia ciega o al poder abusivo, es necesario que el hombre de Dios, bien preparado para toda obra buena (2 Tm 3,17), reivindique los derechos y la dignidad del hombre. Pero evite adherirse a falsas ideologías y olvidar, cuando trata de promover el bien, que el mundo es redimido sólo por la cruz de Cristo¹⁸².

¹⁷⁹ MM 70.

¹⁸⁰ Declaración sobre la libertad religiosa, *Dignitatis humanae*, No. 14. En: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Op. cit., p. 649-673.

¹⁸¹ PABLO VI. Carta Encíclica, *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964). No. 22. En: MARTÍNEZ PUCHE, Encíclicas de Pablo VI, Op. cit., p. 1-75.

* Son varios y distintos los momentos en que Juan Pablo II ha afirmado que la Iglesia es Maestra; unos ejemplos son los siguientes: Carta Encíclica *Redemptor hominis* (14 de marzo de 1979). 8 *reimpresión*. Bogotá: Paulinas, 2002. No. 12; Exhortación Apostólica Postsinodal *Reconciliatio et poenitentia* (2 de diciembre 1984); No. 12. En: GIL, C. y CASTAÑO, H. Documentos sinodales y Exhortaciones Apostólicas. Caracas: Trípode, 1994. p. 215-261; en adelante se citará RP y el número correspondiente; discurso del 13 de febrero de 1999, visita al Pontificio Seminario Romano Mayor con ocasión de la festividad de la virgen de la confianza. En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (19 de febrero de 1999); p. 5. [Edición en lengua española]; discurso, del 11 de septiembre de 1999, a los dirigentes y miembros de la fundación “*Centesimus agnus, pro pontifice*”. En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (17 de septiembre de 1999); p. 8. [Edición en lengua española].

¹⁸² JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica Postsinodal, *Pastores dabo vobis* (25 de marzo de 1992). No. 57. En: GIL, Op. cit., p. 381-488. En adelante se citará PDV y el número correspondiente.

Así pues, por lo dicho hasta aquí, se puede afirmar con certeza que, por mandato expreso de su Maestro Cristo el Señor, la Iglesia, en el cumplimiento de su misión evangelizadora, es Maestra y con la autoridad de su Fundador enseña a toda la humanidad. Sin embargo, es Maestra de modo peculiar para con el presbítero, para que éste sea signo visible de su Maestra la Iglesia, la cual lo es de su Maestro Jesús.

3.1.2 Evangelizar, un proceso rico, complejo y dinámico. Evangelizar es una sola acción sin división. Es un proceso rico y complejo¹⁸³ que comprende un conjunto de elementos constituyentes: la renovación de la humanidad, la evangelización de la cultura, el testimonio de los cristianos, el primer anuncio de Cristo el Salvador, la conversión y adhesión del corazón a Jesús y su Evangelio, la entrada en la comunidad, la acogida de los signos sacramentales, la promoción del desarrollo humano y el ejercicio de la caridad¹⁸⁴. Todos estos elementos son complementarios y mutuamente enriquecedores.

Pero la evangelización, además de ser un proceso rico y complejo, es un proceso dinámico que se despliega en tres momentos que están en mutua relación¹⁸⁵, son complementarios y se integran en un conjunto que son mucho más que la suma de todos ellos. Además, este proceso rico, complejo y dinámico se puede ver y describir en clave de discipulado.

- Primero: el kerigmático o primer anuncio, también llamado misionero. Es la dimensión en la que se llama a la fe y se suscita la conversión. Esta acción misionera tiene que ver con las preguntas referentes al sentido de la vida, la experiencia de las limitaciones y contradicciones de la condición humana, la ubicación de la pregunta religiosa y la conversión inicial; cuando la persona y el grupo tienen estas inquietudes la propuesta de Jesús y del discipulado es mejor comprendida y aceptada¹⁸⁶. Bien se puede hablar en esta etapa como la etapa del llamado al seguimiento. El hombre y la mujer son llamados, interpelados, son inquietados. Es una primera llamada expresa para seguir al Maestro Jesús. Una primera respuesta exige una manifestación de fe y una primera conversión.
- Segundo: el catequético, en donde se madura la fe inicial. Es el momento que fundamenta toda la vida cristiana. Esta etapa tiene un carácter de fundamentación y sistematización; para ello inicia el catecúmeno en la historia de la salvación, en los

¹⁸³ CT 18.

¹⁸⁴ EN 17-24; JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990). No. 41-50. En: MARTÍNEZ PUCHE, José A. Encíclicas de Juan Pablo II. Madrid: Edibesa, 1995. p. 711-863.

¹⁸⁵ DGC 64.

¹⁸⁶ SASTRE, Op. cit., p. 417.

valores evangélicos, en la celebración cristiana y en la vida de caridad. El objetivo de esta etapa es la conversión radical a Jesucristo como sentido de la vida¹⁸⁷. Esta etapa es la maduración del discípulo, es su formación y educación, es estar con el Maestro, para conocer su estilo de vida, su oración, sus exigencias y recompensas.

- Tercero: la dimensión pastoral. Es la acción pastoral la que alimenta la fe de la comunidad cristiana. Esta etapa pastoral educa de manera permanente en la fe y en la comunión fraterna; ayuda a madurar la síntesis fe-vida en la comunidad cristiana por el cultivo de la espiritualidad y la maduración del compromiso vocacional desde la vida teológica. “El bautizado, impulsado siempre por el Espíritu, alimentado por los sacramentos, la oración y el ejercicio de la caridad, y ayudado por las múltiples formas de educación permanente de la fe, busca hacer suyo el deseo de Cristo: *Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* (Mt 5,48). Es la llamada a la plenitud que se dirige a todo bautizado”¹⁸⁸. Esta es la etapa de la misión; es la etapa de vivir como el Maestro; y como discípulo ir y enseñar lo que se le ha enseñado para hacer más discípulos para el Maestro Jesús.

Los apóstoles al vivir este ciclo evangelizador, el cual les fue impartido por parte del mismo Jesús, realizan lo mismo que han recibido, es decir: proclaman, enseñan e invitan al compromiso por medio del amor*.

Y es que, efectivamente, “la Iglesia...recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino”¹⁸⁹. Es la tarea de evangelizar la misión esencial de la Iglesia, su “dicha y vocación propia, su identidad más profunda”¹⁹⁰.

Es claro, pues, que la identidad y la dicha de la Iglesia, de los discípulos, está en evangelizar, en proclamar a Cristo y constituir El Reino de Dios, El Reino de amor en

¹⁸⁷ Ibid.

¹⁸⁸ DGC 56.

* Benedicto XVI expresa este proceso evangelizador de la siguiente manera: “la naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (BENEDICTO XVI. Carta Encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005). Bogotá: San Pablo, 2006. No. 25).

¹⁸⁹ LG 5.

¹⁹⁰ EN 14.

realidades concretas históricas. Y al mismo tiempo, ser discípulos auténticos y hacer discípulos para el Maestro.

3.1.3 El presbítero evangelizador. Se ha afirmado que la misión, de evangelizar, es de toda la Iglesia. Ahora bien, el presbítero tiene una función que desempeñar en esta tarea evangelizadora. A este respecto la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, señala la insistencia con la que el Señor Jesús confía a los apóstoles la función de anunciar y enseñar la Palabra. Él los ha escogido (Jn 15,16; Mc 3,13-19; Lc 3,13-16), formado durante varios años de intimidad (Hch 1,21-22), constituido (Mc 3,14) y mandado (Mc 3,14-15; Lc 9,2) como testigos y maestros autorizados del mensaje de salvación, y los Doce han enviado a su vez a sus sucesores que, en la línea apostólica, continúan predicando la Buena Nueva.

En efecto, los obispos, sucesores de los apóstoles, reciben en virtud de su ordenación episcopal, la autoridad para enseñar en la Iglesia la verdad revelada: son los maestros de la fe. Y a los obispos están asociados en el ministerio de la evangelización, como responsables a título especial, los que por la ordenación sacerdotal obran en nombre de Cristo, en cuanto educadores del Pueblo de Dios en la fe, predicadores, siendo además ministros de la Eucaristía y de los otros sacramentos¹⁹¹. Es, entonces, según palabras de Pablo VI que en el ministerio de la evangelización, el presbítero es maestro en la fe, y lo desempeña predicando, celebrando la Eucaristía y los demás sacramentos y educando en la fe. Así, lo afirma la Exhortación citada al decir que los presbíteros, unidos a su obispo, “han sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor (1 Ts 2,9)..., para proclamar con autoridad la Palabra de Dios; para reunir al Pueblo de Dios que estaba disperso; para alimentar a este Pueblo con los signos de la acción de Cristo que son los sacramentos, para ponerlo en el camino de la salvación; para mantenerlos en la unidad; para animar sin cesar a esa comunidad reunida en torno a Cristo”¹⁹². Estas palabras pronunciadas por Pablo VI, remiten a la acción que Dios realizó como auténtico Maestro de Israel: reunió al pueblo, le manifestó sus maravillas, le dio la Torá, y lo condujo a la tierra que mana leche y miel. A la vez, remiten a Jesús que anuncia con autoridad la presencia de Dios-Amor e invita a que los hombres y mujeres formen una sola familia mediante la vivencia del amor. Es, esta acción, la misma que Dios lleva a cabo hoy por medio de sus enviados.

Esta función de los presbíteros en la evangelización como maestros en la fe, la expresan las palabras de Agostino Favale, que sintetizan esta labor de los presbíteros en la misión esencial de la Iglesia, es decir, en la evangelización. El autor mencionado dice: la recepción del sacramento del orden, capacita al presbítero para ejercer un servicio pastoral que se ramifica en tres funciones o tareas. En primer lugar, la función de convocar, reunir y

¹⁹¹ EN 68.

¹⁹² EN 68.

edificar la Iglesia mediante la proclamación de la Palabra de Dios y garantizar la autenticidad de este anuncio y su correcta actualización. En segundo lugar, la función que concierne a la celebración de los sacramentos. Por el sacramento del bautismo ya están todos los cristianos en condiciones de ofrecer una oblación aceptable a Dios, es decir, el sacrificio que ratifica el pacto de alianza entre Dios y su pueblo; pero es en la celebración eucarística donde llega a su perfección este sacrificio, porque se une al sacrificio de Cristo por medio del ministerio de los presbíteros. Lo mismo puede decirse de los demás sacramentos. Y, en tercer lugar, la función de guiar y educar al pueblo de Dios. Los presbíteros están en medio de sus hermanos en la fe como sacramento de Jesús Salvador, pero también como signos e instrumentos de Jesús, que lleva siempre en sí mismo la conciencia de ser el siervo del Señor. Es el Señor quien continúa estando presente, reuniendo, santificando y dirigiendo a su pueblo. Los presbíteros están llamados a unirse a él, para hacerlo visible, para actuar con él y por medio de él; de esta manera actualizan los frutos de la salvación¹⁹³. Y de esta forma, unidos a Jesús y a ejemplo suyo, actúan en su nombre como maestros.

Concluyendo se puede decir que el servicio pastoral, mira a la vez y nunca de manera separada, el anuncio de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la guía y educación de la comunidad. Se refleja aquí, en el ministerio de los presbíteros, los pasos del proceso de la evangelización, el kerigma= anuncio de la Palabra; la catequesis= anuncio de la palabra y sacramentos; y acción pastoral= guía y educación de la comunidad eclesial. Al mismo tiempo, manifiesta la actividad que realiza para vivir el discipulado como hombre de fe y llevarlo a la práctica, haciendo discípulos a todas las gentes, esto es, llamando enseñando y enviando a la misión. Todo esto lo desempeña el presbítero en cuanto maestro en la fe, porque actúa en nombre de Jesús el Maestro por excelencia.

3.2 EL PRESBITERO, MAESTRO EN LA COMUNIDAD ECLESIAL

3.2.1 El presbítero es maestro en la fe. Una tarea específica que Jesús encomienda a los discípulos es “Id y enseñad”. Los discípulos tienen la misión de enseñar lo que el Maestro les ha enseñado*. Es verdad que no se menciona específicamente el término maestro, pero se deduce a partir de la acción de enseñar. Por otro lado, se ha dicho en el segundo capítulo que la enseñanza es una tarea específica de los presbíteros*. Por tanto es coherente

¹⁹³ FAVALE, Agostino. El ministerio presbiteral. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1989. p. 111.

* Ver el numeral 2.5.1 de esta investigación.

* Ver el numeral 2.5.4 de esta investigación.

llamarlos maestros^{**}, pero sin olvidar, que se le llama maestros al estilo de Cristo que manifiesta su ser de Maestro en el servicio.

El Concilio Vaticano II y los documentos del Magisterio postconciliar, llaman al presbítero maestro. El fundamento de esta nominación es Dios mismo. La Constitución *Lumen gentium* dice que “Dios envió a su Hijo, a quien nombró heredero de todo (Hb 1,2) para que sea Maestro, Rey y Sacerdote de todos”¹⁹⁴. Respecto a esta cita, Gisbert Greshake comenta que estos ministerios o, mejor dicho, estas dimensiones de la actividad de Cristo no deben considerarse como formas aditivamente yuxtapuestas de la aparición en público y de la actuación de Cristo. Estos tres ministerios indican tres aspectos complementarios de su actividad creadora de unidad: por medio de su palabra, Jesús congrega a los hombres y les proclama el amor del Padre; por medio del sacrificio sacerdotal de su vida, es quebrantado el poder del mal, un poder desintegrante y destructor de la unidad, y se ofrece a Dios el verdadero sacrificio de alabanza; por medio de su condición de pastor, Jesús mantiene unida a la comunidad de sus discípulos y les da forma, orientación y los dirige por el camino. Pues bien, sin perjuicio de que estas tareas prosigan en el pueblo entero de Dios, si el ministerio eclesiástico representa de manera especial a Cristo mismo, esto sucede igualmente bajo la triple perspectiva de la labor docente, de la labor sacerdotal de santificar y de la tarea de dirigir. Estas tres tareas corresponden indivisiblemente, todas ellas al ministerio eclesiástico¹⁹⁵. Por lo que dicta el Concilio y por lo comentado por Greshake, es entonces válido decir que el presbítero es maestro, por su unión con Jesús el Maestro.

Además, por su parte, el Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros, *Presbyterorum ordinis*, dice que “Los presbíteros... por la sagrada ordenación y misión que reciben de los obispos, son promovidos para servir a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, participando en su ministerio”¹⁹⁶. Nuevamente se llama claramente a los presbíteros maestros, pero se enfatiza, sólo en la medida que sirven a Cristo Maestro y sólo así.

^{**} En la presente investigación se quiere verificar que el presbítero es maestro en la fe, siguiendo el ejemplo del único Maestro, Jesús y sólo de esta manera. Pero no hay que ignorar que existen reparos en llamar al presbítero maestro; un ejemplo es la opinión siguiente: “el ejercicio del ministerio ha consistido fundamentalmente en un ministerio de enseñante, de adoctrinamiento, con el consiguiente ejercicio de poder que da el conocimiento. Desde ahí ha sido fácil el paso al ministro hinchado (Cfr. 1Co 8,1), arrogante con conciencia de intelectual, de sabio, de tener respuesta para todo y para todos, de poseedor de la verdad” (RUBIO MORÁN, Luis. Evangelizadores siglo XXI. Los cristianos presbíteros, evangelizadores. *En*: Seminarios. Madrid. Vol. 44, No. 151 (enero-marzo de 1999); p. 34-35). Teniendo en cuenta esta opinión se quiere recalcar que esta investigación quiere profundizar en el significado auténtico de ser maestro a ejemplo del Maestro Jesús.

¹⁹⁴ LG 13.

¹⁹⁵ GRESHAKE, Gisbert. Ser sacerdote hoy. Teología, praxis pastoral y espiritualidad. Salamanca: Sígueme, 2003. p. 88.

¹⁹⁶ Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros, *Presbyterorum ordinis*, No. 1. *En*: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Op. cit., p. 390-439. En adelante se citará PO y el número correspondiente.

No obstante, no se debe olvidar que esta manera de ser llamados se realiza junto con todos los fieles, discípulos del Señor: “Los sacerdotes del Nuevo Testamento, por razón del sacramento del orden, ejercen sin duda en el Pueblo y para el Pueblo de Dios una función importantísima y necesaria de padres y maestros. Sin embargo, junto con todos los cristianos son discípulos del Señor que participan de su Reino por la gracia de la llamada de Dios”¹⁹⁷. Y además, los presbíteros han de tener como ejemplo a Jesús “Los presbíteros...han de presidir de tal manera que, sin buscar sus propios intereses, sino los de Cristo, colaboren con los laicos y se porten en medio de ellos a ejemplo del Maestro, que entre los hombres *no vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida en rescate por muchos* (Mt 20, 28)”¹⁹⁸.

Y también, en la misma acción de enseñar la Palabra los presbíteros se asemejan a Jesús Maestro: “en la acción misma de transmitir la palabra han de unirse íntimamente con Cristo Maestro y dejarse guiar por su Espíritu”¹⁹⁹. Es obvio, según las palabras conciliares, que los presbíteros que enseñan la Palabra son maestros en cuanto que se unen íntimamente a Jesús el único Maestro.

Por otro lado, en documentos posteriores al Concilio, hay una mención explícita del presbítero como maestro en la fe. Por ejemplo Juan Pablo II, al hablar de los presbíteros como agentes de la pastoral familiar, afirma:

El sacerdote o el diácono preparados adecuada y seriamente para este apostolado [pastoral familiar], deben comportarse constantemente, con respecto a las familias, como padre, hermano, pastor y maestro, ayudándolas con los recursos de la gracia e iluminándolas con la luz de la verdad. Por lo tanto, su enseñanza y sus consejos deben estar siempre en plena consonancia con el Magisterio auténtico de la Iglesia de modo que ayude al pueblo de Dios a formarse un recto sentido de la fe, que ha de aplicarse luego en la vida concreta²⁰⁰.

Y también como ministro de los sacramentos el presbítero hace presente a Jesús Maestro:

¹⁹⁷ PO 9.

¹⁹⁸ PO 9.

¹⁹⁹ PO 13.

²⁰⁰ JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981). No. 73. En: GIL, Op. cit., p. 139-214.

Como en el altar donde celebra la Eucaristía y como en cada uno de los Sacramentos, el Sacerdote, ministro de la Penitencia, actúa *in persona Christi*. Cristo, a quien él hace presente, y por su medio realiza el misterio de la remisión de los pecados, es el que aparece como hermano del hombre, (Mt 12,49s.; Mc 3,33s.; Lc 8,20s.; Rm 8,29) pontífice misericordioso, fiel y compasivo, (Hb 2,17; 4,15.) pastor decidido a buscar la oveja perdida, (Mt 18,12s.; Lc 15,4-6.) médico que cura y conforta, (Lc 5,31s.) maestro único que enseña la verdad e indica los caminos de Dios, (Mt 22,16) juez de los vivos y de los muertos, (Hch 10,42) que juzga según la verdad y no según las apariencias²⁰¹.

Y, del mismo modo, en lo que respecta a la oración, el presbítero es llamado maestro: “un aspecto, ciertamente no secundario, de la misión del sacerdote es el de ser *maestro de oración*”²⁰².

Lo dicho anteriormente exige, como causa lógica, que en la formación del presbítero se acentúe la formación para ser maestro, a ejemplo de Jesucristo. Juan Pablo II dice al respecto: “un estudio respetuoso del carácter rigurosamente científico de cada una de las disciplinas teológicas contribuirá a la formación más completa y profunda del pastor de almas como maestro de la fe; por otro lado, una adecuada sensibilidad en su aplicación pastoral hará que sea el estudio serio y científico de la teología verdaderamente formativo para los futuros presbíteros”²⁰³.

Concluyendo, se puede afirmar que así como Jesús fue llamado Maestro, el presbítero también es llamado Maestro. Lo hace el Magisterio del Concilio Vaticano II y del mismo modo el Magisterio postconciliar.

3.2.2 Formación del maestro. Hoy en día para desempeñar un trabajo, una función o un servicio en bien de otros, es necesaria una preparación, una formación. Se ha constatado que el presbítero lo es, principalmente, por la llamada que Cristo hace de él, pero esto no excluye una formación, para que desempeñe las tareas que le son propias a su ministerio. Considerando que son varias las funciones que desempeña, aquí se enfoca - el aspecto formativo - solamente a la tarea de maestro, lo cual no es ajeno a ninguna de sus demás funciones en la Iglesia.

²⁰¹ RP 29.

²⁰² PDV 47.

²⁰³ PDV 55.

Es un hecho, al presbítero le es necesaria una formación auténticamente personal, tanto en el aspecto humano como en el aspecto sobrenatural, para que él pueda expresar todos los aspectos de su vocación y de su “rol” de “educador en la fe”²⁰⁴.

En este sentido la formación adquirida en el seminario es sumamente importante. En esta perspectiva el Decreto sobre la formación sacerdotal, *Optatam totius*, manifiesta la importancia que los padres conciliares conceden a la formación. De manera general exponen: “Los Seminarios Mayores son necesarios para la formación sacerdotal. En ellos, toda la formación de los alumnos debe estar orientada a formarlos como auténticos pastores de almas, a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor”²⁰⁵.

Y, al hablar del fomento de la formación específicamente pastoral, el Decreto *Optatam totius* dice lo siguiente: “La preocupación pastoral que debe estar presente en toda la formación de los alumnos, exige además, que estos se formen diligentemente en todo lo que se refiere de modo peculiar al ministerio sagrado, especialmente en la catequesis y predicación, en el culto litúrgico y en la administración de los sacramentos, en las obras de caridad, en la misión de ayudar a los que están en el error y a los no creyentes y en las demás tareas pastorales”²⁰⁶.

Ahora bien, esta formación en el seminario es, como ya se mencionó, de suma importancia, pero no es suficiente. La formación no termina en la ordenación*. El Concilio lo expone

²⁰⁴ GERARDI, Renzo. El ministerio pastoral del presbítero. Valencia: Edicep. C.B., 1989. p. 31. Los presbíteros han de ser educadores en la fe, así lo afirma el Decreto *Presbyterorum ordinis*: “en la edificación de la Iglesia..., atañe a los sacerdotes, en cuando educadores en la fe, procurar personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó” (PO 6). Y más adelante el mismo documento afirma: “rigiendo y apacientando el Pueblo de Dios, se ven impulsados por la caridad del Buen Pastor a entregar su vida por sus ovejas, preparados también para el sacrificio supremo, siguiendo el ejemplo de los sacerdotes que, incluso en nuestros días, no rehusaron entregar su vida; siendo educadores en la fe” (PO 13).

²⁰⁵ Decreto sobre la formación sacerdotal, *Optatam totius*, No. 4. En: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Op. cit., p. 440-464. En adelante se citará OT y el número correspondiente.

²⁰⁶ OT 19.

* En este sentido vale la pena decir que la maduración personal es una tarea que se prolonga a lo largo de toda la vida. Si esto es así, la formación como el mismo ser personal es un proceso, siempre inacabado: más que algo conseguido es un quehacer. Esto hace que la formación sea algo permanente. Sólo a partir de esta aceptación originariamente amplia se podrán luego dividir los tiempos de la formación misma en periodos, cada uno con sus características diversas y su mayor o menor relevancia. Pero sólo del concepto de formación permanente se puede derivar o deducir el de formación inicial, no al contrario. La formación permanente no es lo que viene después de la formación inicial, sino lo que –por paradójico que pueda parecer- la precede y hace posible. Es aquí desde y donde adquiere sentido y fundamento la formación inicial (YUSTA SAINZ, Jesús. Formación. En: PROFESORES DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE BURGOS. Diccionario del sacerdocio. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005. p. 311).

con estas palabras: “la formación sacerdotal...debe continuarse y perfeccionarse incluso una vez terminado el ciclo de los estudios en el seminario”²⁰⁷. Es, pues, necesaria para una verdadera y propia cualificación, una ulterior formación teológica y pastoral. Y ésta no se puede limitar a un período o a un problema: debe ser permanente, según el dinamismo exigido por el hombre siempre en evolución, y por la incesante necesidad de leer los signos de Dios en la historia²⁰⁸.

Y Juan Pablo II afirma de manera clara que:

La formación permanente es expresión y exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser. Es, pues, amor a Jesucristo y coherencia consigo mismo. Pero es también un acto de amor al Pueblo de Dios, a cuyo servicio está puesto el sacerdote. Más aún, es un acto de justicia verdadera y propia: es el deudor para con el Pueblo de Dios, pues ha sido llamado a reconocer y promover el derecho fundamental de ser destinatario de la Palabra de Dios, de los sacramentos y del servicio de la caridad, que son el contenido original e irrenunciable del ministerio pastoral del sacerdote. La formación permanente es necesaria para que el sacerdote pueda responder debidamente a este derecho del Pueblo de Dios²⁰⁹.

Y efectivamente, la formación permanente aparece hoy especialmente como una función esencial en la Iglesia, si quiere cumplir con su misión de anunciar el Evangelio a los hombres situados en contextos sociales, históricos y culturales nuevos y comunicar la Palabra de Dios en un lenguaje inteligible a los hombres de hoy. En lo que respecta al presbítero, su formación permanente en lo intelectual, espiritual y pastoral [y en lo humano] es obvia, para estar a la altura de la misión de la Iglesia en el mundo de hoy.

La formación permanente ayuda al presbítero para que:

- En su misión de educar al pueblo cristiano sea capaz de anunciar proclamar y enseñar el Evangelio al mundo de hoy sin ruptura y sin disminución de la fe.
- En su tarea misionera de evangelizar en este mundo actual, sea apto en su lenguaje y en su forma de vida.

²⁰⁷ OT 22.

²⁰⁸ GERARDI, Op. cit., p. 31.

²⁰⁹ PDV 70.

- En su vida personal y pastoral, de testimonio de fe²¹⁰.

Por lo dicho, se puede concluir que el presbítero, maestro en la fe, llamado por Dios para ejercer el ministerio en la Iglesia y para la Iglesia, requiere de una preparación inicial; ha de ser formado maestro en la fe. Pero esta formación no termina en el seminario, ha de ser permanente, para expresar su fidelidad a Dios y a la Iglesia y para saber responder a los signos de los tiempos de hoy.

3.2.3 Enseñanza central del presbítero: el Reino. Jesús Maestro tenía una enseñanza central: el Reino de Dios, anunciaba de manera constante el Reino, y para eso había venido. Proclamar el Reino es la primera y la más importante tarea de Jesús*. Corresponde analizar ahora cuál es el centro de la enseñanza del presbítero.

Una primera respuesta se encuentra en las palabras que transmite el evangelista Mateo: *Id y enseñad* (Mt 20,28), éstas son una evidencia clara de que la encomienda de Jesús a los discípulos, a la Iglesia, es enseñar lo que él les ha enseñado. Jesús enseñó principalmente el Reino, entonces esa es la misión y tarea de la Iglesia; el presbítero por ser parte de esta Iglesia y por desempeñar un ministerio en nombre de Cristo, tiene también esta tarea: anunciar el Reino**.

Y en efecto, en la Iglesia todos anuncian el Reino de Dios. “Por eso la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador, observando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia, recibe la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios. Ella constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra. Mientras va creciendo poco a poco, anhela la plena realización del Reino y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria”²¹¹.

²¹⁰ CEBALLOS ATIENZA, Antonio. El sacerdote, educador en la fe del pueblo. Necesidad de una formación permanente. En: Surge. Vitoria. Vol. 42, No. 442-443 (julio-septiembre de 1984); p. 323-324.

* Ver el numeral 2.4.2 de esta investigación.

** La Congregación para el Clero en su documento “El presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad”, menciona que los esfuerzos de los pastores, por ende presbíteros, han de ser para el Reino: “La meta de nuestros esfuerzos es el Reino definitivo de Cristo, la recapitulación en Él de todas las cosas creadas. Y aunque esa meta sólo será plenamente alcanzada al final de los tiempos, ya ahora está sin embargo presente a través del Espíritu Santo vivificador, por medio del cual Jesucristo ha constituido su Cuerpo, que es la Iglesia, como sacramento universal de salvación” (CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. El presbítero, maestro de la palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el tercer milenio cristiano. En: Seminarios. Madrid. Vol. 45, No. 153 (julio-septiembre de 1999); p. 344.

²¹¹ LG 5.

Se ha hablado de la elección, que Dios hace para que algunos miembros del pueblo sean ministros. Ahora bien, al hablar de la enseñanza central del presbítero, se dice que la elección lleva a un descentramiento radical. La carrera del ministro ya no es la de los notables o los poderosos, sino una lucha incesante por el Reino de Dios y su justicia. El llamado encuentra su realización en el hecho de haber sido asociado al anuncio evangélico, a la evangelización y defensa de los que no cuentan²¹². Al hablar de incesante se está haciendo alusión a algo permanente, no es ocasional. Por tanto, el presbítero de manera continua ha de enseñar el Reino presente. Esto implica la presencia de Dios-Amor presente en la persona de Jesús y la llamada a vivir como verdaderos hermanos unidos por el amor.

3.2.4 Destinatarios de la enseñanza: los pobres y excluidos. La Constitución dogmática *Lumen gentium* expone: “la Iglesia abraza con amor a todos los que sufren bajo el peso de la debilidad humana; más aún, descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y sufriente, se preocupa de aliviar su miseria y buscar servir a Cristo en ellos”²¹³.

Por su parte, el Decreto *Presbyterorum ordinis*, al hablar de los cuidados que los presbíteros deben tener para el Pueblo de Dios dice: “Aunque los presbíteros se deben a todos, sin embargo tienen encomendados de una manera especial los pobres y los más débiles, con los que el Señor mismo se muestra unido y cuya evangelización se da como signo mesiánico”²¹⁴. No hay que olvidar que el concepto originario de Evangelio está relacionado con los pobres y olvidados, es ante todo Buena Nueva dirigida a ellos (Lc 4,16s). El sacerdote es, desde esta perspectiva, el hombre que está para aquellos que no tienen a nadie²¹⁵. Esta expresión de Joseph Ratzinger “aquellos que no tienen a nadie” se identifica con la exclusión. De hecho, la exclusión es una manera de identificar a los pobres, pero es algo más.

La exclusión no es lo mismo que la marginación y tampoco es lo mismo que la pobreza, sin embargo, se puede identificar a los excluidos con los pobres, porque ser pobre es hoy ser excluido. Así pues, la exclusión comprende la mayoría de los aspectos de la pobreza, pero va más allá, porque también implica cuestiones más amplias de no participación en la

²¹² BRAVO GALLARDO, Antonio. Hacia una vivencia más teologal del ministerio presbiteral. *En*: Sal Terrae. Santander. Vol. 84-6, No. 991 (junio de 1996); p. 468-469.

²¹³ LG 8.

²¹⁴ PO 6.

²¹⁵ RATZINGER, Joseph. El sentido del servicio sacerdotal. *En*: Selecciones de Teología. Barcelona. Vol. 08, No. 32 (octubre-diciembre de 1969); p. 340.

sociedad y en el desarrollo. Es, entonces, la exclusión social el rostro inquietante que está tomando la pobreza²¹⁶.

De manera general se puede decir que los excluidos son, como dicen algunos autores²¹⁷, la patente de una vida humana truncada en su identidad, en su actividad y en su convivialidad, es decir, en su “ser”, en su “hacer” y en su “convivir”. Se puede definir al excluido como el que no es nadie, no tiene a nadie y no tiene nada que hacer. Los excluidos son los que no tienen nombre, los que no tienen palabra y los que no tienen libertad, en suma, son simplemente los que no existen. Son toda esa gente a la que no se quiere ver, se rechaza, se oculta, se aparta, se ignora o simplemente se desaparece.

Los rostros de los excluidos son polifacéticos así lo manifiestan algunos autores, por ejemplo Juan Antonio Guerrero y Daniel Izuzquiza, describen seis “iconos tipo”; Juan N. García-Nieto, señala una lista de “nuevos pobres”; Nguyen Thai-Hop, presenta otra lista de excluidos clasificándolos en cinco niveles; Francisco Javier Vitoria, señala otra lista en lo que él llama el “planeta de los naufragos”; y finalmente, Luis de Sebastián habla de las “víctimas” de la globalización²¹⁸. De manera general los rostros mencionados son: los alcohólicos, esquizofrénicos, ancianos, enfermos de sida, drogodependientes, presos, expresos, delincuentes menores, heroinómanos, sicarios; esta amalgama de rostros, son de personas que le han perdido el sentido a la vida o están a un paso de perderlo, en su conciencia está la idea de “no soy nadie”. También se encuentran las personas migrantes, minusválidas, enfermas, analfabetos, indígenas, personas de color, mujeres con cargas familiares no compartidas - madres solteras, abandonadas, divorciadas, viudas, con esposos hospitalizados, emigrados o encarcelados -, pero principalmente las personas que viven sin “tener a nadie”, es decir, la gente de la calle, gente rara sin techo, sin hogar: vagabundos, indigentes, mendigos, locos, borrachos, niños de la calle, mujeres prostitutas. Finalmente se encuentran las personas que se ubican en sectores económicamente débiles o al margen de la transformación tecnológica: pequeños campesinos, jornaleros sin tierra, trabajadores eventuales, mano de obra barata, subempleados y desempleados; las personas sin “nada que hacer”.

²¹⁶ LOIS, Julio. Cristianismo y exclusión social. En: Iglesia viva. Valencia. No. 188 (1997); p. 165.

²¹⁷ GUERRERO, Juan Antonio e IZUZQUIZA, Daniel. Vidas que sobran. Los excluidos en un mundo en quiebra. Santander: Sal Terrae, 2004. p. 41-52; SOBRINO, Jon. La opción por los pobres: dar y recibir. En: VALENTINI, Dom Demetrio *et al.* ¿Es posible “otro mundo”? Reflexiones desde la fe cristiana. Bogotá: Amerindia, 2004. p. 104.

²¹⁸ GUERRERO, Op. cit., p. 41-62; GARCÍA-NIETO, Juan N. Pobreza y exclusión social. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 1987. p. 8-16; THAI HOP, Nguyen. Los excluidos, extraña criatura en una sociedad rica. En: Páginas. Vol. 20, No. 132 (abril de 1995); p. 36-42; VITORIA, F. Javier. Cristianismo beligerante con la injusticia. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2001. p. 10-11; SEBASTIÁN, Luis de. Víctimas de la globalización. En: CÁTEDRA DE TEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA DEL CMU CHAMINADE. La voz de las víctimas y los excluidos. Madrid: Fundación Santa María, 2002. p. 52-80.

A estas personas, con estos rostros, y muchas más ha de orientar de una manera especial la acción pastoral del presbítero, y en esa medida se asemejará a su Maestro; porque el servicio a los pobres y excluidos, así como la caridad, por parte del presbítero, es una clara expresión de las actitudes y del estilo de vida de Aquel que enriquece con su pobreza. El presbítero realiza su vocación de ser discípulo de Cristo Maestro en la medida que anuncia y sirve a su Señor en la persona de los pobres. Ahora bien, ha de entenderse el servicio a la caridad en el sentido de que a la vez que vive de la compasión del buen samaritano, se adentra en el corazón de la persona pobre y excluida y trata de rehabilitarle, de ayudarle a recobrar su dignidad personal y acompañarle en su camino para insertarlo responsablemente en la sociedad y respetando su libertad, estimularle a abrir el corazón a los valores del Reino y su proyecto de salvación sobre los hombres²¹⁹.

Pero además, hay que afirmar que el presbítero realiza la función de ser maestro, enseña con el ejemplo*, y también ha de ejercer la acción de enseñar y educar en el amor a los pobres y excluidos, porque si bien el protagonista de toda la acción social y del amor operante para con el pobre y excluido es toda la Iglesia, el presbítero, además de su amor operante, anima, acompaña y coordina las acciones caritativas y sociales que se realizan; estimula nuevas formas de actuación que respondan más adecuadamente a las nuevas pobrezas, y es aliento e impulso eclesial para la renovación del compromiso con los pobres²²⁰. Además, con el fin de que la comunidad se comprometa cada vez más, el presbítero lleva a los cristianos al compromiso vivo y operante, a favor de un mundo más justo, y fraterno, con especial atención a las necesidades de los más pobres. Una intervención no asistencial sino promocional que tiende a hacer que las personas se conviertan en sujetos de su propia liberación. Así el presbítero educa en la caridad²²¹.

Concluyendo, se dice, entonces, que en cuanto a los destinatarios de su enseñanza, el presbítero se debe a todos, pero tiene una especial predilección por los pobres y excluidos, a ejemplo de Jesús Maestro.

²¹⁹ DUQUE SÁNCHEZ, Felipe. Evangelización, doctrina social de la Iglesia y caridad pastoral en la vida y ministerio de los sacerdotes. En: Corintios XIII. Madrid. No. 78 (abril-junio de 1996); p. 72.

* En efecto, el presbítero ha de dar ejemplo con las palabras, pero también con su vida misma, es decir siendo pobre, confiando plenamente en la providencia de Dios, y en una vida - sino pobre - al menos sencilla (GRESHAKE, Op. cit., p. 411).

²²⁰ JARAMILLO RIVAS, Pedro. Prioridades y coordinación de la pastoral de la caridad en una Iglesia evangelizadora. En: Corintios XIII. Madrid. No. 80 (octubre-diciembre de 1996); p. 242 y DUQUE SÁNCHEZ, Op. cit., p. 52.

²²¹ CÁRITAS ITALIANA. Lo reconocieron al partir el pan. En: Corintios XIII. Madrid. No. 78 (abril-junio de 1996); p. 225-227.

3.2.5 Maestro con palabras. Una de las formas como se enseña es a través de las palabras. Yahveh el Maestro enseñó con palabras; Jesús el Maestro enseñó con palabras. Ahora corresponde escrutar algunas maneras concretas, a través de las cuales el presbítero es maestro en la fe con las palabras**.

3.2.5.1 Predicación. El presbítero, es, por naturaleza, un misionero: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,19-20); “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20,21). Se trata de una misión conferida por Cristo al presbítero por medio del obispo, que es el signo trascendente de la misma misión, y se expresa como triple mandato: de evangelización, en el ministerio de la Palabra; de santificación; de guía y de animación pastoral²²². El anuncio de la Palabra es la primera forma de la diaconía. Pero no se trata sólo de predicar: proclamar la Palabra de Dios significa anunciar las maravillas que Dios ha obrado, con la fuerza del Espíritu Santo²²³; más aún, predicar la Palabra es el elemento fundamental de la evangelización²²⁴; predicar la Palabra es predicar a Cristo y predicar a Cristo es predicar el Reino de Dios, ésta es la misión de la Iglesia - anunciar el Reino - y por ende la misión del presbítero.

El Concilio Vaticano II dice claramente que los presbíteros “en su cualidad de cooperadores de los obispos, tienen sobre todo el deber de anunciar a todos el Evangelio de Dios”²²⁵, porque la base de la vida cristiana, personal y comunitaria, es la fe, que es suscitada por la Palabra de Dios y se alimenta de ella²²⁶.

En la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, se señala que el presbítero es ministro de la Palabra, pero también indica que es de ella - la Palabra - de donde se ha de alimentar el presbítero.

** Una exposición amplia sobre el presbítero maestro de la palabra se encuentra en: CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. El presbítero, maestro de la palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el tercer milenio cristiano, Op. cit., p. 339-374. Por otro lado, conviene enfatizar lo que dice la constitución Dogmática sobre la divina revelación: “El ministerio de la palabra, que incluye la predicación pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana y en puesto privilegiado la homilía, recibe de la palabra de la Escritura alimento saludable y por ella da frutos de santidad” (DV 24).

²²² GERARDI, Op. cit., p. 37.

²²³ Ibid.

²²⁴ DGC 50.

²²⁵ PO 4.

²²⁶ JUAN PABLO II. Audiencia General (21 de abril de 1993). En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (23 de abril de 1993); p. 3. [Edición en lengua española].

El sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra; es ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión más profundas del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo. Por eso, el sacerdote mismo ha de ser el primero en tener una gran familiaridad con la Palabra de Dios...acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: la mente de Cristo (1Co 2,16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio. Solamente *permaneciendo* en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre, superando todo condicionamiento contrario o extraño al Evangelio (Cf. Jn 8,31-32). El sacerdote debe ser el primer *creyente* de la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son suyas sino de Aquél que lo ha enviado. Él no es dueño de esta Palabra: es su servidor. Él no es el único poseedor de esta palabra: es deudor ante el Pueblo de Dios. Precisamente porque evangelizar y para poder evangelizar, el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado²²⁷.

Cabe enfatizar que el presbítero, según las palabras de Juan Pablo II, se ha de caracterizar por una cercanía con la Palabra en actitud dócil y orante, además, ha de ser un creyente y servidor de la Palabra, y con una conciencia de estar permanentemente evangelizado.

Pero también, se debe tener en cuenta que la predicación se hace en la Liturgia, porque ésta, junto con la Sagrada Escritura son las fuentes de la predicación. Así lo afirma el Concilio Vaticano II: “Las fuentes principales de la predicación serán la sagrada Escritura y la Liturgia, ya que es una proclamación de las maravillas obradas por Dios* en la historia de la salvación o misterio de Cristo: misterio, que está siempre presente y activo en nosotros, particularmente en las celebraciones litúrgicas”²²⁸.

²²⁷ PDV 26. Así mismo, lo afirma Pablo VI cuando dice que “Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma [y] siempre tiene necesidad de ser evangelizada” (EN 15).

* Juan Pablo II habla de anunciar las maravillas de Dios, como una manera de evangelizar: “La conmemoración de ciertas fechas especialmente evocadoras del amor de Cristo por nosotros suscita en el ánimo, junto con el agradecimiento, la necesidad de anunciar las maravillas de Dios, es decir, la necesidad de evangelizar” (JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999). Bogotá: Paulinas, 1999. No. 1).

²²⁸ Constitución sobre la sagrada Liturgia, *Sacrosanctum concilium*, No. 35. En: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Op. cit., p. 182-225. En adelante se citará SC y el número correspondiente.

3.2.5.2 Catequesis. La catequesis, es una tarea eclesial, y es una parte destacada en la misión de evangelizar porque es un instrumento privilegiado de enseñanza y maduración de la fe²²⁹. Y en esta tarea el presbítero tiene una encomienda muy clara: la catequesis; la cual, forma parte de su naturaleza, de su identidad y de su misión²³⁰. El Concilio lo ha llamado maestro²³¹ y educador en la fe²³²; y lo es cabalmente en cuanto que dedica lo mejor de sus esfuerzos al crecimiento de las comunidades en la fe y la Iglesia espera del presbítero que no dejen nada por hacer con miras a una obra catequética bien estructurada y bien orientada²³³. Pero a la vez que desempeña su labor de educar en la fe, el presbítero, “sabiendo...que su sacerdocio presbiteral está al servicio del sacerdocio común de los fieles los presbíteros fomentan la vocación y la tarea de los catequistas ayudándoles a realizar una función que brota del bautismo y que se ejerce en virtud de una misión que la Iglesia les confía”²³⁴.

Maestro, y educador en la fe, el sacerdote hará que la catequesis, especialmente la de los sacramentos, sea una parte privilegiada en la educación cristiana de la familia, en la enseñanza religiosa, en la formación de movimientos apostólicos; y que se dirija a todas las categorías de fieles: niños, jóvenes, adolescentes, adultos y ancianos. Sabrá transmitir la enseñanza catequética haciendo uso de todas las ayudas, medios didácticos e instrumentos de comunicación, que puedan ser eficaces a fin de que los fieles - de un modo adecuado a su carácter, capacidad, edad y condición de vida - estén en condiciones de aprender más plenamente la doctrina cristiana y de ponerla en práctica de la manera más conveniente²³⁵.

²²⁹ CT 18. El Directorio General para la Catequesis habla de la catequesis como aquella acción por la que alguien, que movido por la gracia ha decidido seguir a Cristo, es introducido en la vida de la fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios. Pero también aclara que existe una catequesis permanente o educación permanente de la fe, y ésta se dirige a los cristianos iniciados en los elementos básicos, que necesitan alimentar y madurar constantemente su fe a lo largo de toda la vida. Es una función que se realiza a través de formas muy variadas: sistemáticas y ocasionales, individuales y comunitarias, organizadas y espontáneas (DGC 51).

²³⁰ PINTOR, Sergio. La formazione catechetica del presbitero, oggi. *En*: Via veritá e vita. Roma. No. 189 (settembre-ottobre di 2002); p. 8. Por su parte, Manuel José Jiménez, comenta que las tareas, que el presbítero tiene en la catequesis son: propiciar el conocimiento integral de la fe, la educación litúrgica, la formación moral, enseñar a orar e iniciar y educar a la vida comunitaria y a la misión (JIMÉNEZ, Manuel José. Catequesis para el tercer milenio. Bogotá: San Pablo, 2001. p. 18).

²³¹ PO 9.

²³² PO 6.

²³³ CT 64.

²³⁴ DGC 224.

²³⁵ CONGRACIÓ PARA EL CLERO. Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1994. No. 47. En adelante se citará DMVP y el número correspondiente.

Más en concreto las tareas propias del presbítero en la catequesis son las siguientes:

- Suscitar en la comunidad cristiana el sentido de la común responsabilidad hacia la catequesis, como tarea que a todos atañe.
- Cuidar la orientación de fondo de la catequesis y su adecuada programación.
- Fomentar y discernir vocaciones para el servicio catequético y, como catequista de catequistas, cuidar la formación de estos, dedicando a esta tarea sus mejores desvelos.
- Integrar la acción catequética en el proyecto evangelizador de la comunidad.
- Garantizar la vinculación de la catequesis de su comunidad con los planes pastorales diocesanos, ayudando a los catequistas a ser cooperadores activos de un proyecto diocesano común²³⁶.

Por otro lado, dos aspectos que ha de tener en cuenta el presbítero en la catequesis son: la catequesis de adultos* y el catecumenado.

En cuanto al primer aspecto: la catequesis de adultos recibe del Vaticano II un viraje decisivo y es a la vez, punto de arranque para nuevas orientaciones. En el Concilio existen exhortaciones, a que se tenga la catequesis de adultos, en la Constitución *Sacrosanctum concilium* (SC 64) y en los decretos *Christus dominus*** (CD 14) y *Ad gentes* (14).

En declaraciones postconciliares se encuentran menciones en el Directorio Catequístico General²³⁷ y en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*²³⁸. En la Exhortación

Ver también: CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO 2 *ed.* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1983. c. 779. En adelante se citará CIC y el canon correspondiente.

²³⁶ DGC 225.

* Un texto de mucha ayuda que clarifica la realidad pastoral de la catequesis de adultos y que ofrece indicaciones metodológicas para orientarse en el ámbito concreto de la acción pastoral es el siguiente: ALBERICH, Emilio y BINZ, Ambroise. Catequesis de adultos. Elementos de metodología. Madrid: CCS, 2005. 188 p.

** Decreto sobre la función pastoral de los obispos en la Iglesia, *Christus dominus*. En: CONCILIO CUMÉNICO VATICANO II, Op. cit., p. 353-389. En adelante se citará CD y el número correspondiente.

²³⁷ SAGRADA CONGRACIÓN PARA EL CLERO. Directorio catequístico general. Paraguay: CLAF-CELAM, 1972. No. 20 y 92-97.

Postsinodal *Catechesi tradendae*²³⁹ hay ya una consagración. Pero, es sobre todo en el Directorio General para la Catequesis, donde la acción de la catequesis de adultos recibe su definitiva consagración al afirmar que el catecumenado de adultos “ha de inspirar a las otras formas de catequesis” y que la catequesis de adultos es “la forma principal de catequesis”²⁴⁰. Por otro lado, en el capítulo sobre las distintas edades se da especial importancia a la catequesis de adultos²⁴¹. Y en relación con el proyecto diocesano de catequesis de la Iglesia Particular, se atribuye a la catequesis de adultos un papel de primacía absoluta²⁴².

Y por lo que respecta al catecumenado, éste es una de las instituciones más antiguas y básicas de la Iglesia, de carácter litúrgico, catequético y moral. Nació como etapa de preparación a la vida cristiana o proceso de iniciación que la Iglesia exige a los convertidos adultos para que se transforme su fe inicial en profesión de fe explícita, sacramentalmente celebrada en la comunidad cristiana pascual. Es entonces un proceso educativo. El Concilio Vaticano II lo refiere de manera muy puntual diciendo: “Restáurese el catecumenado de adultos”²⁴³. Esto implica la revisión del ritual del bautismo de adultos²⁴⁴; y de la confirmación²⁴⁵. Y así mismo afirma en que consiste el catecumenado diciendo: “no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino la formación y el noviciado debidamente prolongado de toda la vida cristiana, en los que los discípulos se unen a Cristo su

²³⁸ EN 8-12.

²³⁹ CT 43.

²⁴⁰ DGC 59.

²⁴¹ DGC 171-176.

²⁴² DGC 274.

²⁴³ SC 64.

²⁴⁴ SC 66.

²⁴⁵ SC 71. De referencia imprescindible es el documento oficial más importante sobre el catecumenado: el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, promulgado el 6 de enero de 1972 (COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA. Ritual de la iniciación cristiana de adultos. 5 ed. España: Alfredo Ortells, 1984). Casiano Floristán comenta, al respecto, que no es un mero ritual del bautismo, sino de la iniciación cristiana, tal como se da a entender en los preliminares del ritual (observaciones generales y observaciones previas); concibe la iniciación por etapas con objeto de progresar en la educación de la fe, y las cuatro etapas están jalonadas por tres momentos decisivos de revisión, evaluación y decisión (FLORISTÁN, Casiano. Para comprender el catecumenado, Op. cit., p. 113). Como elementos de apoyo para una comprensión del Ritual de la iniciación cristiana de adultos, se puede consultar: DUJARIER, Michel. Iniciación cristiana de los adultos. Comentario histórico y pastoral del nuevo Ritual. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1986. 203 p. y FLORISTÁN, Casiano. Para comprender el catecumenado, Op. cit., p. 117-125.

Maestro”²⁴⁶. Es, pues, el catecumenado una acción evangelizadora de vital importancia, tarea que corresponde a toda la comunidad y que el presbítero como pastor de la misma a de promover e impulsar*. Además, conviene recalcar que es una finalidad del catecumenado el que los discípulos se unan a su Maestro.

Es, entonces, obvia la atención que a estas dos realidades ha de poner el presbítero dentro de la comunidad creyente y para la comunidad.

3.2.5.3 Homilía. José Aldazabal dice:

La homilía es la comunicación de la Buena Nueva dentro de la celebración litúrgica, que es su ámbito propio. Es una exhortación a que lo que se cree ya globalmente (como evangelizados) y se va entendiendo en profundidad (como catequizados) vaya calando en nuestra mentalidad y se lleve a la práctica en la vida, siguiendo el mensaje de las lecturas escuchadas. El verbo griego es *omiléo*, que significa *platicar*, y se refiere a un estilo de comunicación fraterna²⁴⁷.

La homilía asume un papel importante en el anuncio de la Palabra. Ella es un anuncio pleno de la Buena Nueva, y por eso supone y contiene las otras formas de predicación*, sin suprimirlas ni suplirlas; pero teniendo un carácter litúrgico, la homilía es una forma original y específica insustituible²⁴⁸. La Iglesia la recomienda constantemente y desde diversos puntos de vista. Concretamente el Concilio Vaticano II ha señalado su importancia y valor: “se recomienda encarecidamente la homilía como parte de la misma liturgia; en ella, durante el curso del año litúrgico, a partir del texto sagrado, se exponen los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana”²⁴⁹. Y el Directorio general para la catequesis dice que el ministerio de la Palabra de Dios “se expresa de modo eminente a través de la homilía”²⁵⁰.

²⁴⁶ AG 14.

* A los obispos se les recomienda encarecidamente una preocupación catecumenal cuando dice: “Tienen que esforzarse...en restablecer el catecumenado de adultos” (CD 14). Y en lo concerniente a los presbíteros se dice lo siguiente: el presbítero tiene “especialmente encomendados los catecúmenos y neófitos, a los que hay que educar gradualmente” (PO 6).

²⁴⁷ ALDAZABAL, José. El ministerio de la homilía. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2006. p. 23-24.

* Al hablar de estas formas de predicación se hace referencia al kerigma, la catequesis y a la acción pastoral.

²⁴⁸ GERARDI, Op. cit., p. 46.

²⁴⁹ SC 52.

²⁵⁰ DGC 51.

Es, según la enseñanza de la Iglesia, la homilía tarea del presbítero, por que si bien,

Aunque otros fieles no ordenados lo superaran en elocuencia, esto no anularía el hecho de que es representación sacramental de Cristo, cabeza y pastor, y de esto deriva sobre todo la eficacia de su predicación. La comunidad parroquial necesita esta eficacia, especialmente en el momento más característico del anuncio de la Palabra por parte de los ministros ordenados: precisamente por esto la proclamación litúrgica del Evangelio y la homilía que la sigue están reservadas ambas al sacerdote²⁵¹.

En el proceso evangelizador, el kerigma o primer anuncio, ciertamente precede a la homilía; este primer anuncio tiene como fin suscitar la fe, la adhesión a Cristo y la conversión. El segundo momento o catequesis, supone el kerigma y lo desarrolla sistemáticamente. La homilía, que es la explicación litúrgica de la Palabra de Dios, sigue, iluminando e interiorizando la adhesión a la fe, manteniendo la fe de conversión y madurando la fe de doctrina.

Dice Renzo Gerardi que la homilía es la predicación litúrgica por excelencia, es la predicación total y, en cierto modo, resume las otras formas de predicación, previas o consiguientes a la Liturgia. Así mismo dice que la homilía debe atender siempre a cuatro funciones: apostólica, catequética, profética y mistagógica.

- Apostólica porque es anuncio que despierta y acrecienta la fe.
- Catequética, porque es profundización de la elección de la fe a la luz de la historia de la salvación.
- Profética, porque en la misma - homilía - la Palabra de Dios alcanza al hombre de hoy para provocar en él una respuesta personal.
- Mistagógica, porque es mediadora entre la Palabra y el sacramento, e introduce a los componentes de la asamblea litúrgica en la celebración del misterio²⁵².

Y José Aldazabal afirma que en el marco eclesial de la evangelización, “aparece la homilía como factor muy notable, que ilumina, que ayuda a madurar, progresivamente en la fe. La

²⁵¹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. El presbítero pastor y guía de la comunidad parroquial. No. 4. [En línea]
http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/clergy/documents/rc_con_cclergy_doc_20020804_istruzi_one-presbitero_sp.html (Consultado el 26 de mayo de 2006).

²⁵² GERARDI, Op. cit., p. 47.

homilía nos educa a todos a tomar en serio y acoger en nuestra vida la Palabra de Dios, a comprometernos en el proyecto salvador que Dios nos ofrece, a lograr la unidad entre la fe que profesamos, el sacramento que celebramos y la vida que vivimos”²⁵³.

Con este fin, el presbítero sentirá el deber de preparar - tanto remota como próximamente - la homilía litúrgica con gran atención a sus contenidos y al equilibrio entre parte expositiva y práctica, así como a la pedagogía y a la técnica del buen hablar, llegando incluso hasta la buena dicción por respeto a la dignidad del acto y de los destinatarios²⁵⁴; y también debe ser adaptada a las necesidades de cada época²⁵⁵.

Cabe mencionar que el presbítero no tiene por misión, en el desarrollo de la homilía, callar al Pueblo de Dios, sino que, por el contrario, debe suscitar la conciencia del sacerdocio bautismal con su dimensión profética, y hacer lo posible para que se oiga la voz de quien tenga algo importante que decir. Sin duda en la preparación y revisión de la homilía es bueno que participen los laicos, en fraterna y sincera colaboración con el presbítero²⁵⁶.

Es, entonces, el presbítero, en la asamblea litúrgica, maestro en la fe, que mediante la homilía proclama y enseña la Palabra. En la homilía, el presbítero explica la Palabra, ilumina e interioriza la adhesión a la fe, mantiene la fe de conversión y madura la fe.

3.2.6 Maestro con obras. Junto a las palabras están los hechos que también enseñan, porque Yahveh ha enseñado con Palabras y obras, y Jesús de igual manera, fue poderoso en obras y Palabras*. Entonces, el presbítero al ser maestro en la fe, enseña con palabras pero también con obras.

3.2.6.1 Los sacramentos: maravillas de Dios. Toda la gracia y salvación son dones que brotan de Dios. En el Antiguo Testamento Dios manifestó a los israelitas sus acciones, acciones maravillosas, para darse a conocer. En el tiempo neotestamentario, Jesús

²⁵³ ALDAZABAL, Op. cit., p. 207. En esta obra citada, se encuentra una exposición muy completa y actualizada de la importancia de la homilía y la función que tiene en la educación en la fe del pueblo.

²⁵⁴ DMVP 46.

²⁵⁵ CIC 769.

²⁵⁶ GERARDI, Op. cit., p. 48.

* La Constitución dogmática sobre la divina revelación dice claramente que: “El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio” (DV 2).

manifestó la presencia del Reino de Dios, a través de sus milagros y de modo total con su persona. Ahora en el tiempo de la Iglesia, los sacramentos son las acciones mediante las cuales Cristo actualiza y comunica la eficacia salvífica de su único misterio de muerte y resurrección. Estos sacramentos son el fruto de la alianza nueva y eterna, por medio de los cuales Cristo prosigue su misión de reconciliar a los hombres con Dios²⁵⁷. Lo que con otras palabras puede decirse: seguir instaurando el Reino de Dios aquí y ahora.

En esta obra salvífica y santificadora, los presbíteros son colaboradores activos del Maestro por voluntad divina. El Decreto *Presbyterorum ordinis* dice:

Dios el único Santo y Santificador, quiso escoger como compañeros y colaboradores suyos a hombres que estuvieran al servicio de la obra de la santificación. Por eso Dios consagra a los presbíteros por medio del obispo, para que participando de manera especial del sacerdocio de Cristo, actúen en las celebraciones sagradas como ministros de Aquel que ejerce siempre por nosotros su función sacerdotal en la Liturgia por medio del Espíritu²⁵⁸.

Ahora bien, la realización de esta manifestación del Reino de Dios mediante los sacramentos se da de la siguiente manera. Por el bautismo se da el principio y el fundamento de esta alianza de salvación, es el sacramento que introduce a los hombres en el Pueblo de Dios²⁵⁹, germen del Reino de Dios. El perfeccionamiento de la alianza de salvación se da en la confirmación. Encuentra su culmen y la vez es fuente en la Eucaristía. El matrimonio y el orden sacerdotal significan y actualizan a su modo esta alianza salvífica. Y los sacramentos de la reconciliación y de la sagrada unción de los enfermos hacen referencia a la recuperación y vigorización de la salvación, pues el primero reconcilia a los pecadores con Dios y con la Iglesia y, por su parte, el segundo alivia y fortalece a los enfermos²⁶⁰.

Unas palabras, en especial, merece el sacramento de la Eucaristía porque la celebración eucarística es el centro de la asamblea de los fieles que preside el presbítero; los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras del apostolado están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan*. Además, la sagrada Eucaristía, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir Cristo mismo, Pascua y Pan de Vida, que da la vida a

²⁵⁷ FAVALE, Op. cit., p. 140-141.

²⁵⁸ PO 5.

²⁵⁹ PO 5.

²⁶⁰ FAVALE, Op. cit., p. 141.

* La Eucaristía ha sido llamada “fuente y cima de toda la vida cristiana” (LG 11).

los hombres por medio del Espíritu Santo²⁶¹. Se advierte claramente que la prioridad de la Eucaristía viene dada del hecho que en ella se contiene el mismo Cristo, realmente y sacramentalmente, sustancialmente²⁶².

Ahora bien, la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* dice que los presbíteros ejercen su verdadera función sagrada “sobre todo en el culto o en la comunidad eucarística. En ella actuando en la persona de Cristo y proclamando su Misterio, unen la ofrenda de los fieles al sacrificio de su Cabeza; actualizan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor (1 Co 11,26), el único sacrificio de la Nueva Alianza: el de Cristo”²⁶³.

A este respecto el decreto *presbyterorum ordinis* presenta dos afirmaciones fundamentales: primera: por la predicación apostólica del Evangelio, se convoca y se reúne el Pueblo de Dios, de manera que todos los que pertenecen a este Pueblo se ofrezcan a sí mismos como *sacrificio vivo, santo, agradable a Dios* (Rm 12,1); y segunda: por medio del ministerio de los presbíteros, se realiza a la perfección el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo único Mediador. Éste, en nombre de toda la Iglesia, por manos de los presbíteros, se ofrece incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que el Señor venga. A esto tiende y en esto se realiza a la perfección el ministerio de los presbíteros. En efecto, su ministerio, que comienza con el anuncio del Evangelio, saca su fuerza y eficacia del sacrificio de Cristo²⁶⁴.

Gisbert Greshake comenta que al hablar de la Eucaristía como aspecto central de la labor del presbítero no se trata sencillamente de la realización del sacramento, sino de que los participantes se abran al hecho de que están haciendo que Cristo hable y actúe literalmente, y que realice en ellos mismos y entre unos y otros la unidad recibida como fruto de la actividad de Cristo²⁶⁵. Es, pues, lo que se dice gozosamente: fuente y culmen de la vida cristiana, de donde brota y a donde llega la vida toda de la Iglesia.

²⁶¹ PO 5.

²⁶² GERARDI, Op. cit., p. 65.

²⁶³ LG 28; CEC 1566.

²⁶⁴ PO 2.

²⁶⁵ GRESHAKE, Op. cit., p. 312.

En cuanto a la dimensión educadora que han de desempeñar los presbíteros, en lo concerniente a la Eucaristía, además de suponer todas las rúbricas*, se destacan dos aspectos:

- En primer lugar: el presbítero debe enseñar a los fieles a ofrecer la víctima divina a Dios Padre en el sacrificio de la misa, y a hacer, en unión con esta víctima, la oferta de su propia vida. Los bautizados son como piedras vivas, que deben ser edificadas como templo espiritual y sacerdocio santo, “para ofrecer a Dios sacrificios espirituales agradables por medio de Jesucristo” (1 P 2,5). Así entendida, la vida entera del bautizado se convierte en acción de gracias.
- En segundo lugar: el presbítero ha de educar para que la Eucaristía sea comprendida como signo supremo de la comunión eclesial. Es necesario saber entrar en la comunidad eucarística tal como es, con todas las divisiones de cultura, de clase y de ideas existentes. Pero junto a las propias divisiones, es necesario dirigir también la tensión hacia la unidad, hacia aquella unidad que es gracia y don, pero también esfuerzo²⁶⁶.

Por otro lado, el presbítero sin bien no es el ministro de los siete sacramentos, si tiene una injerencia importante a la vez que celebra y catequiza, educa y enseña manifestando las maravillas de Dios.

En cuanto a la preparación de la celebración de cada uno de los sacramentos, se requiere una auténtica catequesis, es decir enseñanza*, “porque una forma eminente de catequesis es la que prepara a los sacramentos, y toda catequesis conduce necesariamente a los sacramentos de la fe”²⁶⁷. Y, esta catequesis, compete en primera instancia al presbítero ya que es el catequista de la comunidad y le corresponde cuidar el vínculo entre catequesis, sacramentos y liturgia²⁶⁸. Y además, una de las tareas fundamentales de la catequesis es la educación litúrgica, en la cual, “además de propiciar el conocimiento del significado de la

* Una detallada explicación de las rúbricas de la Eucaristía y sobre la manera de celebrarla, se encuentran en el Misal romano (CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. Misal romano. Barcelona: Coeditores Litúrgicos, 1991. p. 25-125).

²⁶⁶ GERARDI, Op. cit., p. 66.

* Una exposición de los diversos signos de cada sacramento y de su significado se encuentra en: CELAM. Ritual conjunto de los sacramentos. Bogotá: CELAM, 1976. 1497 p.

²⁶⁷ CT 23. Se puede afirmar que este texto está inspirado en las palabras de Pablo VI cuando dice: “La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe” (EN 47).

²⁶⁸ DGC 225.

liturgia y de los sacramentos^{**}, ha de educar a los discípulos de Jesucristo para la oración, la acción de gracias, la penitencia, la plegaria confiada, el sentido comunitario, la captación recta del significado de los símbolos..., ya que todo ello es necesario para que exista una verdadera vida litúrgica²⁶⁹.

Emilio Alberich, dice que la catequesis, al servicio de “la participación plena, conciente y activa en las celebraciones litúrgicas”²⁷⁰, cumple sus funciones en los diversos niveles de la realidad litúrgica; estos niveles son:

- En el aspecto celebrativo de la Liturgia, en cuanto acción simbólica, la catequesis debe ser iniciación en sus diversos ritos y formas expresivas.
- En el nivel místico de la Liturgia, en cuanto acción significativa y memorial de la historia de salvación, la catequesis ilustra las experiencias bíblicas y eclesiales evocadas por los ritos.
- En el aspecto litúrgico existencial, en cuanto expresión de la vida en el espíritu y de la existencia cristiana en el mundo, la catequesis debe ser educación de las convicciones y actitudes que sustentan tal vida: acogida, agradecimiento, comunión, responsabilidad²⁷¹, lo que bien se puede decir, educación en la fe.

Por último, la misma celebración es una enseñanza y una educación. El Concilio Vaticano II dice: “las ceremonias pueden ser hermosas...pero de poco valdrán si no están en función de educar a los hombres para alcanzar la madurez cristiana”²⁷². A este texto conciliar comenta Joseph Ratzinger: “todo formulismo litúrgico, toda autosatisfacción cúlrica es rechazada; el fin es el hombre”²⁷³.

Por lo dicho sobre los sacramentos, se concluye lo siguiente: el presbítero es maestro en la fe cuando realiza el ministerio de santificación. Él, al presidir la asamblea, actúa en nombre de Cristo, para manifestar las maravillas de Dios, en el aquí y ahora, es decir: levantar a los

^{**} Una clara y completa exposición de cada uno de los sacramentos de encuentran en el Catecismo de la Iglesia (CEC 1076-1666). También se puede consultar para su mayor y mejor comprensión a Jesús Espeja (ESPEJA, Jesús. Para comprender los sacramentos. Navarra: Verbo Divino, 1990. 170 p.).

²⁶⁹ DGC 85.

²⁷⁰ SC 14.

²⁷¹ ALBERICH, Emilio. Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental. Quito: Abya-Yala, 2003. p. 196-197.

²⁷² PO 6.

²⁷³ RATZINGER, Op. cit., p. 340.

caídos, dar de comer y beber a los hambrientos, anunciar la Palabra de amor y salvación. Y además, actúa también como maestro en la fe, cuando catequiza adecuadamente para la celebración de cada uno de los sacramentos y educa y enseña también en la celebración misma.

3.2.6.2 El servicio, distintivo del maestro. El Concilio Vaticano II indica que el ministerio de los presbíteros es un ministerio de “servicio al Pueblo de Dios”. Y este servicio surge de la misma misión de Cristo y tiende a la comunión²⁷⁴. Entonces, son los presbíteros ministros de la comunión y del servicio²⁷⁵. No puede entenderse de otra manera el ministerio sacerdotal, ya que Jesús fue en medio de los discípulos “como el que sirve” (Lc 22,27). Se constata, entonces, que su representación por medio del ministerio sacramental tiene que efectuarse únicamente en la forma del servicio²⁷⁶.

Una misión fundamental del presbítero es el servicio a la unidad de la Iglesia. La unidad de la Iglesia se realiza concretamente en la unidad de la confesión de fe, en la unidad de la celebración eucarística a la que dicen referencia los demás sacramentos, y en la unidad a través del servicio mutuo y comunitario del amor. De estas tres formas de realizarse que tiene la unidad en la Iglesia se deduce que el ministerio sacerdotal se ordena, de manera específica, al servicio de la Palabra, al servicio de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía, y a la *diakonía* mutua y comunitaria²⁷⁷.

El Concilio Vaticano II dice que “los presbíteros, consagrados por la unción del Espíritu Santo y enviados por Cristo, dan muerte a sí mismos a las obras de la carne y se entregan totalmente al servicio de los hombres *... [Así] el ejercicio del ministerio ** del Espíritu y de

²⁷⁴ LG 28.

²⁷⁵ LG 28; PO 8-11.

²⁷⁶ GRESHAKE, Op. cit., p. 127. Así mismo afirma Luis Rubio Morán cuando dice que la significación sacramental del Cristo Pastor-Siervo se realiza en la medida en que el presbítero se hace, como el propio Cristo, siervo de los hombres, humillándose, rebajándose, haciéndose esclavos de todos ellos. Y agrega, la vida espiritual de los ministros del Nuevo Testamento deberá estar caracterizada, por una actitud esencial de servicio al Pueblo de Dios (Mt 20,24s; Mc 10,43-44), ajena a toda presunción y a todo deseo de tiranizar la grey confiada (1 P 5,2-3) (RUBIO, Op. cit., p. 30).

²⁷⁷ KASPER, Walter. Nuevos matices en la concepción dogmática del ministerio sacerdotal. En: Concilium. Navarra. Vol. 5, No. 43 (marzo de 1969); p. 385.

* Respecto a la importancia del servicio en el desempeño del ministerio del presbítero, Lorenzo Trujillo comenta que “El presbítero existe para los fieles, no tiene otra razón de ser” (TRUJILLO, Lorenzo. Identidad sacerdotal y apoyos institucionales. En: Sal Terrae. Santander. Vol. 84-6, No. 991 (junio de 1996); p. 477).

la justificación consolidada, por tanto, su vida espiritual si son dóciles al Espíritu de Cristo que les da vida”²⁷⁸.

Joseph Ratzinger dice que el texto, de *Presbyterorum ordinis* No. 12, trata sobre todo la tensión entre interioridad y servicio y la respuesta que da el texto es la siguiente: santidad por el servicio, no junto a él; servicio como forma concreta de la santidad sacerdotal; el trabajo por los demás como forma de intimidad con Dios, del desgastarse en su servicio, del dejarse captar por él. Que esto sea así queda confirmado por la imagen del servicio que ofrece todo el Decreto y en concreto el capítulo segundo. Servicio es “evangelización”, entrega de la Palabra²⁷⁹ y del sentido que ella da, así como el amor que ella significa^{***}. Pero, el presbítero sólo puede evangelizar si vive en el Evangelio, en la proximidad de Dios. Inversamente: cuando el presbítero evangeliza, no lo hace sólo a los demás, sino que la Palabra también le concierne a él mismo²⁸⁰.

Así mismo, Pablo VI, afirma la esencialidad del servicio en la evangelización, cuando dice:

A los obispos están asociados en el ministerio de la evangelización, como responsables a título especial, los que por la ordenación sacerdotal obran en nombre de Cristo, en cuanto educadores del pueblo de Dios en la fe, predicadores, siendo además ministros de la Eucaristía y de los otros sacramentos. Todos nosotros, los Pastores, estamos pues invitados a tomar conciencia de este deber, más que cualquier otro miembro de la Iglesia. Lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da unidad profunda a la infinidad de tareas que nos solicitan a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica, es precisamente esta finalidad presente en toda acción nuestra: anunciar el Evangelio de Dios²⁸¹.

** El número 13 del Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros, *Presbyterorum ordinis*, afirma que el ejercicio de la triple función presbiteral - predicar y enseñar, santificar y guiar - requiere y favorece a un tiempo la santidad.

²⁷⁸ PO 12.

²⁷⁹ RATZINGER, Op. cit., p. 338.

^{***} De manera semejante afirma Heinrich Schlier, cuando dice que el servicio ministerial del apóstol consiste en la proclamación y presentación ante el mundo del Señor crucificado y resucitado, en la repetición y actualización - a través del Evangelio - de la entrega de Cristo para la edificación de la Iglesia (SCHLIER, Heinrich. El Ministerio sacerdotal en el NT. En: Selecciones de Teología. Barcelona. Vol. 08, No. 32 (octubre-diciembre de 1969); p. 324).

²⁸⁰ RATZINGER, Op. cit., p. 341-342.

²⁸¹ EN 68.

Los ministros sirven a Jesucristo y lo representan. La autoridad del presbítero en el Evangelio no es según el mundo, sino que sirve desde el último lugar. Jesús llamándoles les dice: “sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10,42-45). Igual que Jesús, el presbítero, está en medio de los discípulos como el que sirve, así deben estar los discípulos en medio de los cristianos. Jesús siendo el Maestro y Señor ha lavado como un siervo los pies a sus discípulos; y les exhorta a seguir este camino (Jn 13,12-16). Así, la autoridad ministerial debe ejercerse desde el Evangelio, adoptando actitudes de siervo*. El presbítero está llamado a conocer, querer, alimentar, cuidar, vigilar, defender, arriesgar la vida por las ovejas (Jn 3,16; Rm 8,32). El presbítero tiene encomendado el servicio de reunir a los cristianos como una fraternidad-comunidad, en su encargo de pastor para guiar la grey (1 P 5,21). Debe aprender a corregir y dejarse corregir, vigilando para que en la corrección no se introduzcan ni resentimientos ni ideologías, como un servidor humilde²⁸³. Además, “el único poder del presbítero es el servicio”²⁸⁴.

José Luis Illanes dice que el sacramento del orden no otorga al sacerdote una función de superioridad, sino de servicio: el sacerdocio ministerial se ordena al sacerdocio común, a su crecimiento, a su desarrollo. La vivencia espiritual del sacerdote connota, por eso, junto a un hondo sentido de la Iglesia, un particular olvido de sí: el sacerdote no tiene fin en sí mismo, sino en la Iglesia, mejor en Cristo, con el que debe conformarse cada cristiano²⁸⁵.

Así pues, la elección que Dios hace para que un miembro del pueblo sea presbítero, le confiere una identidad, una nueva manera de ser.

* Al igual que la vida de Cristo, también la del presbítero ha de ser una vida consagrada, en su nombre, a anunciar con autoridad la amorosa voluntad del Padre. Así fue el comportamiento del Maestro: sus años de vida pública estuvieron dedicados a hacer y enseñar (Hch 1,1), con una predicación llena de autoridad. Ciertamente esa autoridad le correspondía, ante todo, por su condición divina, pero también, a los ojos de la gente, por su modo de actuar sincero, santo y perfecto. De igual manera el presbítero, además de la autoridad espiritual objetiva, que posee en virtud de la sagrada ordenación, debe tener una autoridad subjetiva que proceda de su vida sincera y santificada, de su caridad pastoral, manifestación de la caridad de Cristo (CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. El presbítero maestro de la palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el tercer milenio cristiano, Op. cit., p. 344).

²⁸³ DEL PALACIO, José Luis. Prólogo. En: CORDES, Paul Josef. Enviados por el Espíritu. Bilbao: Grafite Ediciones, 2002. p. 10-11.

²⁸⁴ EDITORIAL. En: Seminarios. Madrid. Vol. 44, No. 151 (enero-marzo de 1999); p. 8.

²⁸⁵ ILLANES, José Luis. Identidad y espiritualidad del sacerdocio ministerial. En: Communio. Madrid. Vol. 12, No. 5 (septiembre-octubre de 1990); p. 407.

Es, entonces, el presbítero un maestro en la fe que ha de manifestar su ser de maestro en el servicio siguiendo el ejemplo del Maestro por excelencia, que siendo el Maestro y Señor, sirve a los discípulos, es decir a la Iglesia. Del mismo modo, el presbítero al servir manifiesta su autoridad, porque la autoridad está en el servir.

3.2.6.3 El testimonio del presbítero, una enseñanza vivida. Los presbíteros “con su conducta diaria y con su preocupación, muestran a creyentes y no creyentes, a católicos y no católicos, la imagen del servicio verdaderamente sacerdotal y pastoral. [Así], tienen pues, que dar a todos testimonio de la verdad y de la vida”²⁸⁶. La vida del presbítero es ya una enseñanza para el pueblo creyente e incluso para el no creyente según las palabras conciliares.

Además, Pablo VI afirma que “El hombre actual escucha a los que dan testimonio más gustosamente que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque dan testimonio. Siente en efecto una repulsa instintiva por todo lo que puede parecer mixtificación, fachada, compromiso. En este contexto se comprende la importancia de una vida que sea un eco auténtico del Evangelio”²⁸⁷

Ser testigo es, pues, una exigencia para todo evangelizador y por ende para el presbítero y esto se puede lograr sólo “estando con Jesús”. Joseph Ratzinger, a partir del texto evangélico de Marcos 3,14-15: “Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios”, dice que la tarea sacerdotal es testimoniar a Jesucristo ante los hombres y esto supone conocerle a partir del ser y existir con él²⁸⁸.

Dice Juan Pablo II que la celebración de la Eucaristía y el ministerio de los otros sacramentos, el celo pastoral, la relación con los fieles, la comunión con los hermanos, la colaboración con el obispo, la vida de oración, en una palabra toda la existencia sacerdotal es un testimonio vivo para la comunidad que preside el presbítero²⁸⁹.

Es, entonces, el testimonio, una manera insustituible de enseñar. Así como Yahveh enseñó con su acción y así como la vida de Jesús es toda una enseñanza, así mismo el presbítero ha de enseñar con el testimonio.

²⁸⁶ LG 28.

²⁸⁷ PABLO VI. Audiencia general (2 de octubre de 1974). En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (6 de octubre de 1974); p. 3. [Edición en lengua española].

²⁸⁸ RATZINGER, Op. cit., p. 332-335.

²⁸⁹ PDV 26.

3.2.7 El presbítero, maestro orante. A ejemplo de Jesús Maestro, es una exigencia mantener vivo y fecundo el ministerio con la ayuda de la oración ya que ésta, al mismo tiempo, ofrece la posibilidad de estar en sintonía particular y profunda con el mismo Señor y Maestro; y además, preserva al presbítero del funcionalismo, que consiste en la reducción del ministerio a los aspectos puramente funcionales²⁹⁰. De hecho, siguiendo el ejemplo del Maestro, ha de existir una relación especial entre la oración personal y la predicación, porque el presbítero, en la vida de oración, encuentra apoyo e impulso la conciencia de su ministerialidad, el sentido vocacional de su vida, así como su fe viva y apostólica²⁹¹.

Julián López menciona tres formas de orar para alimentar el ministerio del presbítero; las tres son necesarias de manera que se enriquecen mutuamente y no suelen darse completamente por separado. Las tres formas son:

- Oración personal. Es la oración practicada por el Maestro Jesús cuando subía al monte a orar o trasnochaba en la oración (Mc 1,35; 6,46; Lc 6,12). Esta oración es silenciosa, interior, individual - aunque sea en compañía de otras personas -, de la mente y del corazón, meditativa o contemplativa.
- Oración paralitúrgica. Es la oración de los ejercicios piadosos del pueblo cristiano y la que ha configurado muchas veces la religiosidad popular. Se inspira en la liturgia y conduce a ella (SC 13).
- Oración litúrgica. Es toda celebración y toda forma de plegaria cuyo sujeto último es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, asociada a su Señor y Esposo para dar culto al Padre en el Espíritu Santo. Esta forma de oración está fijada en los libros litúrgicos, el Misal, los rituales de los sacramentos y la Liturgia de las Horas²⁹².

Dada la importancia de la oración, dice Juan Pablo II lo siguiente:

Un aspecto, ciertamente no secundario, de la misión del sacerdote es el de *ser maestro de oración*. Pero el sacerdote solamente podrá formar a los demás en la escuela de Jesús orante, si él mismo se ha formado y continúa formándose en la misma escuela. Esto es lo que piden los hombres al sacerdote: El sacerdote es el hombre de Dios, el que pertenece a Dios y hace pensar en Dios. Cuando la Carta a los Hebreos habla de Cristo, lo presenta

²⁹⁰ LÓPEZ, Julián. Oración y ministerio en la vida del presbítero En: Phase. Barcelona. Vol. 41, No. 244 (julio-agosto de 2001); p. 327-328.

²⁹¹ CONGRAGACIÓN PARA EL CLERO. El presbítero, maestro de la palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el tercer milenio cristiano, Op. cit., p. 347.

²⁹² LÓPEZ, Op. cit., p. 331-332.

como un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios (Hb. 2, 17)... Los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoge, que los escucha con gusto y les muestra una sincera amistad, sino también y sobre todo un hombre que les ayude a mirar a Dios, a subir hacia él. Es preciso, pues, que el sacerdote esté formado en una profunda intimidad con Dios. Los que se preparan para el sacerdocio deben comprender que todo el valor de su vida sacerdotal dependerá del don de sí mismos que sepan hacer a Cristo y, por medio de Cristo, al Padre²⁹³.

Ahora bien, la fuente de esta oración, tan esencial en la vida y ministerio del presbítero, es la Palabra de Dios. Porque la oración ante todo es respuesta de vida a una Palabra y a una acción que viene de Dios. Por eso, para que el presbítero sea hombre de oración, primero ha de ser hombre que escucha, que acoge y que ama la Palabra de Dios. Pero además, por identidad y por servicio, el presbítero ha de ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios. Esta familiaridad se manifiesta de diversas formas, por ejemplo: en la lectura continuada de toda la Biblia; en el estudio profundo de Ella; o en la *lectio divina*, que lee, medita, ora y contempla²⁹⁴.

Un comentario a este respecto lo ofrece Joseph Ratzinger cuando dice que el sacerdote ha de vivir desde la Palabra y para la Palabra. Drásticamente: ha de ser no un artesano del culto, sino una existencia en la que la Palabra se ha hecho vida y reflexión, y posibilitar que se perciba su palabra como Palabra de Dios. Este trato con la Palabra debería alimentar su oración, con lo que ésta quedaría integrada en el centro de la existencia real del sacerdote, dejando así de ser algo dogmático y sentimental. Escuchar la Palabra y hablar con el que es la “Palabra” han de penetrarse mutuamente; es por lo demás el único camino para llevar a otros a la oración²⁹⁵.

Y de la misma manera como los discípulos le dijeron al Maestro “enseñanos a orar” al presbítero le han de pedir los fieles que les enseñe a orar, así lo expresa Juan Pablo II cuando dice:

En la Eucaristía el sacerdote se acerca personalmente al misterio inagotable de Cristo y de su oración al Padre. El sacerdote puede sumergirse diariamente en este misterio de redención y de gracia celebrando la santa Misa, que conserva sentido y valor incluso cuando, por una justa causa, se celebra sin la participación del pueblo, pero siempre y en todo caso por el pueblo y por el mundo entero. Precisamente por su vínculo indisoluble con

²⁹³ PDV 47.

²⁹⁴ ÁLVAREZ, Carlos. El formador, hombre y maestro de oración. *En*: Boletín Oslam. Bogotá. No. 41 (julio-diciembre de 2002); p. 22.

²⁹⁵ RATZINGER, Op. cit., p. 338.

el sacerdocio de Cristo, el presbítero es el maestro de la oración y los fieles pueden dirigir legítimamente a él la misma petición hecha un día por los discípulos a Jesús: *Enséñanos a orar*²⁹⁶.

Es, además, una consecuencia lógica que, al ser el presbítero una persona orante y que como Jesús enseñe a orar a los fieles, la Iglesia sea la casa de oración cristiana²⁹⁷. Más, aún, ¡casa y escuela de comunión!²⁹⁸ Y por ende, de oración.

Entonces, así como en el ministerio de Jesús la vida de oración tiene una peculiar importancia, de la misma forma el ministerio del presbítero es fecundo si está animado por la oración diaria y profunda. Y además, así como el Maestro enseña a orar, el presbítero maestro en la fe ha de enseñar a orar con el ejemplo y con las palabras.

3.2.8 El presbítero, maestro en comunidad y para la comunidad. El Decreto *Presbyterorum ordinis* especifica que a los presbíteros, para ejercer la función pastoral, así como las demás funciones,

se les concede un poder espiritual, que ciertamente se da para la edificación. [Y] para construir la Iglesia, los presbíteros deben tener con todos un trato exquisitamente humano, a ejemplo del Señor. Deben comportarse con ellos no según los gustos de los hombres, sino conforme a las exigencias de la enseñanza y de la vida cristiana. Han de enseñarles y advertirles como a hijos muy queridos, según las palabras del apóstol: “insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Tm 4,2)²⁹⁹.

Así pues, como educadores en la fe, “han de enseñar a los cristianos a vivir no sólo para sí, sino según las exigencias de la nueva ley del amor; cada uno, conforme a la gracia recibida, ha de ponerla al servicio de los demás, y así todos han de cumplir cristianamente sus deberes en la comunidad cristiana”³⁰⁰. Es así el presbítero un pastor que vive en la

²⁹⁶ JUAN PABLO II. *Abbá*, Padre. Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo de 1999 (14 de marzo de 1999). *En*: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (26 de marzo de 1999); p. 6-7. [Edición en lengua española].

²⁹⁷ JUAN PABLO II. Audiencia General (12 de mayo de 1993). *En*: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (14 de mayo de 1993); p. 3. [Edición en lengua española].

²⁹⁸ JUAN PABLO II. Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001). Bogotá: Paulinas, 2001. No. 24.

²⁹⁹ PO 6.

³⁰⁰ PO 6.

comunidad y la edifica mediante la educación y la enseñanza del mensaje y de la vida cristiana.

Teniendo como telón de fondo este número 6 del Decreto *Presbyterorum ordinis*, Renzo Gerardi afirma que “el presbítero, habilitado en virtud de la ordenación para actuar en la persona de Cristo cabeza, puede y debe ser definido como el hombre de la comunidad”³⁰¹. Entonces se concibe que “el ministerio de los presbíteros es un servicio configurador de la comunidad, que coordina y potencia los demás servicios y carismas”³⁰². Porque de hecho, el presbítero desempeña públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal para que los fieles se fundan en un solo cuerpo³⁰³. Para que sean uno como Jesús y el Padre son uno (Jn 17,22).

Pero anota claramente el mismo Decreto que:

Los sacerdotes del Nuevo Testamento, por razón del sacramento del orden, ejercen sin duda en el Pueblo y para el Pueblo de Dios una función importantísima y necesaria de padres y maestros. Sin embargo, junto con todos los cristianos, son discípulos del Señor, que participan de su Reino por la gracia de la llamada de Dios. Los presbíteros, en efecto, con todos los que han nacido de nuevo en la fuente bautismal, son hermanos entre sus hermanos, como miembros del mismo Cuerpo de Cristo que todos tienen que construir³⁰⁴.

Y, a este texto comenta Paul Josef Cordes: el Concilio orienta a no aislar a los presbíteros de la comunidad de hermanos. El texto conciliar avanza en la perspectiva de que el presbítero no está frente a frente del Pueblo de Dios, sino que debe ser situado en medio de los bautizados. Por tanto el lugar teológico del presbítero es la comunidad cristiana que la preside, no puede ser localizado fuera de ella. Debe por tanto, comportarse como un miembro entre los miembros del cuerpo de Cristo, o como un hermano entre hermanos, que cooperan en virtud del común sacerdocio real en la edificación del Cuerpo de Cristo según la medida de gracia y carisma que a cada uno le ha sido otorgada (Ef 4,7; Rm 12,7). Un presbítero será fecundo si sabe colaborar con una comunidad cristiana³⁰⁵.

³⁰¹ GERARDI, Op. cit., p. 89.

³⁰² DGC 224. De manera expresa el Catecismo de la Iglesia Católica había expuesto que el sacramento del orden es un servicio a la comunidad (CEC 1534).

³⁰³ PO 2.

³⁰⁴ PO 9.

³⁰⁵ CORDES, Op. cit., p. 12-13.

Porque la gracia que recibe el presbítero, no es una gracia para él mismo, sino una gracia para cumplir su servicio a favor de la Iglesia y su misión. Beneficiario y destinatario del don es, propiamente hablando, la comunidad cristiana, en tanto que el depositario del carisma o ministerio, el presbítero en este caso, es, en un sentido misterioso pero verdadero, ex-propiado, convertido en regalo de Dios para la Iglesia. En este sentido se resalta el sentido de totalidad del carisma, lo que quiere decir que la vida entera del ministro queda afectada radicalmente por su donación a la comunidad³⁰⁶.

3.2.9 El presbítero, signo y constructor de comunión. El presbítero ha de ser signo y expresión de unidad, de comunión. El origen de esta comunión es su misma comunión con el Padre, origen último de toda potestad; con el Hijo, de cuya misión redentora participa; con el Espíritu Santo, que le da la fuerza para vivir y realizar la caridad pastoral, que lo cualifica como sacerdote³⁰⁷. Ahora bien, esta comunión la manifiesta primeramente en sí mismo como una unidad de vida. Esta unidad de vida el presbítero la puede construir en el ejercicio de su ministerio, siguiendo el ejemplo de Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad de Aquel que lo envió a realizar su obra. En efecto, el presbítero conseguirá la unidad de vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos a favor del rebaño a él confiado. Por otro lado, la unidad también la manifiestan en la unidad con el obispo y con los demás hermanos presbíteros³⁰⁸. Y además, ha de manifestar la unidad con los consagrados y con los fieles laicos³⁰⁹.

Por lo que toca a la unidad con el obispo, el Concilio expresa lo siguiente:

Todos los presbíteros, junto con los obispos, participan del único y mismo sacerdocio y ministerio de Cristo, de manera que la unidad misma de consagración y misión exige su comunión jerárquica con el orden episcopal*. Esta comunión se manifiesta perfectamente en la celebración litúrgica. Además, los presbíteros, considerando que los obispos poseen la plenitud del sacramento del orden, deben respetar en ellos la autoridad de

³⁰⁶ RUBIO, Op. cit., p. 21.

³⁰⁷ DMVP 20.

³⁰⁸ PO 14.

³⁰⁹ DMVP 56.

* A este respecto, afirma Juan Pablo II: “En verdad no se da ministerio sacerdotal sino en la comunión con el Sumo Pontífice y con el Colegio episcopal, particularmente con el propio Obispo diocesano, hacia los que debe observarse *la obediencia y respeto* filial, prometidos en el rito de la ordenación” (PDV 28).

Cristo, supremo Pastor. Han de estar unidos a su obispo con amor sincero y obediencia³¹⁰.

Y en cuanto a la unión con los demás presbíteros, el Concilio afirma que instituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, los presbíteros están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad del sacramento; forman un único presbiterio especialmente en la diócesis a cuyo servicio se dedican bajo la dirección de su obispo. Y buscan todos ellos, los presbíteros, un mismo fin: la construcción del Cuerpo de Cristo. Dicha unidad se expresa en los lazos especiales de amor apostólico, del ministerio y de la fraternidad; de un modo especial, expresan la unidad en la ordenación, cuando los presbíteros imponen las manos sobre el nuevo elegido; y, cuando concelebran juntos la Eucaristía. Así, manifiestan, los presbíteros, aquella unidad que Cristo quiso que se consumara perfectamente entre los suyos, para que el mundo conozca que el Padre envió a su Hijo (Jn 17,23)³¹¹.

Con respecto a los laicos Juan Pablo II, citando al Decreto *Presbyterorum ordinis*, dice:

los presbíteros se encuentran en relación positiva y animadora con los laicos, ya que su figura y su misión en la Iglesia no sustituye sino que más bien promueve el sacerdocio bautismal de todo el Pueblo de Dios, conduciéndolo a su plena realización eclesial. Están al servicio de su fe, de su esperanza y de su caridad. Reconocen y defienden, como hermanos y amigos, su dignidad de hijos de Dios y les ayudan a ejercitar en plenitud su misión específica en el ámbito de la misión de la Iglesia³¹².

Y en cuanto a los religiosos y religiosas, el directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros dice lo siguiente:

Particular atención reservará el sacerdote a las relaciones con los hermanos y hermanas comprometidos en la vida de especial consagración a Dios en todas sus formas; les mostrará su aprecio sincero y su operativo espíritu de colaboración apostólica; respetará y promoverá los carismas específicos. En fin, cooperará para que la vida consagrada aparezca siempre más luminosa - para el provecho de la entera Iglesia - y atractiva a las nuevas generaciones³¹³

³¹⁰ PO 7.

³¹¹ PO 8.

³¹² PDV 17.

³¹³ DMVP 31.

De lo dicho se afirma que sólo así en comunión es como se puede servir al Pueblo de Dios, según las palabras de Juan Pablo II: “mediante el sacerdocio que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios..., el presbítero está inserto en la comunión con el obispo y con los otros presbíteros (PO 7-8), para servir al pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo”³¹⁴. Y es un servicio del que participan todos en la Iglesia, el Pueblo de Dios.

Y por otro lado, la comunión es parte de su naturaleza, porque el presbítero es ministro de la comunión y para la comunión en la Iglesia que es sacramento de comunión. El presbítero crea, celebra y anima la comunión desde el ejercicio de su triple ministerio: enseñar, santificar y guiar³¹⁵. Además, el ministerio presbiteral tiene una radical forma comunitaria y sólo se puede ejercer de forma comunitaria. Por su naturaleza sólo puede ser desempeñado en la medida en que el presbítero esté unido a Cristo mediante la inserción sacramental en el orden presbiteral y, por tanto, en la medida en que esté en comunión con el propio obispo³¹⁶. Es aquí donde se sitúa la pertenencia a la Iglesia Particular que configura la misión, el ministerio y la espiritualidad del presbítero³¹⁷.

Con una naturaleza eminentemente comunitaria, el presbítero edifica y construye la comunidad porque ha recibido el encargo de velar y trabajar en la edificación de todo un pueblo, enviado a ser sacramento de salvación en y para el mundo. Esto supone suscitar la corresponsabilidad de todos los miembros según la gracia recibida. El presbítero se realiza en la medida en que desarrolla la participación de quienes han recibido la dignidad sacerdotal, profética y real³¹⁸. No es entonces una comunión sólo *ad intra* sino que se expresa, hacia *ad extra*, en la construcción auténtica de la comunidad.

Ahora bien, todas las acciones que realiza el presbítero, conllevan a la comunión. Pero es necesario destacar que en la Eucaristía, descrita como centro del ministerio sacerdotal porque es realización actual del Evangelio, tiene lugar la transformación real de personas y cosas operadas por el misterio pascual; la presencia real del Señor en los hombres, que hace de éstos “Cuerpo de Cristo”, ha de fundarse en la presencia real eucarística³¹⁹. Así, la

³¹⁴ PDV 12.

³¹⁵ PDV 26.

³¹⁶ PDV 17; 28 y 74.

³¹⁷ PDV 31 y 74.

³¹⁸ BRAVO, Op. cit., p. 463.

³¹⁹ RATZINGER, Op. cit., p. 339. Así también lo expresa Gisbert Greshake cuando dice que “el proceso de llegar a ser *communio*, que es lo que constituye el centro de la historia de la salvación y determina la esencia de la Iglesia, alcanza su punto culminante en la celebración de la Eucaristía” (GRESHAKE, Op. cit., p. 311). Y en otras palabras se dice lo siguiente: “el que participa en la Eucaristía debe estar dispuesto a crear y vivir la comunión entre los hermanos de una misma fe. La comunión rompe las barreras que dividen, los egoísmos

Eucaristía es “la fuente y la cumbre de toda la evangelización” y “el centro de la asamblea de los fieles que preside el presbítero”³²⁰.

Por último, Walter Kasper orienta de manera clara el servicio a la unidad que ha de desempeñar el presbítero. Kasper dice que la tarea del ministerio presbiteral es servir a la paz y a la unidad de la Iglesia: coordinar los distintos carismas, descubrirlos, crear para ellos espacios libres, animarlos y - si la unidad lo requiere - llamarlos al orden. Esto requiere, por parte de la persona del presbítero, capacidad de contacto y diálogo, de dirección y de mando, de *manager* en el sentido positivo del término. Exige un carácter equilibrado y agradable, una personalidad con iniciativa y autonomía, con capacidad de juicio y decisión, con visión del futuro y abierta al mundo de la realidad. Pero también hay una dimensión teológica: el servicio de unidad que presta el presbítero es de unidad en el Espíritu. Por eso el carisma que le corresponde lo es en un sentido teológico especial, y no es un sentido humano general. Es un don del Espíritu, ejercido en el nombre de Jesucristo e indeducible desde la comunidad (2 Co 5,20)³²¹.

Una manera muy concreta de construir la comunidad es mediante la educación y la enseñanza. El presbítero construye la comunidad mediante la educación para la maduración de la fe; educación para la caridad, educando para la paz y para la esperanza y la alegría. Los rasgos de esta educación los presenta Agostino Favale³²²:

- Educar para la maduración de la fe. Si la misión es la razón de ser de la Iglesia en cuanto que existe para la evangelización y la santificación de los fieles, cada comunidad eclesial debería estar abierta al dinamismo. Pero, a fin de que este dinamismo no se reduzca a un entusiasmo pasajero, los presbíteros, junto a sus más íntimos colaboradores, deben concebir y proponer a todos los fieles y a la comunidad un proyecto orgánico de formación religiosa, que sirva a una auténtica educación de la madurez en la fe cristiana y a la realización de la misión.
- Educar para la caridad. El amor es un don que viene de lo alto, así lo expresa la primera carta de Juan: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,10). Y el amor a Dios es lo que está por encima de todo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus

que nos separan, las injusticias que nos oprimen” (CANALS, Joan. La Eucaristía, misterio de comunión. En: Phase. Barcelona. Vol. 41, No. 244 (julio-agosto de 2001); p. 281).

³²⁰ PO 5.

³²¹ KASPER, Walter. La Función del presbítero en la Iglesia En: Selecciones de Teología. Vol. 08, No. 32 (octubre-diciembre de 1969); p. 356.

³²² FAVALE, Op. cit., p. 189-200.

fuerzas y con toda tu mente” (Lc 10,27). Pero en perfecta unidad con el amor a Dios está el amor al prójimo: “y a tu prójimo como a ti mismo” (Lc 10,27).

En este amor es en el que hay que educar dentro de la comunidad, y el modelo de este amor es Cristo. Las características del amor de Cristo son las siguientes: como un hecho de solidaridad: “Y la palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros” (Jn 1,14). Como servicio, que significa atención, cuidado, entrega a los demás, empezando por los pobres y excluidos. El amor de Jesús se expresa también en liberación y promoción humana. Y un amor universal, es un amor que se extiende a todos los hombres.

- Educar para la paz. La paz es un compromiso de toda la Iglesia, es una tarea de todos, en especial para el presbítero que debe sentirse como el heraldo de la misma, como educador cualificable e insustituible. La educación para la paz debe tener como punto de partida el corazón del hombre. En primer lugar debe buscarse la paz interior. Y esta paz es fruto de la gracia de Dios, que es quien destruye el pecado. Desde esta paz interior brota más fácilmente, tanto la paz social y política como la paz religiosa: aspectos complementarios de aquella profunda aspiración de los hombres hacia el encuentro, el diálogo y la convivencia pacífica.
- Educar para la esperanza y la alegría. Frente al creciente clima de apatía y desconfianza, que empapa las utopías que han sacudido a la humanidad en los últimos decenios, y el sepultar en la conciencia de muchos el deseo de caminar hacia horizontes más altos y seguros, los presbíteros, en virtud de su ministerio de pastores y guías, deben pasar revista junto con los fieles a las fuentes de la esperanza. Como profeta de la esperanza, el presbítero debe extraer de Cristo resucitado las razones más profundas de su optimismo para no sucumbir ante las situaciones difíciles y, al mismo tiempo, deben guiar a los fieles a inclinarse siempre hacia la vertiente de la vida humana para defenderla de los abusos de los demás, sostenerla e infundirle esperanza.

Al llegar al final de este tercer capítulo y por todo lo investigado en él, se puede afirmar lo siguiente:

A partir del Magisterio del Concilio Vaticano II, del Magisterio postconciliar y de la reflexión de algunos autores se afirma que el presbítero, así como Yahveh es Maestro de Israel y Jesús es el Maestro por excelencia, es maestro en la Iglesia que a su vez es Maestra por designio del mismo Maestro Jesús.

El presbítero como maestro en la Iglesia y para la Iglesia, lo es por la llamada divina. Pero esto no excluye una formación que lo capacite y lo forme para el desempeño apto de esta función tan importante en la misión de evangelizar.

La imagen del presbítero como maestro en la comunidad eclesial, presumiendo la figura de Yahveh como Maestro en la revelación veterotestamentaria, se fundamenta en la imagen de Jesús Maestro. Los rasgos fundamentales del presbítero como maestro son: una enseñanza central: el Reino; unos destinatarios concretos: todo hombre y toda mujer, pero de manera especial los pobres y excluidos; un maestro que enseña y educa con palabras, es decir, con la predicación, la catequesis y la homilía; una enseñanza con obras: los sacramentos, el servicio y el testimonio; así mismo, el presbítero es maestro de oración; y, finalmente, el presbítero tiene el rasgo de ser maestro en la comunidad y para la comunidad, construyendo y siendo signo de comunión.

4. CONCLUSIONES

Al final de la presente investigación se ha llegado a las siguientes conclusiones, las cuales manifiestan el hilo conductor de la misma, a la vez que muestran el cumplimiento del objetivo trazado.

En el primer capítulo de la investigación se ha constatado que Yahveh es el Maestro de Israel, aunque en los escritos veterotestamentarios no se le llama así explícitamente, su actuar como enseñante y educador así lo manifiestan. De hecho así lo experimentó el pueblo de Israel: como un padre que educa y enseña a su pueblo.

Por medio de las obras Yahveh se da a conocer y, a través de ellas, educa, enseña y, por ende, salva. Un ejemplo claro de esta enseñanza por las obras es la liberación de Egipto y la travesía por el desierto. A través de acciones maravillosas Yahveh conduce, como un auténtico pedagogo, a su pueblo hacia la libertad, hacia la vida.

Yahveh se da a conocer como Maestro mediante la palabra, concretamente por medio de la Torá. Ésta es la enseñanza de Yahveh al pueblo de la antigua alianza para reglamentar su conducta. Es una enseñanza que explicita y concreta las maravillas de Yahveh en las vicisitudes históricas. Es la Torá una enseñanza que expresa, en términos de comportamiento humano, lo que Dios ha hecho por el pueblo y lo que el pueblo ha de hacer para ser fiel a Dios.

Por otro lado, se ha constatado que Yahveh se sirve de intermediarios para llevar a cabo su educación y enseñanza. Él elige a algunos miembros del pueblo para que en su nombre y por mandato expreso guíen, orienten, conduzcan, eduquen y enseñen al pueblo. Se destacan, principalmente, Moisés, los profetas y los sabios. Cada uno de estos personajes, en su situación concreta, realiza la gran obra de ser maestros del pueblo en el nombre de Yahveh. La relación entre palabra y obra es evidente, y la referencia constante a la Torá manifiesta su fidelidad en la tarea encomendada por Yahveh.

En el segundo capítulo se ha encontrado que en el tiempo del Nuevo Testamento, (siglos I a.C.-1 d.C.), existen los maestros. Estos son principalmente los escribas, cuyo origen data del período de la monarquía y se establecieron muy claramente en el tiempo de Esdras, después del exilio. Su papel en ese tiempo es fundamental e importante; consiste en conocer la Torá, meditarla y enseñarla. Pero esta función tan esencial en la vida del pueblo, no es la misma en el tiempo de Jesús. En este tiempo siguen enseñando la Torá, pero ya sin el espíritu auténtico de la Torá. Ahora, estos maestros, enseñan sus tradiciones, son jueces y dan sentencias en el ámbito religioso y civil. Por otro lado, son falsos y están ávidos de poder, les gusta ser servidos y que la gente les llame maestros.

En este contexto aparece Jesús, y es llamado Maestro. Las fuentes evangélicas dan numerosos testimonios de esta manifestación. Los discípulos lo llaman Maestro, también la gente del pueblo e, incluso, sus adversarios. Además, según estas mismas fuentes evangélicas, el mismo Jesús se autonombra Maestro.

Esta manera de ser de Jesús implicaba una formación. El Maestro sabía leer y explicar las Escrituras hebreas. Lo más probable es que esto sucediese - o al menos tuviera comienzo - en la sinagoga de Nazaret. Sin embargo, no hay indicios de que recibiera una enseñanza superior en algún centro urbano como Jerusalén. Por tanto, esto lleva a suponer en Jesús un alto grado de talento natural - quizá de genialidad - que compensaba muy sobradamente el bajo nivel de su educación formal.

Así mismo, se ha comprobado que Jesús es un Maestro propio de su tiempo, adopta algunos elementos específicos de los maestros de su tiempo como el tener discípulos, utilizar el lenguaje de las parábolas, usar sentencias proverbiales, enseñar a la gente. Pero es, a la vez, un Maestro original que da un rostro nuevo al ser Maestro.

Los principales rasgos de Jesús como Maestro son:

- Una enseñanza central, a la que dedica todo su tiempo, sus fuerzas y su vida: el Reino de Dios. Todas sus palabras y obras están dedicadas a enseñar que el Reino de Dios ya está presente. Un Reino que es, en esencia, la soberanía amorosa de Dios en la historia de los hombres y las mujeres, y que Dios quiere transformar en historia de salvación, mediante el amor.
- Jesús el Maestro, aunque enseña a toda la gente, tiene unos destinatarios muy concretos: los pobres, los necesitados, los marginados, los excluidos, porque estos tienen más necesidad de la presencia amorosa de Dios.
- Un Maestro con la Palabra. Sus parábolas no son solamente un recurso para transmitir la enseñanza del Reino, son ellas la enseñanza misma. Y más todavía, Jesús mismo es la parábola del Padre. Jesús refleja la imagen del Padre actuando

misericordiosamente en este mundo. Con las parábolas Jesús enseña que el tiempo apremia, que el Reino ya está aquí y que actúa ya en este mundo.

En Jesús, la enseñanza es una constante en su ministerio. Porque Jesús predica y enseña. Esto se comprueba en el llamado sermón del monte. Jesús en este sermón es un Maestro que enseña a sus discípulos y a la gente la nueva Torá: el amor del Padre como don a la humanidad, y como respuesta a este don corresponde la práctica del amor al prójimo, como una realidad que hace presente el Reino de Dios en la tierra.

Esta enseñanza que Jesús imparte la hace con autoridad; una autoridad que está en su misma persona, como presencia real y verdadera del Reino de Dios, porque dice lo que le ha oído a su Padre. La enseñanza de Jesús es la enseñanza de Dios.

- Jesús enseña del Reino por medio de los milagros, las maravillas de Dios. Con los milagros está enseñando Jesús la presencia efectiva del Reino de Dios. Y a la vez enseña a creer que el Reino ya está aquí.
- La enseñanza de Jesús está toda caracterizada por el servicio. Es éste un rasgo que, además de importante, es hermoso: el Maestro lo es en la medida que sirve. Y el servicio nace del amor suscitado por el Espíritu.
- Un Maestro orante, ése es Jesús. Un Maestro que alimenta y da sentido a su misión y enseñanza en la oración. Además enseña a orar a sus discípulos, para indicarles que la oración no va desligada de la vida, sino al contrario, la oración y la vida son una sola realidad. Por otro lado, enseña Jesús que la oración ha de ser con insistencia, perseverancia y pidiendo los bienes espirituales.
- Los discípulos son una expresión del Maestro. Las características del discipulado dicen sobre la naturaleza e identidad del discípulo. Pero dicen más sobre la persona de Jesús, el Maestro. Las características del discípulo están manifestando la persona misma del Maestro. Tales características son: la autoridad del Maestro; el amor de Dios Padre; un seguimiento físico, seguimiento total a Jesús; un estilo de vida que parte de la intimidad y unidad con el Maestro; implica, del mismo modo, la universalidad de la llamada, ya que llama a hombres y a mujeres.

Se advierte que Jesús, el Maestro, por medio de todas estas actitudes, busca que los seres humanos obtengan la salvación y lleguen al conocimiento de la verdad, que tengan a Dios por Rey y que vivan de acuerdo al designio divino, el cual es el amor a los hermanos, incluso al enemigo. La labor del Maestro es para que las personas vivan la presencia de Dios en este mundo y un día lleguen a ver cara a cara a Dios.

Por último, en este segundo capítulo, se ha verificado que Jesús el Maestro encomienda la misión de enseñar a los discípulos y, que, para el adecuado desempeño de esta tarea les

envía el Espíritu Santo. Así pues es evidente la presencia del ministerio de la enseñanza en la vida de la Iglesia primitiva, así como en la vida de las comunidades cristianas que van surgiendo por obra del Espíritu. Además, se ha constatado que un papel fundamental en este ministerio de la enseñanza lo tiene el presbítero, en cuanto que es una de sus principales funciones junto con el ministerio de la presidencia.

Y en el tercer capítulo se han concluido los siguientes aspectos:

En los documentos del Concilio Vaticano II se encuentra unas nuevas expresiones para designar el ser de la Iglesia: la Iglesia es vista, en primer lugar, como “misterio de comunión”. En también designada como “Pueblo de Dios”, en donde todos los bautizados están llamados por Cristo a ser discípulos. En este Pueblo hay una verdadera igualdad en cuanto a la dignidad y en cuanto a la actividad para la construcción del Cuerpo de Cristo. Es también la Iglesia, “sacramento de salvación” por voluntad de Dios. Además, la Iglesia es “misión”, en cuanto ella tiene la tarea primordial de evangelizar. Así mismo, se ha verificado que una manera concreta como la Iglesia lleva a cabo esta misión de evangelizar es siendo Maestra, por razón del encargo que Jesús dio a sus discípulos: “*Id y enseñad*”. Y, se ha enfatizado en el Concilio que la Iglesia es Maestra en la medida que es discípula.

El proceso de evangelización, que es rico, dinámico y complejo, se puede ver y describir en clave de discipulado porque se llama, se forma, se educa y se invita a vivir como el Maestro Jesús: a anunciar la presencia del Reino y a hacer más discípulos para el Maestro.

En esta misión esencial de la Iglesia el presbítero se define como evangelizador. El servicio pastoral que en la comunidad desempeña el presbítero mira a la vez, y nunca de manera separada, el anuncio y la enseñanza de la Palabra (enseñar), la celebración de los sacramentos (santificar), y la guía y educación de la comunidad (guiar). Se refleja aquí, en el ministerio de los presbíteros, los pasos del proceso de la evangelización, el kerigma= anuncio de la Palabra; la catequesis= enseñanza y educación en la fe; y acción pastoral= guía y educación de la comunidad eclesial. Al mismo tiempo, manifiesta la actividad que realiza para vivir el discipulado, como discípulo creyente y para llevarlo a la práctica, haciendo discípulos a todas las gentes, esto es, llamando, enseñando y enviando a la misión. Todo esto lo desempeña el presbítero en cuanto maestro en la fe, porque actúa en nombre de Jesús el Maestro por excelencia.

Por último, así como Yahveh, por sus palabras y obras, que realiza en la revelación veterotestamentaria, es Maestro de Israel; y así como Jesús es el Maestro por excelencia, el presbítero es también llamado maestro en la fe. Por la llamada de Dios y por su unión con él, y solamente en referencia a Jesús y por el don del Espíritu Santo, el presbítero es llamado maestro. El magisterio del Concilio Vaticano II reiteradamente lo llama maestro y educador en la fe. Del mismo modo lo hace el Magisterio postconciliar.

Si el presbítero es maestro en la fe, suponiendo la gracia de Dios, el presbítero requiere de una formación. Ésta se adquiere de modo especial en el seminario. Pero no termina ahí, su formación ha de ser permanente; así expresa su fidelidad al Maestro Jesús que lo ha llamado para que en su nombre sea maestro en la fe, y así, también expresa su fidelidad a la Iglesia que espera de él la formación y la educación en la fe de la comunidad de discípulos. Del mismo modo, con la formación permanente el presbítero es capaz de interpretar los signos de los tiempos y de responder evangélicamente a ellos.

Al ser, el presbítero, maestro en la fe, los rasgos que lo caracterizan aparecen claros:

- Como maestro en la fe, el presbítero está ante el mandato de enseñar. Al igual que Cristo, cuya enseñanza central es el Reino de Dios, el presbítero tiene como centro de su enseñanza el Reino. Todos los esfuerzos del presbítero son para la edificación e instauración del Reino de Dios. Su esfuerzo ha de ser incesante, lo que indica que es algo permanente, en todo momento y en todo lugar.
- Los destinatarios de la enseñanza de Jesús fueron todo hombre y toda mujer, pero teniendo una opción por los pobres, marginados y excluidos. Del mismo modo, la enseñanza del presbítero tiene como destinatarios a todo el género humano, pero hay una opción especial por presentar a los pobres y excluidos su enseñanza y su preocupación por aliviar su pobreza y servirlos buscando el rostro de Cristo en ellos. Hoy en día, esta realidad tan hiriente y compleja del sufrimiento humano, se expresa con el término “excluidos”. Éstos son los que no son nadie, los que no tienen a nadie y los que no tienen nada que hacer. A estas personas, de manera especial, el presbítero ha de prestar su servicio pastoral, pero además tiene la tarea de enseñar a todo el pueblo creyente para que esta labor sea efectivamente de toda la Iglesia.
- Del mismo modo, como Yahveh Maestro y como Jesús Maestro enseñan con Palabras, el presbítero es maestro en la fe con las palabras. Unas formas concretas a través de las cuales se ejercita este ministerio de la Palabra, son:

La predicación. Con la predicación el presbítero anuncia la Palabra de Cristo, es una función primordial en su ministerio. Esta Palabra es al mismo tiempo el alimento del presbítero, pues para predicar la Palabra, primero ha de ser vivida por el predicador.

La catequesis. Con la catequesis el presbítero predica la palabra, para profundizar el primer anuncio, para educar en la fe y para conducir al creyente a una adhesión plena con Cristo, el Maestro. A la vez que lleva a cabo la catequesis, ha de ser un auténtico formador de catequistas que, a su vez, sean en nombre de Cristo, maestros en la fe. Aspectos importantes que el presbítero ha de tener en cuenta en esta labor catequística, son el catecumenado y la catequesis de adultos.

La homilía. Con la homilía, el presbítero predica la Buena Nueva en la celebración litúrgica. Ésta, la homilía, supone el anuncio del kerigma y la catequesis. A través de la homilía se exponen los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana. Así mismo, el presbítero con la homilía, ilumina e interioriza la adhesión a la fe, mantiene la fe de conversión y madura la fe.

- El presbítero también enseña con las obras. En el Antiguo Testamento Yahveh se manifestó y educó a su pueblo por medio de las obras, y en la plenitud de los tiempos Jesús enseñó con obras. Ahora en el tiempo de la Iglesia, las maravillas divinas que hacen presente el Reino son los sacramentos. En estos sacramentos los presbíteros actúan como maestros en la fe. En algunos, como ministros de ellos y en otros, como educadores de los mismos.

Una dimensión que manifiesta la identidad de todo cristiano y de un modo peculiar del presbítero en cuanto maestro en la fe, es el servicio. Y efectivamente, el presbítero es definido en términos de servicio. Su ministerio sólo se puede manifestar en forma de servicio. En este servicio se manifiesta la autoridad del presbítero dentro de la comunidad eclesial, pues, se ha dicho que el que quiera ser el mayor que sea el servidor. Esto a ejemplo del Maestro por excelencia.

Y una obra más con la que el presbítero enseña es el testimonio, es, éste, una enseñanza vivida, pues con su conducta diaria, con su forma de vida, enseña la presencia del Reino aquí en la tierra.

- Otro aspecto de vital importancia, a través del cual el presbítero es maestro, es en la oración. Así como el Maestro Jesús es Maestro de oración, el presbítero lo es. De manera primordial enseña con el ejemplo, haciendo de la oración el alma de su ministerio presbiteral, de tal modo que al ver los fieles a un presbítero orante los estimule a orar en medio de los trabajos cotidianos. Pero también, a partir de la Palabra santa ha de enseñar a los fieles a que se dirijan con confianza y con insistencia a Dios Padre, a ejemplo de Jesús que enseñó a los discípulos a orar.
- El presbítero no es un ser aislado, sino que está inmerso en una comunidad, en la Iglesia; por tanto, es maestro en la fe dentro de una comunidad y tiene, así mismo, la misión de edificar la comunidad. Esta edificación la realiza en la medida que coordina y potencia los demás servicios y carismas en la comunidad. El presbítero es maestro para la comunidad, no para unos cuantos, sino para la Iglesia entera, porque el mandato es ir a hacer discípulos a todas las gentes.
- El presbítero es signo de comunión, y lo es en su unión con Dios, con el obispo, con los demás presbíteros, con los religiosos y laicos, en una palabra es signo de comunión en la Iglesia y para la Iglesia. Pero no solamente es signo, sino que, como

maestro en la fe, construye día a día la comunión, educando en la fe, en el amor, en la paz, en la esperanza y en la alegría.

Con estos rasgos se ve con claridad que en el ejercicio de su ministerio tripartita, es decir, enseñar, santificar y guiar, el presbítero es maestro en la fe a ejemplo de Jesús el Maestro; lo que significa que abre caminos, suscita interés y condiciones, y facilita con su ministerio, el que los hombres y mujeres abran su corazón al don de la fe, lleguen a un fe madura, a un diálogo con Dios y a un encuentro pleno con él. Entonces la fe, que es un don de Dios, se ve ayudada por la acción de enseñar y educar en la fe que el presbítero realiza en la comunidad eclesial.

De esta manera, al final de la investigación y según las conclusiones que se acaban de expresar, se ve realizado el objetivo trazado al comienzo de la investigación: mostrar que el presbítero, en la misión evangelizadora de la Iglesia, es maestro en la fe y que esta dimensión brota necesariamente de la figura de Yahveh como Maestro de Israel en el Antiguo Testamento y de Jesús, el Maestro por excelencia, en el Nuevo Testamento. Este ser maestro en la fe, el presbítero, gracias al don del Espíritu Santo, lo vive en la Iglesia que, a la vez que es discípula, es también Maestra.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERICH, Emilio. Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental. Quito: Abya-Yala, 2003. 243 p.

ALBERICH, Emilio y BINZ, Ambroise. Catequesis de adultos. Elementos de metodología. Madrid: CCS, 2005. 188 p.

ALDAZABAL, José. El ministerio de la homilía. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2006. 239 p.

ÁLVAREZ, Carlos. El formador, hombre y maestro de oración. En: Boletín Oslam. Bogotá. No. 41 (julio-diciembre de 2002); p. 22-26.

ALVES DE LIMA, Luis. O que é o queriqma? En: Medellín. Bogotá. Vol. 31, No.122 (junio de 2005); p 149-172.

- ANDER-EGG, Ezequiel. Diccionario de Pedagogía. Buenos Aires: Magisterio, 1997. 205 p.
- BALZ, Horst y SCHNEIDER, Gerhard. Diccionario exegético del Nuevo Testamento. Salamanca: Sígueme, 1998. 2 v.
- BAUER, Johannes B. Diccionario de Teología bíblica. Barcelona: Herder, 1967. 1082 p.
- BEAUDE, Pierre Marie. Jesús de Nazaret. Navarra: Verbo Divino, 1988. 228 p.
- BENEDICTO XVI. Carta Encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005). Bogotá: San Pablo, 2006. 54 p.
- BIBLIA DE JERUSALÉN. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1975. 1836 p.
- BLANCO PACHECO, Severiano. La oración de Jesús. En: Vida Religiosa. Madrid. Vol. 70, No. 5 (septiembre de 1991); p. 349-359.
- BOISMARD, M.E. *et al.* Grandes temas bíblicos. Madrid: Fax, 1966. 289 p.
- BORNKAMM, Gunther. Jesús de Nazaret. Salamanca: Sígueme, 1975. 231 p.
- BOTTERWECK, Johannes y RINGGREN, Helmer. Diccionario teológico del Antiguo Testamento. v. 1. Madrid: Cristiandad, 1973. 1100 p.
- BRAUN, Herbert. Jesús, el hombre de Nazaret y su tiempo. Salamanca: Sígueme, 1975. 175 p.
- BRAVO GALLARDO, Antonio. Hacia una vivencia más teologal del ministerio presbiteral. En: Sal Terrae. Santander. Vol. 84-6, No. 991 (junio de 1996); p. 459-473.
- BROWN, Raymond; FITZMYER, Joseph A. y MURPHY, Roland. Nuevo comentario bíblico san Jerónimo. Nuevo Testamento y artículos temáticos. Navarra: Verbo Divino, 2004. 1313 p.
- BUSTO SAIZ, José Ramón. El Mensaje de Jesús: forma y contenido. En: Reseña Bíblica. Navarra. No. 28 (invierno de 2000); p. 15-24.
- CANALS, Joan. La Eucaristía, misterio de comunión. En: Phase. Barcelona. Vol. 41, No. 244 (julio-agosto de 2001); p. 279-292.
- CÁRITAS ITALIANA. Lo reconocieron al partir el pan. En: Corintios XIII. Madrid. No. 78 (abril-junio de 1996); p. 195-233.

CASTILLO, José María. El Reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos. 3 ed. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001. 475 p.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, 1992. 702 p.

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA DEL CMU CHAMINADE. La voz de las víctimas y los excluidos. Madrid: Fundación Santa María, 2002. 270 p.

CAZELLES, Henri. El Pentateuco. En: Selecciones de Teología. Vol. 5, No. 17 (enero-marzo de 1966); p. 61-68.

CEBALLOS ATIENZA, Antonio. El sacerdote, educador en la fe del pueblo. Necesidad de una formación permanente. En: Surge. Vitoria. Vol. 42, No. 442-443 (julio-septiembre de 1984); p. 321-332.

CELAM. Ritual conjunto de los sacramentos. Bogotá: CELAM, 1976. 1497 p.

CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO 2 ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1983. 795 p.

COENEN, Lothar; BEYREUTHER, Erich e BIETENHARD, Hans. Dizionario dei concetti biblici del Nuovo Testamento. Bologna: EDB, 1976. 2109 p.

COLUNGA, Alberto *et al.* Biblia Comentada. Texto de la Nacar-Colunga. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1965. 7 v.

COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA. Ritual de la iniciación cristiana de adultos. 5 ed. España: Alfredo Ortells, 1984. 238 p.

CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993. 877 p.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. Misal romano. Barcelona: Coeditores Litúrgicos, 1991. 1228 p.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. Directorio general para la catequesis. Bogotá: Paulinas-CELAM, 1998. 302 p.

_____ Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1994. 118 p.

_____ El presbítero, maestro de la palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el tercer milenio cristiano. En: Seminarios. Madrid. Vol. 45, No. 153 (julio-septiembre de 1999). p. 339-374.

CORDES, Paul Josef. Enviados por el Espíritu. Bilbao: Grafite Ediciones, 2002. 127 p.

DEISSLER, Alfons. El Antiguo Testamento y la moderna exégesis católica. Barcelona: Herder, 1966. 179 p.

DELORME, Jean. El ministerio y los ministerios según el Nuevo Testamento. Madrid: Cristiandad, 1975. 484 p.

DHEILLY, J. Diccionario bíblico. Barcelona: Herder, 1970. 1327 p.

DUJARIER, Michel. Iniciación cristiana de los adultos. Comentario histórico y pastoral del nuevo Ritual. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1986. 203 p.

DUPONT, Jacques. El mensaje de las bienaventuranzas. 4 *ed.* Navarra: Verbo Divino, 1983. 62 p.

DUQUE SÁNCHEZ, Felipe. Evangelización, doctrina social de la Iglesia y caridad pastoral en la vida y ministerio de los sacerdotes. En: Corintios XIII. Madrid. No. 78 (abril-junio de 1996); p. 51-78.

EDITORIAL. En: Seminarios. Madrid. Vol. 44, No. 151 (enero-marzo de 1999); p. 5-10.

EICHER, Peter. Diccionario de conceptos teológicos. Barcelona: Herder. 1990. 2 v.

ESPEJA, Jesús. Para comprender los sacramentos. Navarra: Verbo Divino, 1990. 170 p.

FABRIS, Rinaldo. Jesús de Nazaret. Historia e interpretación. Salamanca: Sígueme, 1985. 343 p.

FARMER, William R. *et al.* Comentario bíblico internacional. Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI. Navarra: Verbo Divino, 1999. 1726 p.

FAVALE, Agostino. El ministerio presbiteral. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1989. 364 p.

FLORISTÁN, Casiano. Para comprender el catecumenado. Navarra: Verbo divino. 1989. 263 p.

_____ Para comprender la evangelización. Navarra: Verbo divino, 1993. 195 p.

- GALOT, Jean. Sacerdote en nombre de Cristo. Bilbao: Grafite, 2002. 423 p.
- GARCÍA AHUMADA, Enrique. Teología de la educación. Santiago de Chile: Tiberiades, 2003. 534 p.
- GARCÍA HOZ, Víctor. Principios de Pedagogía sistemática. 9 ed. Madrid: Rialp, 1978. 670 p.
- GARCÍA LÓPEZ, Félix. El Deuteronomio. Una ley predicada. Navarra: Verbo Divino, 1989. 63 p.
- GARCÍA-NIETO, Juan N. Pobreza y exclusión social. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 1987. 29 p.
- GARCÍA PELAYO, Ramón. Pequeño Larousse. Buenos Aires: Larousse, 1972. 1556 p.
- GEORGE, Augustin. El Evangelio según san Lucas. 2 ed. Navarra: Verbo Divino, 1978. 70 p.
- GERARDI, Renzo. El ministerio pastoral del presbítero. Valencia: Edicep. C.B., 1989. 119 p.
- GIL, C. y CASTAÑO, H. Documentos sinodales y Exhortaciones Apostólicas. Caracas: Trípode, 1994. 527 p.
- GNILKA, J. El Evangelio según san Marcos. Salamanca: Sígueme, 1996. 425 p.
- GRESHAKE, Gisbert. Ser sacerdote hoy. Teología, praxis pastoral y espiritualidad. Salamanca: Sígueme, 2003. 506 p.
- GUERRERO, Juan Antonio e IZUZQUIZA, Daniel. Vidas que sobran. Los excluidos en un mundo en quiebra. Santander: Sal Terrae, 2004. 229 p.
- GUTIÉRREZ, Darío. La humanidad de Jesús de Nazaret. Madrid: San Pablo, 1995. 238 p.
- HENDRICKX, Herman. El sermón de la montaña. Madrid: Paulinas, 1986. 246 p.
- ILLANES, José Luis. Identidad y espiritualidad del sacerdocio ministerial. En: *Communio*. Madrid. Vol. 12, No. 5 (septiembre-octubre de 1990); p. 396-409.

JARAMILLO RIVAS, Pedro. Prioridades y coordinación de la pastoral de la caridad en una Iglesia evangelizadora. En: Corintios XIII. Madrid. No. 80 (octubre-diciembre de 1996); p. 195-273.

JEREMÍAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento. Madrid: Cristiandad, 1977. 403 p.

_____ Las Parábolas de Jesús. 10 *ed.* Navarra: Verbo Divino, 1992. 302 p.

_____ Palabras de Jesús. El sermón de la montaña. El Padre nuestro. Madrid: Fax, 1968. 182 p.

JIMÉNEZ, Manuel José. Catequesis para el tercer milenio. Bogotá: San Pablo, 2001. 131 p.

JUAN XXIII. Carta Encíclica *Mater et magistra* (15 de mayo de 1961). En: MARTÍNEZ PUCHE, José A. Encíclicas del beato Juan XXIII. Madrid: Edibesa, 2000. p. 201-321.

JUAN PABLO II. *Abbá*, Padre. Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo de 1999 (14 de marzo de 1999). En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (26 de marzo de 1999); p. 6-7. [Edición en lengua española].

_____ Audiencia General (12 de mayo de 1993). En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (14 de mayo de 1993); p. 3. [Edición en lengua española].

_____ Audiencia General (21 de abril de 1993). En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (23 de abril de 1993); p. 3. [Edición en lengua española].

_____ Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001). Bogotá: Paulinas, 2001. 87 p.

_____ Carta Encíclica *Redemptor hominis* (14 de marzo de 1979). 8 *reimpresión*. Bogotá: Paulinas, 2002. 93 p.

_____ Carta Encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990). En: MARTÍNEZ PUCHE, José A. Encíclicas de Juan Pablo II. Madrid: Edibesa, 1995. p. 711-863.

_____ Discurso del 11 de septiembre de 1999, a los dirigentes y miembros de la fundación "*Centesimus agnus, pro pontifice*". En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (17 de septiembre de 1999); p. 8. [Edición en lengua española].

_____ Discurso del 13 de febrero de 1999; visita al Pontificio Seminario Romano Mayor con ocasión de la festividad de la virgen de la confianza. En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (19 de febrero de 1999); p. 5. [Edición en lengua española].

_____ Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979). En: GIL, C. y CASTAÑO, H. Documentos sinodales y Exhortaciones Apostólicas. Caracas: Trípode, 1994. p. 93-138.

_____ Exhortación Apostólica *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981). En: GIL, C. y CASTAÑO, H. Documentos sinodales y Exhortaciones Apostólicas. Caracas: Trípode, 1994. p. 139-214.

_____ Exhortación Apostólica Postsinodal *Eclessia in America* (22 de enero de 1999). Bogotá: Paulinas, 1999. 152 p.

_____ Exhortación Apostólica Postsinodal, *Pastores dabo vobis* (25 de marzo de 1992). En: GIL, C. y CASTAÑO, H. Documentos sinodales y Exhortaciones Apostólicas. Caracas: Trípode, 1994. p. 381-488.

_____ Exhortación Apostólica Postsinodal *Reconciliatio et paenitentia* (2 de diciembre 1984). En: GIL, C. y CASTAÑO, H. Documentos sinodales y Exhortaciones Apostólicas. Caracas: Trípode, 1994. p. 215-261.

_____ Homilía del 24 de enero de 1998 en su viaje apostólico a Cuba, homilía en Santiago de Cuba. En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (30 de enero de 1998); p. 12-13. [Edición en lengua española].

KASPER, Walter. La Función del presbítero en la Iglesia. En: Selecciones de Teología. Vol. 08, No. 32 (octubre-diciembre de 1969); p. 351-359.

_____ Nuevos matices en la concepción dogmática del ministerio sacerdotal. En: Concilium. Navarra. Vol. 5, No. 43 (marzo de 1969); p. 375-389.

KITTEL, Gerhard. Theological dictionary of the New Testament. Grand Rapids: WM. B. Eerdmans Publishing Company, 1964. 9 v. [sixth printing, 1974].

KREMER, Jacob. ¿Quién fue realmente Jesús? En: Selecciones de Teología. Vol. 31, No. 124 (octubre-diciembre de 1992); p. 291-305.

LÉON-DUFOUR, Xavier. Diccionario del Nuevo Testamento. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2000. 625 p.

_____ Vocabulario de Teología bíblica. 12 ed. Barcelona: Herder, 1982. 974 p.

LEVORATTI, Armando J. Comentario bíblico latinoamericano. Antiguo Testamento. Navarra: Verbo Divino, 2005. 2 v.

- _____ Comentario bíblico latinoamericano. Nuevo Testamento. Navarra: Verbo Divino, 2003. 1220 p.
- LOIS, Julio. Cristianismo y exclusión social. En: Iglesia viva. Valencia. No. 188 (1997); p. 165-182.
- LÓPEZ, Julián. Oración y ministerio en la vida del presbítero. En: Phase. Barcelona. Vol. 41, No. 244 (julio-agosto de 2001); p. 327-341.
- MACCHI, Luis. Diccionario de la lengua latina: latino-español, español-latino. Rosario: Apis, 1941. 1198 p.
- MACCISE, Camilo. Experiencia de Dios en la Biblia. En: Christus. México. No. 621 (diciembre de 1988); p. 14-20.
- MARGUERAT, Daniel. Parábola. Navarra: Verbo Divino, 1994. 65 p.
- MARTÍNEZ PUCHE, José A. Encíclicas de Juan Pablo II. Madrid: Edibesa, 1995. 1532 p.
- _____ Encíclicas del beato Juan XXIII. Madrid: Edibesa, 2000. 648 p.
- _____ Encíclicas de Pablo VI. Madrid: Edibesa, 1998. 509 p.
- MATEOS, Juan y BARRETO, Juan. El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético. Madrid: Cristiandad, 1982. 954 p.
- MEIER, John P. Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Navarra: Verbo Divino, 1998. 3 v.
- MORCILLO GONZÁLEZ, Casimiro. Concilio Vaticano II. Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1966. 1124 p.
- MORENO VILLA, Mariano. Diccionario de pensamiento contemporáneo. Madrid: San Pablo, 1997. 1276 p.
- MURRAY, Robert. La Iglesia docente y la Iglesia pensante. En: Selecciones de Teología. Barcelona. Vol. 30, No. 119 (julio-septiembre de 1991); p. 207-214.
- NOLAN, Albert. ¿Quién es este hombre? Jesús antes del cristianismo. Santander: Sal Terrae, 1981. 232 p.
- PABLO VI. Audiencia general (2 de octubre de 1974). En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano (6 de octubre de 1974); p. 3. [Edición en lengua española].

_____ Carta Encíclica, *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964). En: MARTÍNEZ PUCHE, Encíclicas de Pablo VI, Madrid: Edibesa, 1998. p. 1-75.

_____ Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975). En: MARTÍNEZ PUCHE, José A. Encíclicas de Pablo VI. Madrid: Edibesa, 1998. p. 323-426.

PANNENBERG, Wolfhart *et al.* La revelación como historia. Salamanca: Sígueme, 1997. 190 p.

PAX, Elpidius. Deuteronomio 6, 25. En: Concilium. Navarra. Vol. 3, No. 30 (diciembre de 1967); p. 605-618.

PEDROSA, V. Ma. *et al.* Nuevo Diccionario de Catequética. Madrid: San Pablo, 1999. 2 v.

PEDROSA, V. Ma.; SASTRE, Jesús y BERZOSA, Raúl. Diccionario de pastoral y evangelización. Burgos: Monte Carmelo, 2001. 1122 p.

PERESSON, Mario L. La Pedagogía de Jesús: Maestro carismático y popular. Bogotá: Librería Salesiana, 2004. 397 p.

PÉREZ-COTAPOS LARRAIN, Eduardo. Las parábolas de Jesús: su sentido y adecuada interpretación. En: Teología y vida. Santiago. Vol. 33, No. 3-4 (III-IV trimestres de 1992); p. 165-178.

PINTOR, Sergio. La formazione catechetica del presbitero, oggi. En: Via veritá e vita. Roma. No. 189 (settembre-ottobre di 2002); p. 8-11.

POITTEVIN LE, P. y CHARPENTIER, Etienne. El Evangelio según san Mateo. 2 *ed.* Navarra: Verbo Divino, 1978. 66 p.

PROFESORES DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE BURGOS. Diccionario del sacerdocio. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005. 794 p.

RAD, Gerhard von. Estudios sobre el Antiguo Testamento. Salamanca: Sígueme, 1976. 475 p.

RAMOS, Felipe. Diccionario de Jesús de Nazaret. Burgos: Monte Carmelo, 2001. 1344 p.

RATZINGER, Joseph. El sentido del servicio sacerdotal. En: Selecciones de Teología. Barcelona. Vol. 08, No. 32 (octubre-diciembre de 1969); p. 332-344.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la Lengua Española. 22 *ed.* Madrid: Real Academia Española, 2001. 10 v.

- ROBERT, A y FEUILLET, A. Introducción a la Biblia. Barcelona: Herder, 1967. 2 v.
- ROLOFF, Jürgen. Hechos de los apóstoles. Madrid: Cristiandad, 1984. 511 p.
- ROSSANO, P; RAVASI, G y GIRLANDA, A. Nuevo diccionario de Teología bíblica. Madrid: Paulinas, 1990. 2025 p.
- RUBIO MORÁN, Luis. Evangelizadores siglo XXI. Los cristianos presbíteros, evangelizadores. En: Seminarios. Madrid. Vol. 44, No. 151 (enero-marzo de 1999); p. 11-65.
- SAGRADA CONGRACIÓN PARA EL CLERO. Directorio catequístico general. Paraguay: CLAF-CELAM, 1972. 83 p.
- SÁNCHEZ NAVARRO, Luis. La enseñanza de la montaña. Navarra: Verbo Divino, 2005. 214 p.
- SÁNCHEZ SARTO, Luis. Diccionario de Pedagogía. Barcelona: Labor, s.f. 2 v.
- SCHILLEBEECKX, Edward. Jesús. La Historia de un viviente. Madrid: Cristiandad, 1981. 692 p.
- SCHLIER, Heinrich. El Ministerio sacerdotal en el NT. En: Selecciones de Teología. Barcelona. Vol. 08, No. 32 (octubre-diciembre de 1969); p. 321-331.
- SCHNACKENBURG, Rudolf. La Persona de Jesucristo reflejada en los cuatro Evangelios. Barcelona: Herder, 1998. 459 p.
- SICRE, José Luis. Profetismo en Israel. El profeta. Los profetas. El mensaje. Navarra: Verbo Divino, 1992. 572 p.
- TAMAYO, Juan José. Nuevo diccionario de Teología. Madrid: Trotta. 2005. 989 p.
- THAI HOP, Nguyen. Los excluidos, extraña criatura en una sociedad rica. En: Páginas. Vol. 20, No. 132 (abril de 1995); p. 36-42.
- THEISSEN, Gerd. MERZ, Annette. El Jesús histórico. Salamanca: Sígueme, 2000. 710 p.
- TRUJILLO, Lorenzo. Identidad sacerdotal y apoyos institucionales. En: Sal Terrae. Santander. Vol. 84-6, No. 991 (junio de 1996); p. 475-486.

VALENTINI, Dom Demetrio *et al.* ¿Es posible “otro mundo”? Reflexiones desde la fe cristiana. Bogotá: Amerindia, 2004. 262 p.

VAUX, Roland de. Instituciones del Antiguo Testamento. Barcelona: Herder, 1964. 772 p.

VERMEYLEN, Jacques. El Dios de la promesa y el Dios de la alianza. Santander: Sal Terrae, 1986. 399 p.

VITORIA, F. Javier. Cristianismo beligerante con la injusticia. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2001. 32 p.

WÉNIN, André. El Decálogo, revelación de Dios y camino de felicidad. En: Seleccion de Teología. Vol. 34, No. 136 (octubre-diciembre de 1995); p. 325-343.

ZIMMERLI, Walther. Manual de Teología del Antiguo Testamento. Madrid: Cristiandad, 1980. 290 p.

FUENTES ELECTRÓNICAS

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. El presbítero pastor y guía de la comunidad parroquial. [En línea]
http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccclergy/documents/rc_con_ccclergy_doc_20020804_istruzione-presbitero_sp.html (Consultado el 26 de mayo de 2006).

LEÓN XIII. Carta Encíclica *Libertas praestantissimum* (20 de junio de 1888). [En línea]
http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_20061888_libertas_sp.html
(Consultado el 25 de mayo de 2006).

OÑORO, Fidel. Planteamiento básico del discipulado a partir del Evangelio de Marcos. [En línea].
<http://www.celam.org/cebipal/archivosvarios/discipulado/Planteamiento%20basico%20discipulado%20P-Fidel.doc> (Consultado el 12 de junio de 2006).